Michael Moorcock

La maldición de la Espada Negra



Ediciones Martínez Roca, S. A.

La maldición de la Espada Negra

Michael Moorcock

Título original: *The Bane of he Black Sword*

Traducción de Celia Filipetto

Cubierta: Llorenç Martí

Ilustración: © Michael Whelan /vía Agentur Schlück

© 1967, 1970, 1977, Michael Moorcock

© 1991, Ediciones Martínez Roca. Colección Fantasy nº 20.

ISBN 84−270−1533−X.

Depósito legal B. 24.011−1991.

Edición digital de Elfowar. Revisado por Umbriel. Junio de 2002.

En memoria de Hans Stefan Santesson, corrector de gran paciencia y amabilidad, quien afínales de 1950, junto con L. Sprague de Camp, me animó a que escribiera fantasía heroica. Su revista, Fantastic Universe, *dejó de publicarse, muy a mi pesar, antes de que yo pudiese contribuir en ella, pues en mi opinión, era una de las mejores revistas de fantasía.*

LIBRO PRIMERO
El ladrón de almas

En el que Elric vuelve a trabar conocimiento con la reina Yishana de Jharkor, y Theleb K'aarna de Pan Tang, y por fin recibe satisfacción.

En la ciudad llamada Bakshaan, que era lo bastante rica como para hacer que todas las demás ciudades del noreste pareciesen pobres, una noche, en una taberna de altas torres, Elric, señor de las ruinas humeantes de Melniboné, sonrió como un tiburón y bromeó fríamente en compañía de cuatro poderosos príncipes mercaderes a quienes tenía intención de desplumar al cabo de uno o dos días.

Moonglum, el Forastero, compañero de Elric, contempló al albino con aire preocupado y admirativo a la vez. Que Elric riera y bromeara era cosa rara, pero que compartiese su buen humor con hombres dedicados al comercio, era algo inaudito. Moonglum se congratuló de ser amigo de Elric, y se preguntó cuál sería el resultado de aquel encuentro. Como de costumbre, Elric poco había comentado a Moonglum acerca de su plan.

-Necesitamos tus cualidades especiales como espadachín y hechicero, señor Elric, y como es natural, te pagaremos bien. -Pilarme, engalanado en exceso, larguirucho y vehemente, actuaba como portavoz del grupo.

-¿Y cómo pagaréis, caballeros? -inquirió Elric amablemente, sin dejar de sonreír.

Los colegas de Pílarmo enarcaron las cejas e incluso su portavoz se sintió ligeramente sorprendido. Con un ademán atravesó el aire humeante de la taberna, ocupada únicamente por los seis hombres.

-Con oro... o gemas -respondió Pilarmo.

-Con cadenas -acotó Elric-. Nosotros, los viajeros libres no necesitamos cadenas de ese tipo.

Moonglum se inclinó hacia adelante y salió de entre las sombras donde estaba sentado; su expresión mostraba claramente que estaba en desacuerdo con la aseveración de Elric.

Pilarmo y los otros mercaderes también estaban francamente asombrados.

-Entonces, ¿cómo vamos a pagarte?

-Lo decidiré más tarde -repuso Elric con una sonrisa-. Pero ¿para qué hablar de ello antes de tiempo..., qué queréis que haga?

Pilarmo carraspeó e intercambió unas miradas con sus camaradas. Ellos asintieron. Bajando la voz, Pilarmo dijo muy despacio:

-Señor Elric, habrás notado que el comercio es sumamente competitivo en esta ciudad. Muchos mercaderes rivalizan entre sí para asegurarse la fidelidad de la gente. Bakshaan es una ciudad rica y, en general, la plebe tiene un buen pasar.

-Eso es de todos conocido -convino Elric, mientras en secreto veía a los acomodados ciudadanos de Bakshaan como si fuesen ovejas y él se veía como el lobo que atacaría al rebaño. Debido a estos pensamientos, sus ojos carmesíes se colmaron de un humor que Moonglum sabía malévolo e irónico.

-En esta ciudad existe un mercader que controla más almacenes y tiendas que ninguno -prosiguió Pilarmo-. Y dada la dimensión y la fuerza de sus caravanas, puede permitirse el lujo de importar mayor cantidad de bienes, y venderlos a precios más bajos. Es prácticamente un ladrón..., nos arruinará con sus injustos métodos. -Pilarmo se mostró verdaderamente molesto y agraviado.

-¿Te refieres a Nikorn de limar? -inquirió Moonglum, situado siempre tras la espalda de Elric.

Pilarmo asintió con un movimiento de cabeza. Elric frunció el ceño y dijo:

-Este hombre dirige sus propias caravanas..., se enfrenta a los peligros de desiertos, bosques y montañas. Se ha ganado el lugar que ocupa.

-Eso no viene al caso -le espetó el gordo Tormiel, con los dedos llenos de anillos, el rostro empolvado y las carnes temblorosas.

-No, evidentemente, no. -El lisonjero de Kelos dio unas palmadas de consuelo en el brazo de su amigo-. Pero espero que todos admiremos la bravura.

Sus amigos asintieron. El callado Deinstaf, el último de los cuatro, carraspeó y movió la cabeza peluda. Posó sus malsanos dedos en la empuñadura enjoyada de un puñal ornamentado pero prácticamente inservible y se encogió de hombros.

-Pero -prosiguió Kelos, echándole una mirada de aprobación a Deinstaf-, Nikorn no corre riesgo alguno al vender sus productos más baratos... nos mata con sus bajos precios.

-Nikorn es una espina clavada en nuestro costado -añadió Pilarmo a modo de innecesaria explicación.

-Entonces, he de suponer, caballeros, que queréis que mi compañero y yo os quitemos esa espina -manifestó Elric.

-En pocas palabras, sí.

Pilarmo sudaba. Se mostraba algo más que precavido ante el sonriente albino. Las leyendas que hablaban de Elric y de sus horrendas y fatales hazañas eran muchas y muy detalladas. Habían buscado su ayuda únicamente porque estaban desesperados. Necesitaban de alguien que conociera las artes nigrománticas y al mismo tiempo fuera diestro en el manejo de la espada. La llegada de Elric a Bakshaan constituía una posible tabla de salvación.

-Queremos destruir el poder de Nikorn -prosiguió Pilarmo-. Y si ello implica destruir a Nikorn mismo, pues... -Se encogió de hombros y ensayó una sonrisa sin dejar de observar el rostro de Elric.

-Los asesinos comunes son muy fáciles de contratar, particularmente en Bakshaan -señaló Elric con suavidad.

-Eeh..., es cierto -convino Pilarmo-. Pero Nikorn ha comprado los servicios de un mago..., y un ejército particular. El mago lo protege a él y a su palacio mediante sus artes. Y si la magia fallara, un cuerpo de guardia de hombres del desierto se encarga de aplicar métodos naturales a tal efecto. Infinidad de asesinos intentaron eliminar al comerciante, pero por desgracia, no han tenido suerte.

Elric se echó a reír.

-Qué decepcionante, amigos míos. Sin embargo, los asesinos suelen ser los miembros más prescindibles de la comunidad, ¿no es así? Y sus almas habrán servido para aplacar a algún demonio que, de lo contrario, habría fastidiado a personas más honestas.

Los mercaderes rieron sin ánimos y, en ese momento, Moonglum sonrió aviesamente; se divertía allí, oculto entre las sombras.

Elric escanció vino para los otros cinco. Era de una cosecha que, según las leyes de Bakshaan, la plebe tenía prohibido beber. Un exceso volvía loco al bebedor; no obstante, Elric

había consumido grandes cantidades sin acusar sus malos efectos. Se llevó una copa del dorado vino a los labios y la bebió con avidez, respirando profundamente y con satisfacción a medida que el líquido bajaba por su garganta. Los demás sorbieron el suyo con precaución. Los mercaderes ya comenzaban a arrepentirse de haberse apresurado a ponerse en contacto con el albino. Tenían la sensación de que las leyendas no sólo eran ciertas, sino que no le hacían justicia a aquel hombre de extraños ojos que querían emplear.

Elric se sirvió más vino dorado en la copa, la mano le tembló ligeramente y se pasó la lengua reseca por los labios. A medida que bebía, la respiración se le hizo más acelerada. Había tomado tal cantidad que otros hubieran farfullado como idiotas, pero esos pocos síntomas fueron la única señal de que la bebida le había hecho efecto.

Aquél era un vino para quienes desearan soñar con mundos diferentes, menos tangibles. Elric lo bebía con la esperanza de poder, aunque fuera por una noche, dejar de soñar.

-¿Y quién es ese poderoso hechicero, maese Pilarmo? -inquirió Elric.

-Se llama Theleb K'aarna -respondió Pilarmo con nerviosismo.

Los ojos carmesíes de Elric se entrecerraron cuando preguntó:

-¿El hechicero de Pan Tang?

-Así es..., de esa isla viene.

Elric dejó la copa sobre la mesa, se puso en pie acariciando la hoja de su negro acero, la espada rúnica *Tormentosa,* y dijo con convicción:

-Os ayudaré, caballeros. -Al final había decidido no desplumarlos. Un plan nuevo y mucho más importante comenzó a forjarse en su mente.

«Theleb K'aarna -pensó-. De modo que has hecho de Bakshaan tu guarida, eh?»

Theleb K'aarna rió entre dientes; era un sonido obsceno, pues provenía de la garganta de un hechicero de no pocas habilidades. Combinaba mal con su rostro sombrío, de negras barbas, y su silueta alta, envuelta en una roja túnica. No era un sonido propio de alguien poseedor de su suprema sabiduría.

Theleb K'aarna rió entre dientes y contempló con ojos soñadores a la mujer tendida indolentemente a su lado, en el lecho. Le susurró torpes palabras de amor al oído y ella sonrió, indulgente, al tiempo que le acariciaba el largo cabello negro, como quien acaricia el lomo a un perro.

-Tanta sabiduría y eres un tonto, Theleb K'aarna -murmuró la mujer mientras sus ojos entornados observaban los brillantes tapizados verdes y anaranjados que cubrían los muros de piedra de sus aposentos.

Y pensó que una mujer no podía hacer otra cosa que aprovecharse de cualquier hombre que se pusiera a su alcance.

-Yishana, eres una perra -dijo Theleb K'aarna entre dientes-, y no bastaría todo el saber de este mundo para combatir el amor. Te amo. -Habló con simpleza, de forma directa, sin comprender a la mujer que yacía a su lado. Había atisbado las negras entrañas del infierno para regresar con la cordura intacta, conocía secretos que habrían hecho trizas la mente de

cualquier hombre comente. Pero en ciertas artes era tan poco versado como el más joven de sus acólitos. El arte de amar era una de ellas-. Te amo -repitió, y se preguntó por qué ella no le hacía caso.

Yishana, reina de Jharkor, apartó de su lado al hechicero, se incorporó bruscamente, y sacó del lecho sus piernas desnudas y bien torneadas. Era una mujer hermosa, con una cabellera tan negra como su alma; a pesar de que su juventud languidecía, poseía una extraña cualidad que atraía y repelía al mismo tiempo a los hombres. Sabía cómo lucir las sedas multicolores que flotaban a su alrededor, con ligera gracia, cuando se dirigió a la ventana protegida de barrotes del aposento, y se quedó mirando fijamente hacia la noche negra y turbulenta. Intrigado, el hechicero la observó entornando los ojos, decepcionado por aquella interrupción de su juego amoroso.

-¿Qué ocurre?

La reina continuó mirando fijamente hacia la noche. Unos enormes nubarrones negros se desplazaban, veloces cual monstruos de presa, a través del cielo azotado por el viento. La noche envolvió Bakshaan con sus sonidos roncos y airados, llenándola de ominosos presagios.

Theleb K'aarna repitió su pregunta, y una vez más no recibió respuesta. Se puso en pie, enfadado, y se acercó a la ventana.

-Vámonos ahora, Yishana, antes de que sea demasiado tarde. Si Elric llegara a enterarse de que nos encontramos en Bakshaan, ambos sufriremos.

Ella no contestó, pero sus pechos se agitaron debajo de la fina tela y apretó los labios.

El hechicero lanzó un gruñido y la aferró del brazo.

-Olvida a ese saqueador renegado de Elric..., ¡ahora me tienes a mí, y puedo hacer por ti mucho más que cualquier curandero blandidor de espadas de un imperio senil y destrozado!

Yishana lanzó una risotada desagradable, se volvió hacia su amante y le dijo:

-Eres un tonto, Theleb K'aarna, y mucho menos hombre que Elric. Han pasado tres dolorosos años desde que me abandonara, para internarse en la noche y seguir tu rastro, dejándome con el corazón anhelante. Pero aún recuerdo el ardor de sus besos y su forma salvaje de hacerme el amor. ¡Dioses! Cómo deseo que tuviera un igual. Desde que se fue, no he encontrado uno que estuviese a su altura..., aunque muchos lo intentaron y resultaron mejores que tú..., hasta que volviste para ahuyentarlos o destruirlos con tus hechizos. -Le lanzó una sonrisa burlona y provocativa-. ¡Te has pasado demasiado tiempo entre tus pergaminos como para serme de alguna utilidad!

El brujo tensó los músculos de la cara bajo la piel bronceada y frunció el entrecejo.

-Entonces ¿por qué dejas que me quede? ¡Sabes bien que podría convertirte en mi esclava con una poción!

-Pero no lo harías..., y es por eso que eres mi esclavo, poderoso mago. Cuando Elric amenazó con ocupar tu sitio en mi corazón, conjuraste a aquel demonio y Elric se vio obligado a luchar con él. Como bien podrás recordar, ganó la batalla, pero su orgullo le impidió comprometerse. Tú huiste a buscar un escondrijo y él partió en tu búsqueda y me dejó sola. Eso es lo que hiciste. Estás enamorado, Theleb K'aarna... -Se le rió en la cara-. Y tu amor te impide usar tus artes en mi contra, viéndote obligado a emplearlas sólo contra mis otros amantes. Te he soportado sólo porque a veces me resultas útil, pero si Elric regresara...

Theleb K'aarna se *apartó* de su lado mientras se tironeaba displicentemente de la larga barba negra.

-¡En cierto modo odio a Elric! ¡Pero es mejor que amarte a ti en cierto modo!

-Entonces ¿para qué te reuniste conmigo en Bakshaan? -inquirió el mago con ira-. ¿Por qué cediste el trono al hijo de tu hermano y lo dejaste como regente para venir aquí? Te mandé llamar y viniste... has de sentir por mí algún afecto para haber hecho algo semejante.

Yishana lanzó otra carcajada y repuso:

-Oí decir que un hechicero de rostro pálido y ojos carmesíes, poseedor de una espada rúnica aulladora, viajaba por el noreste. Por eso vine, Theleb K'aarna.

Theleb K'aarna se inclinó hacia adelante con el rostro crispado por la rabia y aferró el hombro de la mujer con sus dedos agarrotados.

-No olvidarás que ese mismo hechicero de rostro pálido fue quien mató a tu propio hermano -le espetó-. Yaces con un hombre que destruyó a su pueblo y al tuyo. Abandonó la flota, a la cual había dirigido en el pillaje de su propia tierra, cuando los Amos de los Dragones tomaron represalias. Dharmit, tu hermano, iba a bordo de una de esas naves, y ahora se pudre en el fondo del mar.

-Siempre mencionas todo esto con la esperanza de avergonzarme -dijo Yishana meneando la cabeza con gesto cansado-. Sí, he tenido amoríos con alguien que prácticamente asesinó a mi hermano... pero sobre la conciencia de Elric pesaban crímenes más espantosos, y aun así, yo le amaba, a pesar de ellos o precisamente por ellos. Tus palabras no producen el efecto que deseas, Theleb K'aarna. Ahora déjame,, quiero dormir sola.

El hechicero continuaba clavando sus uñas en la fresca piel de Yishana. La soltó entonces y con voz quebrada le dijo:

-Lo siento, deja que me quede.

-Vete -le pidió ella en voz baja.

Torturado por su propia debilidad, Theleb K'aarna, hechicero de Pang Tang, se marchó.

Elric de Melniboné se encontraba en Bakshaan -y en varias ocasiones, había jurado vengarse de Theleb K'aama-, en Lormyr, Nadsokor y Taueloru, así como en Jharkor. En el fondo de su corazón, el mago de negra barba sabía quién saldría vencedor en cualquiera de los duelos que pudieran producirse.

2

Los cuatro mercaderes se habían marchado envueltos en negras capas. No les había parecido prudente que nadie estuviera al corriente de los tratos que tenían con Elric. En aquellos momentos, Elric reflexionaba mientras iba bebiendo una copa más de dorado vino. Sabía que iba a necesitar de una ayuda muy especial y poderosa, si quería capturar el castillo de Nikorn. Era prácticamente inexpugnable y, con la protección nigromántica de Theleb K'aarna, sería necesario utilizar un tipo de brujería particularmente poderosa. Sabía que era un rival digno de Theleb K'aarna y más cuando de magia se trataba, pero si dedicaba todas sus energías a luchar contra él, no le quedarían fuerzas para vencer a la aguerrida guardia de guerreros del desierto empleada por el príncipe mercante.

Necesitaba ayuda. En los bosques que se alzaban al sur de Bakshaan, sabía que hallaría hombres cuyo apoyo le resultaría útil. Pero ¿le ayudarían? Comentó el problema con Moonglum.

-He oído decir que una banda de compatriotas míos ha venido hacia el norte, procedente de Vilmir, donde ha saqueado varios poblados importantes -le informó al Oriental-. Desde hace cuatro años, cuando la gran batalla de Imrryr, los hombres de Melniboné se fueron marchando de la Isla del Dragón para convertirse en mercenarios y piratas. Imrryr cayó por mi culpa... y ellos lo saben, pero si les ofrezco un buen botín, quizá me secunden.

Moonglum sonrió, irónico, y repuso:

-Yo no contaría con ello, Elric. Un comportamiento como el tuyo difícilmente se olvida, y perdona mi franqueza. Tus compatriotas son ahora vagabundos muy a su pesar, ciudadanos de una ciudad arrasada..., la más antigua y la más poderosa jamás vista en el mundo. Cuando Imrryr la Hermosa cayó, muchos debieron de haberte deseado los peores sufrimientos.

Elric lanzó una breve carcajada y admitió:

-Es posible, pero ellos son mi pueblo, y los conozco. Los melniboneses forman una raza antigua y sofisticada; rara vez permitimos que las emociones impidan nuestro bienestar general.

Moonglum enarcó las cejas en una mueca irónica y Elric interpretó la expresión correctamente.

-Durante un tiempo breve, yo constituí una excepción. Pero ahora, Cymoril y mi primo yacen bajo las ruinas de Imrryr y mi propio tormento vengará cualquier maldad que pudiera haber cometido. Creo que mis compatriotas se darán cuenta de esto.

-Espero que estés en lo cierto, Elric -dijo Moonglum con un suspiro-. ¿Quién dirige esta banda?

-Un viejo amigo -respondió Elric-. Fue Amo de los Dragones y condujo el ataque sobre los barcos usurpadores cuando hubieron saqueado Imrryr. Se llama Dyvim Tvar, en otros tiempos Señor de las Cuevas de los Dragones.

-¿Qué me dices de sus bestias, dónde están?

-Otra vez dormidas en las cuevas. Sólo pueden ser despertadas en raras ocasiones; necesitan años para recuperar las energías y volver a destilar su veneno. Si no fuera por esto, los Amos de los Dragones dominarían el mundo.

-Es una suerte para ti que no lo hagan -comentó Moonglum.

-¿Quién sabe? -dijo Elric en voz baja-. Conmigo como jefe, todavía podrían lograrlo. Al menos así lograríamos forjar un nuevo imperio en este mundo, al igual que hicieran nuestros antepasados.

Moonglum no dijo palabra. Pensó, para sus adentros, que los Reinos Jóvenes no serían conquistados con tanta facilidad. Melniboné y su pueblo eran antiguos, crueles y sabios, pero hasta su crueldad se había visto templada por la lenta enfermedad que traen los años. Carecían de la vitalidad de la raza *bárbara.,* antepasados de los fundadores de Imrryr y de sus ciudades hermanas, largo tiempo olvidadas. A menudo, la vitalidad era reemplazada por la tolerancia..., la tolerancia de los ancianos, los que habían conocido la gloria del pasado pero cuyo momento ha pasado.

-Por la mañana -dijo Elric-, nos pondremos en contacto con Dyvim Tvar, y esperemos que lo que hizo con la flota saqueadora, unido a los remordimientos de conciencia que he sufrido yo, baste para que tenga una actitud objetiva hacia mi plan.

-Y ahora, a dormir, espero -dijo Moonglum-. Necesito descansar, además..., la campesina que me espera podría impacientarse.

-Como tú quieras -replicó Elric encogiéndose de hombros-. Yo seguiré bebiendo un poco más de vino y me retiraré más tarde.

Los negros nubarrones que se habían acumulado sobre Bakshaan la noche anterior, seguían allí al amanecer. El sol se elevó tras ellos, pero los habitantes no se percataron de él. Se alzó sin ser anunciado, pero en la fresca alborada humedecida por la lluvia, Elric y Moonglum recorrieron las estrechas callejuelas de la ciudad, en dirección a la puerta sur y a los bosques que se extendían más allá de ella.

Elric había cambiado su atuendo habitual por un sencillo coleto de cuero verde que llevaba la insignia de la familia real de Melniboné: un dragón rampante de color carmesí sobre un campo dorado. En el dedo llevaba el Anillo de los Reyes, la única piedra Actorios engarzada en un anillo de plata con tallados rúnicos. Era el anillo que los poderosos antepasados de Elric habían llevado; tenía una antigüedad de varios siglos. De los hombros le colgaba una capa corta y llevaba unas calzas de color azul, remetidas dentro de altas botas de montar. De su costado pendía *Tormentosa.*

Entre hombre y espada existía una simbiosis. Sin la espada, el hombre se habría convertido en un lisiado, falto de destreza y energía; sin el hombre, la espada no podía beber la sangre y las almas que le eran necesarias para su existencia. Hombre y espada iban juntos, y no había nadie capaz de discernir cuál de los dos mandaba.

Mooglum, más conciente de lo inclemente del tiempo que su amigo, se subió el cuello de la capa y, de vez en cuando, maldecía a los elementos.

Hubieron de cabalgar una buena hora para llegar a las afueras del bosque. Por el momento, en Bakshaan, sólo se oían rumores sobre la llegada de los saqueadores imrryrianos. En una o dos ocasiones, cerca de la muralla sur, un forastero alto había sido visto en oscuras tabernas, hecho que había sido notado, pero los ciudadanos de Bakshaan se sentían seguros y protegidos por sus riquezas y su poder, y con una cierta verdad en su convicción, habían reflexionado que Bakshaan podía soportar una incursión mucho más feroz que las que habían asolado las aldeas más débiles de los vilmirianos. Elric no tenía idea de por qué sus compatriotas se habían dirigido hacia el norte, hacia Bakshaan. Probablemente, habían ido allí para descansar y a cambiar en los bazares el botín por vituallas.

El humo de varias fogatas del campamento indicó a Elric y a Moonglum dónde estaban atrincherados los melniboneses. Redujeron la marcha y guiaron a sus cabalgaduras en esa dirección, mientras las ramas húmedas les rozaban las caras y los aromas del bosque, liberados por la lluvia vivificante, embriagaban sus sentidos. Con una sensación rayana en el alivio, Elric se encontró con el guardia de avanzada que, de pronto, surgió de entre la maleza para impedirles enfilar por el sendero.

El guardia imnyriano iba envuelto en pieles y acero. Escudriñó a Elric con ojos cansados por debajo de la visera de un yelmo de adornos intrincados. La visera y la lluvia que goteaba de ella le impedían ver con claridad, por lo cual tardó en reconocer a Elric.

-¡Alto! ¿Qué hacéis en estos parajes?

-¡Déjame pasar! -le ordenó Elric, impaciente-. Soy Elric, tu señor y Emperador.

El guardia se quedó boquiabierto y bajó la lanza que llevaba. Se echó hacia atrás el yelmo y miró fijamente al hombre que tenía delante mientras un sinfín de emociones se reflejaban en su rostro. Entre ellas estaba el asombro, el respeto y el odio.

-Éste no es lugar para ti, mi señor -le dijo con una torpe reverencia-. Hace cinco años, renunciaste a tu pueblo y lo traicionaste, y aunque reconozco la sangre de reyes que fluye en tus venas, no puedo obedecerte, ni rendirte los homenajes a los cuales, en otras circunstancias, tendrías derecho.

-Es verdad -dijo Elric, orgulloso, mientras se erguía en su cabalgadura-. Pero deja que tu jefe Dyvim Tvar, amigo de mi infancia, sea quien juzgue qué hacer conmigo. Llévame ante él y recuerda que mi compañero no os ha hecho ningún daño, por tanto, trátalo con el respeto que se merecen los amigos elegidos por un Emperador de Melniboné.

El guardia volvió a hacer una reverencia y aferró las riendas de la montura de Elric. Condujo a los dos hombres sendero abajo, hacia un amplio claro, donde se levantaban las tiendas de los hombres de Imrryr. En el centro de enormes pabellones circulares, llameaban las fogatas para la comida; los guerreros melniboneses, de finos rasgos, estaban sentados a su alrededor y conversaban en voz baja. Incluso a la luz lóbrega del amanecer, las telas de las tiendas aparecían brillantes y alegres. Las suaves tonalidades eran de una textura enteramente melnibonesa. Verdes oscuros y ahumados, azules, ocres, dorados, azures. Los colores no desentonaban en absoluto, su combinación era perfecta. Elric sintió una triste nostalgia por las separadas torres multicolores de Imrryr la Hermosa.

A medida que los dos compañeros y su guía se fueron acercando, los hombres levantaron la vista asombrados, y un murmullo generalizado se alzó por encima del rumor de la conversación.

-Por favor, quedaos aquí -le dijo el guardia a Elric-. Informaré a mi Señor Dyvim Tvar de vuestra llegada.

Elric asintió con un movimiento de cabeza y se sentó con firmeza en la silla, consciente de la mirada de los guerreros allí reunidos. Ninguno se le acercó, y algunos, a quienes Elric había conocido personalmente en los viejos tiempos, se mostraron abiertamente incómodos. Éstos eran quienes no le miraban fijamente, sino que apartaban la vista, se ocupaban del fuego o de pronto les entraba un inusitado interés por el brillo de sus espadas y puñales finamente labrados. Unos cuantos gruñeron enfadados, pero fueron una franca minoría. La mayoría de los hombres se mostraron sencillamente asombrados y, al mismo tiempo, inquisitivos. ¿Por qué aquel hombre, que había sido su rey y su traicionero, se había presentado en aquel campamento?

De lo alto del pabellón más grande, de tonos dorados y carmesíes, ondeaba un estandarte en cuyo fondo aparecía un dragón echado en azul sobre blanco. Era la tienda de Dyvim Tvar y de ella salió a toda prisa el Amo de los Dragones, abrochándose el cinturón de la espada, mientras en sus ojos inteligentes se reflejaba el asombro y la cautela.

Dyvim Tvar era un poco mayor que Elric y llevaba el sello de la nobleza melnibonesa. Su madre había sido princesa, prima de la madre de Elric. Tenía los pómulos altos y delicados, los ojos ligeramente almendrados, mientras que su cabeza era estrecha y se afinaba hacia las mandíbulas. Como Elric, tenía las orejas pequeñas, casi desprovistas de lóbulo y un tanto puntiagudas. Sus manos -la izquierda se cerraba alrededor de la empuñadura de su espada- tenían unos dedos largos y, al igual que su piel, eran pálidas, aunque no tanto como el blanco mortecino de las del albino. A grandes zancadas se acercó al Emperador de Melniboné, controlando sus emociones. Cuando se halló a escasos metros de Elric, Dyvim Tvar se inclinó despacio, con la cabeza gacha y el rostro oculto. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos se encontraron con los de Elric.

-Dyvim Tvar, Señor de las Cuevas de los Dragones, saluda a Elric, Señor de Melniboné, Exponente de sus Artes Secretas. -El Amo de los Dragones pronunció el antiquísimo saludo ritual con tono severo.

Elric no se sentía tan confiado como parecía cuando replicó:

-Elric, Señor de Melniboné, saluda a su leal súbdito y exige a Dyvim Tvar que le otorgue audiencia.

No resultaba adecuado, según las antiguas normas melnibonesas, que el rey solicitase audiencia a uno de sus súbditos, y el Amo de los Dragones lo comprendió al instante.

-Sería para mí un honor si mi señor me permitiera acompañarle a mi pabellón.

Elric desmontó y se dirigió hacia el pabellón de Dyvim Tvar. Moonglum también desmontó e hizo ademán de seguirlo, pero Elric lo contuvo con un gesto. Los dos nobles imrryrianos entraron en la tienda.

En el interior, una pequeña lámpara de aceite aumentaba la sombría luz del día que se filtraba a través de la colorida tela. La tienda estaba amueblada con sencillez; en ella aparecían una dura cama de soldado, una mesa y varios taburetes de madera. Dyvim Tvar hizo una reverencia y en silencio le indicó a Elric que se sentara en uno de los taburetes.

Los dos hombres permanecieron callados durante unos momentos. Ninguno dejó que las emociones se reflejaran en sus facciones controladas. Simplemente permanecieron allí sentados, mirándose a la cara. Al cabo de un rato, Elric dijo:

-Me tienes por un traidor, un ladrón, un asesino de mi propio linaje y de mis compatriotas, Amo de los Dragones. Dyvim Tvar asintió y repuso:

-Con permiso de mi señor, he de decir que estoy de acuerdo con él.

-En los viejos tiempos, cuando hablábamos a solas, nunca fuimos tan formales -le recordó Elric-. Olvidémonos del ritual y de las tradiciones. Melniboné ya no existe y sus hijos son vagabundos. Nos reunimos como solíamos hacerlo antes, es decir, como iguales..., aunque sólo ahora es esto enteramente cierto. Somos iguales. El Trono de Rubí se desplomó entre las cenizas de Imrryr y ahora no hay emperador que pueda ocuparlo.

-Es verdad, Elric -admitió Dyvim Tvar con un suspiro-. Pero ¿por qué has venido? Estábamos contentos de olvidarte. Y a pesar de que los deseos de venganza seguían latentes, no hicimos nada por ir tras de ti. ¿Has venido a burlarte?

-Sabes bien que jamás haría una cosa así, Dyvim Tvar. Últimamente duermo muy poco, y cuando lo hago, tengo unas pesadillas tan horrendas que prefiero la vigilia. Sabes que Yyrkoon me obligó a hacer lo que hice cuando usurpó el trono por segunda vez, después de que yo confiara en él como Regente, y cuando, por segunda vez, sumió a su hermana, a quien yo amaba, en un sueño hechizado. Secundar a esa flota ladrona era mi única esperanza de obligarle a deshacer su embrujo y liberar a Cymoril. Actué impulsado por la venganza, pero fue *Tormentosa,* mi espada, y no yo, quien mató a Cymoril.

-Ya, ya lo sé. -Dyvim Tvar volvió a suspirar y con una mano enjoyada se frotó la cara-. Pero eso no explica por qué has venido. No deberías tener contacto alguno con tu gente. Nos inspiras precaución, Elric. Y aunque permitiéramos que volvieras a guiarnos, seguirías tu malhadado camino y nos arrastrarías contigo. Allí no hay futuro ni para mí ni para mis hombres.

-Es verdad. Pero necesito tu ayuda sólo por esta vez... después, nuestros caminos podrán volver a separarse.

-Deberíamos matarte, Elric. Pero ¿qué crimen sería más nefasto? ¿El no hacer justicia matando a nuestro traidor..., o un regicidio? Me planteas un problema en un momento en el que ya tengo demasiados. ¿He de tratar de resolverlo?

-No he hecho más que cumplir un papel en la historia -dijo Elric con convicción-, A la larga, el tiempo habría hecho lo mismo que yo. No hice más que adelantar el día... y lo hice cuando tú y tu gente os mostrabais más preparados para combatirlo y adoptar una nueva forma de vida.

-Ése es un punto de vista, Elric -dijo Dyvim Tvar con una irónica sonrisa-. Debo admitir que hay en ello algo de verdad. Pero ve a decírselo a los hombres que perdieron casa y familia por tu culpa. Ve a decírselo a los guerreros que tuvieron que ocuparse de sus compañeros mutilados, a los hermanos, padres y esposos, cuyas esposas, hijas y hermanas, esas orgullosas mujeres melnibonesas, hubieron de acostumbrarse a complacer a los bárbaros despojadores.

-Es verdad -dijo Elric, y bajó la vista. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy queda-: Nada puedo hacer para devolver cuanto ha perdido nuestro pueblo... aunque quisiera. Con frecuencia añoro a Imrryr, y sus mujeres, sus vinos y diversiones. Pero puedo ofrecerte un botín. Puedo ofrecerte el palacio más rico de Bakshaan. Olvida las viejas heridas y sígueme por esta sola vez.

-¿Acaso vas tras las riquezas de Bakshaan? ¡Nunca fuiste muy amante de joyas y metales preciosos! ¿Qué te impulsa esta vez, Elric?

Elric se pasó las manos por los blancos cabellos. Sus ojos carmesíes reflejaban su preocupación.

-Una vez más, la venganza, Dyvim Tvar. Estoy en deuda con un brujo de Pan Tang..., un tal Theleb K'aarna. Habrás oído hablar de él. Es bastante poderoso para pertenecer a una estirpe relativamente joven.

-Entonces, uniremos nuestras fuerzas, Elric -dijo Dyvim Tvar sombríamente-. ¡No eres el único melnibonés que está en deuda con Theleb K'aarna! Por culpa de esa reina ramera, Yishana de Jharkor, hace unos años, uno de nuestros hombres halló la muerte de un modo sucio y horrendo. Murió a manos de Theleb K'aarna porque prodigaba sus caricias a Yishana, que buscaba a alguien con quien sustituirte. Podemos unirnos para vengar esa sangre, Rey Elric, y será una excusa apropiada para quienes preferirían mojar en tu sangre sus cuchillos.

Elric no se alegró. De pronto tuvo la premonición de que aquella afortunada coincidencia tendría resultados graves e imprevisibles. Pero sonrió.

3

En un abismo humeante, más allá de los límites del tiempo y el espacio, una criatura comenzó a moverse. A su alrededor, las sombras se agitaron. Eran las sombras de las almas de los hombres; y esas sombras que se agitaban en la brillante oscuridad eran dueñas de la criatura. Ella les permitía dominarla, con tal de que pagaran un precio. En la lengua de los hombres, esa criatura tenía un nombre. Se llamaba *Quaolnargj* acudía cuando se invocaba su nombre.

En esos momentos se movía. Oyó como su nombre traspasaba las barreras que normalmente bloqueaban su comunicación con la Tierra. La invocación del nombre abría temporalmente un sendero entre esas barreras intangibles. Volvió a moverse cuando su nombre fue invocado por segunda vez. La criatura no sabía por qué la llamaban ni qué la llamaba. Sólo era confusamente consciente de un hecho. Cuando se abriera el sendero, podría alimentarse. No comía carne ni bebía sangre, sino que se alimentaba de las mentes y las almas de hombres y mujeres adultos. De vez en cuando, como aperitivo, se deleitaba con los bocados de la fuerza vital inocente que extraía de los niños. Los animales no le llamaban la atención, puesto que en ellos no había conciencia suficiente como para saborear. A pesar de su estupidez, la criatura era una gastrónoma y una conocedora.

Su nombre fue invocado por tercera vez. Volvió a moverse y fluyó hacia adelante. Se acercaba el momento en el cual, una vez más, podría alimentarse...

Theleb K'aarna se estremeció. Básicamente, se consideraba un hombre pacífico. Él no tenía la culpa de que su avaricioso amor por Yishana le hubiera conducido a la locura. Él no tenía la culpa si, por ella, controlaba a varios demonios poderosos y malévolos que, a cambio de los esclavos y los enemigos con que los alimentaba, protegían el palacio de Nikorn, el mercader. Sentía la profunda convicción de que él no tenía la culpa de todo aquello. Fueron las circunstancias las que lo condenaron. Entristecido, deseó no haber conocido nunca a Yishana, no haber regresado a su lado después de aquel desgraciado episodio en las afueras de las murallas de Tanelorn. Volvió a estremecerse en el interior de la estrella de cinco puntas mientras invocaba a *Quaolnargn.* Su embrionario talento para la precognición le había permitido atisbar el futuro inmediato y sabía que Elric se preparaba para enfrentarse a él. Theleb K'aarna aprovechaba para invocar toda la ayuda que pudiese controlar. *Quaolnargn* debía ser enviado a destruir a Elric, si podía hacerlo, antes de que el albino se acercase al castillo. Theleb K'aarna se congratuló por haber conservado el mechón de blancos cabellos que, en el pasado, le permitió enviar hasta Elric a otro demonio, ahora desaparecido.

Quaolnargn sabía que se acercaba a su amo. Se impulsó indolentemente hacia adelante y al penetrar en el extraño continuo sintió un dolor punzante. La criatura sabía que el alma de su amo estaba suspendida ahí delante, pero por algún motivo decepcionante, resultaba inalcanzable. Algo cayó ante la criatura.

Después de olisquearlo, *Quaolnargn* supo qué debía hacer. Aquello formaba parte de su alimento. Agradecida, la criatura se fue tras su presa antes de que el dolor, propio de una estancia prolongada en un sitio extraño, aumentara demasiado.

Elric cabalgaba al frente de sus compatriotas. A su derecha iba Dyvim Tvar, el Amo de los Dragones, y a su izquierda, Moonglum de Elwher. Tras él cabalgaban doscientos hombres, y a continuación iban los carros con el botín, las máquinas de guerra y los esclavos.

La caravana resplandecía con sus estandartes orgullosos y las largas lanzas brillantes de Imrryr. Iban vestidos de acero, con afiladas espinilleras, yelmos y hombreras. Sus petos estaban pulidos y lanzaban destellos allí donde se abrían sus largos coletos de pieles. Sobre los coletos llevaban brillantes capas de telas imrryrianas, que centelleaban bajo la pálida luz del sol. Los arqueros cabalgaban muy cerca de Elric y sus compañeros. Llevaban potentes arcos

de hueso desencordados, que sólo ellos sabían usar. Sobre las espaldas cargaban las aljabas repletas de flechas con plumas negras. A continuación iban los lanceros, con sus brillantes lanzas inclinadas para que no chocasen contra las ramas bajas de los árboles. Tras ellos cabalgaba la fuerza principal: los soldados espadachines imrryrianos que llevaban largas espadas y armas blancas cortas, que eran demasiado cortas para ser verdaderas espadas y demasiado largas para llevar el nombre de cuchillos. Cabalgaban rodeando Bakshaan, hacia el palacio de Nikorn, que se encontraba al norte de la ciudad. Aquellos hombres cabalgaban en silencio. No sabían qué decir, pues Elric, su Señor, los conducía a la batalla por primera vez en cinco años.

Tormentosa, la espada negra de los infiernos, tintineaba bajo la mano de Elric, y esperaba ansiosa la matanza. Moonglum se removía en la silla, nervioso ante la inminencia del combate en el cual intervendría la magia negra. Moonglum no se sentía en absoluto atraído por las artes mágicas ni las criaturas que engendraban. Para él, los hombres debían entablar sus batallas sin ninguna ayuda. Cabalgaban nerviosos y tensos.

Tormentosa se agitó al costado de Elric. Un débil quejido emanó del metal; el tono era de advertencia. Elric levantó una mano y los caballos detuvieron el paso.

-Se acerca algo a lo cual sólo yo puedo enfrentarme -le informó a sus hombres-. Continuaré solo.

Espoleó a su caballo hasta que alcanzó un medio galope y mantuvo la vista al frente. La voz de *Tormentosa* se hizo más audible y aguda..., un grito ahogado. El caballo tembló; Elric tenía los nervios a flor de piel. No esperaba que las dificultades aparecieran tan pronto y rogó porque, fuera cual fuese el mal que se agazapaba en el bosque, no estuviera dirigido a él.

-Arioco, no me abandones -suplicó con un hilo de voz-. Ayúdame ahora y te ofreceré en sacrificio una veintena de guerreros. Ayúdame, Arioco.

Un olor pestilente penetró en la nariz de Elric. Tosió y se cubrió la boca con las manos, mientras sus ojos buscaban el origen del hedor. El caballo relinchó. Elric saltó de la silla y le dio una palmada en la grupa a su cabalgadura para que regresase por el sendero. Se agazapó con cautela y empuñó a *Tormentosa-,* la espada negra temblaba desde la punta hasta el pomo.

Notó la presencia de la criatura con la visión mágica de sus antepasados antes de verla con sus propios ojos. Reconoció su forma. Él mismo era uno de sus amos. Pero esta vez no poseía control alguno sobre *Quaolnargn:* no se encontraba en el centro de una estrella de cinco puntas y su única protección eran su espada y su ingenio. Pero también conocía la fuerza de *Quaolnargn,* por eso se estremeció. ¿Sería capaz de vencer semejante horror sin ayuda?

-¡A rioco! ¡A rioco! ¡Ayúdame! Fue un grito agudo y desesperado.

-¡Arioco!

No había tiempo para conjurar un hechizo. *Quaolnargn* se encontraba ante él: era un enorme escuerzo verde que se acercaba saltando obscenamente por el sendero, mientras se quejaba en silencio del dolor fomentado por la Tierra. Se alzó ante Elric y el albino quedó envuelto por su sombra incluso cuando la criatura se hallaba aún a diez pasos de él. Elric respiró veloz y volvió a gritar:

-¡Arioco! ¡Sangre y almas para ti si me ayudas ahora mismo!

De pronto, el demonio-escuerzo saltó.

Elric se hizo a un lado, pero una pata de largas uñas lo alcanzó y lo lanzó volando contra la maleza. *Quaolnargn* se volvió torpemente y abrió, ávido, la sucia boca dejando al descubierto un agujero desdentado del que emanaba un hedor repugnante.

-¡Arioco!

Era tal su extraña y maligna insensibilidad, que el escuerzo ni siquiera reconoció el nombre de tan poderoso dios-demonio. No había manera de asustar a aquella criatura, había que hacerle frente.

Cuando se acercó a Elric por segunda vez, las nubes se abrieron, y sus entrañas descargaron un aguacero que azotó el bosque.

Medio enceguecido por la lluvia que le bañaba el rostro, Elric se escudó tras un árbol, con la espada rúnica dispuesta. En condiciones normales, *Quaolnargn* era ciego. No veía ni a Elric ni al bosque. No podía sentir la lluvia. Sólo era capaz de ver y oler las almas de los hombres..., su alimento. El demonio-escuerzo pasó a su lado a trompicones, y al hacerlo, Elric saltó bien alto sosteniendo la espada con ambas manos, y la enterró hasta la empuñadura en el lomo blando y tembloroso del demonio. La carne, o fuera cual fuese la materia que formaba el cuerpo del demonio, se despachurró de forma nauseabunda. Elric tiró de la empuñadura de *Tormentosa* cuando la espada mágica se hundió ardiente en el lomo de la bestia infernal y cortó el sitio donde debía estar la espina dorsal, pero donde no había ninguna espina dorsal. *Quaolnargn* chilló de dolor. Su voz era estridente y aguda incluso en un momento de agonía extrema como aquél. Se defendió.

Elric sintió que se le nublaba la mente y notó un terrible dolor en la cabeza que no tenía absolutamente nada de natural. Ni siquiera atinó a gritar. Espantado, abrió desmesuradamente los ojos al advertir lo que le estaba ocurriendo. Le estaban arrancando el alma del cuerpo. Lo sabía. No sintió debilidad física, simplemente tuvo conciencia de estar asomándose a...

Pero incluso esa conciencia se desdibujaba. Todo se desdibujaba, incluso el dolor, incluso el terrible dolor engendrado por los infiernos.

-¡Arioco! -profirió con voz ronca.

De alguna parte sacó fuerzas. No de sí mismo, ni siquiera de *Tormentosa...,* de alguna parte. Algo había acudido en su auxilio, otorgándole fuerzas, las suficientes como para hacer lo que debía.

Desenterró la espada del lomo del demonio. Se encontraba encima de *Quaolnargn.* Flotaba en alguna parte, aunque no en el aire de la Tierra. Simplemente flotaba encima del demonio. Con cuidadosa deliberación escogió un lugar del cráneo del demonio, pues de algún modo supo que era el único punto donde *Tormentosa* podía resultar efectiva. Despacio y con cuidado, bajó a *Tormentosa* y enterró la espada rúnica traspasándole el cráneo a *Quaolnargn.*

El escuerzo lanzó un quejido, cayó de bruces y desapareció.

Elric quedó despatarrado entre la maleza; el cuerpo le quedó dolorido y tembloroso. Se incorporó lentamente. Le habían quitado toda la energía. *Tormentosa* también parecía haber perdido su vitalidad, pero Elric sabía que pronto la recuperaría y al hacerlo, él volvería a ser fuerte.

Entonces sintió que todo su cuerpo se tornaba rígido. Estaba asombrado. ¿Qué era lo que ocurría? Comenzó a perder el sentido. Tuvo la sensación de estar mirando desde el extremo de un largo túnel negro que conducía a la nada. Todo era vago. Notó que algo se movía. Estaba viajando. No supo precisar cómo... ni tampoco adonde se dirigía.

Viajó durante unos segundos, consciente sólo de la sobrenatural sensación de estar moviéndose y del hecho que *Tormentosa,* su vida, iba prendida de su mano derecha.

Entonces notó bajo los pies la piedra dura y abrió los ojos _¿o acaso era que su visión regresaba?-, levantó la cabeza y vio la cara malignamente exultante.

-Theleb K'aarna -murmuró roncamente-, ¿cómo lo has hecho?

El brujo se inclinó hacia adelante y arrancó a *Tormentosa* de la débil mano de Elric.

-He seguido tu loable batalla con mi mensajero, Señor Elric -le dijo con una sonrisa burlona-. Cuando resultaba evidente que habías logrado recibir ayuda, me apresuré a conjurar otro hechizo para traerte hasta aquí. Ahora tengo tu espada y tu fuerza. Sé que sin ella no eres nada. Estás en mis manos, Elric de Melniboné.

Elric respiró con dificultad. El dolor devastaba su cuerpo. Intentó sonreír, pero no pudo. No era propio de él hacerlo cuando estaba derrotado.

-Devuélveme la espada.

Theleb K'aarna le lanzó una sonrisa presuntuosa y satisfecha y luego rió entre dientes.

-¿Quién habla ahora de venganza, Elric?

-¡Devuélveme la espada! -Elric trató de incorporarse pero estaba demasiado débil. Se le nubló la vista de tal modo que apenas lograba ver al maligno hechicero.

-¿Qué clase de trato me ofreces? -inquirió Theleb K'aarna-. No gozas de buena salud, mi señor Elric, y los hombres enfermos no negocian. Suplican.

Elric tembló de rabia e impotencia. Apretó los labios. No suplicaría..., y tampoco haría tratos. En silencio lanzó una furiosa mirada al brujo.

-Creo que lo primero que haré -dijo Theleb K'aarna con una sonrisa-, será guardar esto bajo llave. -Sopesó a *Tormentosa* en la mano y se volvió hacia un armario que había detrás de él. De entre los pliegues de su túnica sacó una llave con la que abrió el armario, guardó la espada rúnica y luego cerró la puerta con llave-. Y ahora, creo que exhibiré a nuestro viril héroe a su ex amante, la hermana del hombre al que él traicionó hace cuatro años.

Elric no dijo palabra.

-Después -prosiguió Theleb K'aarna-, Nikorn, mi empleador, verá al asesino que se creía capaz de hacer lo que otros no han logrado. -Sonrió, y con una risita ahogada exclamó-: ¡Qué día! ¡Qué día! Tan pleno. Tan plagado de placeres._____ Theleb K'aarna volvió a reír entre dientes y levantó una campanilla. Tras Elric se abrió una puerta y entraron dos guerreros del desierto. Lanzaron una mirada a Elric y luego otra a Theleb K'aarna. Se mostraron visiblemente asombrados.

-Nada de preguntas -les espetó Theleb K'aama-, Llevad a este despojo a los aposentos de la Reina Yishana.

Elric se puso furioso cuando los dos guerreros lo levantaron en vilo. Los hombres tenían la piel oscura, llevaban barba y sus ojos aparecían hundidos debajo de unas cejas hirsutas. Llevaban los pesados cascos metálicos guarnecidos de lana, propios de su raza, y sus armaduras no eran de hierro, sino de madera maciza, recubierta de cuero. Arrastraron el cuerpo debilitado de Elric por un largo pasillo y uno de ellos llamó con fuerza a una puerta.

Elric reconoció la voz de Yishana cuando les ordenó que entrasen. Tras los hombres del desierto y su carga iba el brujo riéndose burlonamente.

-Te he traído un regalo, Yishana -le gritó. Los hombres del desierto entraron. Elric no lograba ver a Yishana pero oyó su jadeo de asombro.

-Ponedlo sobre el lecho -ordenó el hechicero.

Elric fue depositado sobre lienzos mullidos. Quedó tendido, completamente exhausto sobre el lecho, y miró el brillante y lujurioso mural pintado en el techo.

Yishana se inclinó sobre él. Elric olió su erótico perfume y con voz ronca le dijo:

-Una reunión sin precedentes, Reina.

Por un momento, sus ojos reflejaron una cierta preocupación, pero luego se endurecieron y la mujer lanzó una risa cínica.

-Ah..., mi héroe ha vuelto por fin a mi lado. Aunque hubiera preferido que viniese por su propio pie, y no arrastrado por el pellejo del cogote como un cachorro. Al lobo le han arrancado todos los dientes, y ya no queda nadie que pueda venir por las noches a maltratarme. -Se apartó con una mueca de disgusto en la cara pintada-. Llévatelo, Theleb K'aarna. Ya has probado lo que querías.

El brujo asintió.

-Y ahora -dijo Theleb K'aarna-, iremos a ver a Nikorn..., creo que en estos momentos debe de estar esperándonos...

4

Nikorn de limar no era un hombre joven. Tendría más de cincuenta años, pero había logrado conservar la juventud. Tenía el rostro de un campesino, delgado y de huesos pronunciados. Sus ojos agudos y duros miraron a Elric que se encontraba ridículamente erguido en una silla.

-De modo que tú eres Elric de Melniboné, el Lobo del Mar Embravecido, corruptor, ladrón y asesino de mujeres. Creo que ahora no podrías matar siquiera a un niño. Sin embargo, he de decir que me disgusta ver a un hombre en tu situación, sobre todo a alguien que ha sido tan activo como tú. ¿Es cierto lo que me dice el hacedor de hechizos? ¿Te han enviado mis enemigos para asesinarme?

Elric estaba preocupado por sus hombres. ¿Qué iban a hacer? Esperar... o seguir adelante. Si atacaban el palacio en ese momento, estarían perdidos... y él también.

-¿Es cierto? -insistió Nikorn.

-No -susurró Elric-. Mi enfrentamiento es con Theleb K'aarna. Tengo con él una antigua deuda pendiente.

-Amigo mío, no me interesan las deudas antiguas -le dijo Nikom con una cierta rudeza-. Lo que me interesa es proteger mi vida. ¿Quién te ha enviado?

-Theleb K'aarna faltó a la verdad si te dijo que me enviaron -mintió Elric-. Yo sólo quería saldar mi deuda; -Me temo que el hechicero no fue el único que me lo dijo -le informó Nikorn-. En la ciudad tengo muchos espías, y dos de ellos me han informado por separado que unos mercaderes han forjado un plan para matarme y que te utilizarán a ti para que lo lleves a cabo.

Elric sonrió débilmente y repuso:

-Está bien. Era cierto, pero no tenía intenciones de hacer lo que me pidieron.

-Tal vez te crea, Elric de Melniboné -dijo Nikorn-. Pero ahora no sé qué hacer contigo. No dejaría a nadie a merced de Theleb K'aarna.¿Me das tu palabra de que no volverás a atentar contra mi vida?

-¿Acaso estamos haciendo un trato, mi Señor Nikorn? -inquirió Elric con un hilo de voz.

-Sí.

-Entonces, ¿a cambio de qué he de darte mi palabra, señor?

-De tu vida y tu libertad, Señor Elric.

-¿Y mi espada?

Nikorn se encogió de hombros con pesar y repuso-: Lo siento..., tu espada no formará parte del trato.

-Entonces, quítame la vida -le pidió Elric, angustiado.

-Vamos..., el trato que te ofrezco es bueno. Te perdono la vida y te concedo la libertad, pero me quedo con tu espada para que no vuelvas a importunarme.

Elric inspiró profundamente y dijo:

-Está bien.

Nikorn se alejó. Theleb K'aarna que había seguido la conversación desde las sombras, cogió al mercader por el *brazo y* le preguntó:

-¿Vas a dejarlo en libertad?

-Sí -respondió Nikorn-. Ya no representa una amenaza para nosotros.

Elric notó en la actitud de Nikorn un leve tono amistoso. Por su parte, él sentía lo mismo. Tenía ante sí a un hombre valiente y astuto. Luchando contra la locura, Elric pensó cómo iba a devolver el golpe sin *Tormentosa.*

Al oscurecer, los doscientos guerreros imrryrianos esperaban ocultos en la maleza. Vigilaban y se formulaban muchas preguntas. ¿Qué habría sido de Elric? ¿Se encontraría en el castillo, tal como Dyvim Tvar creía? El Amo de los Dragones poseía algunos conocimientos sobre el arte de la adivinación, al igual que todos los miembros de la línea real de Melniboné. Y los poderosos hechizos que fue capaz de conjurar, le indicaban que Elric se encontraba tras los muros del castillo.

Pero sin la ayuda de Elric para enfrentarse al poder de Theleb K'aarna, ¿cómo iban a apoderarse de él? El palacio de Nikorn era a la vez una fortaleza sombría y desagradable.

Estaba rodeado por un profundo foso de aguas oscuras y estancadas. Se erguía bien alto por encima del bosque circundante, y parecía más bien incrustado en la piedra que erigido sobre ella. Gran parte de sus dependencias habían sido talladas en la piedra viva. Era inmenso e irregular; abarcaba una amplia superficie y estaba rodeado de contrafuertes naturales. En algunos sitios la roca era porosa, y por la parte inferior de los muros bajaba un agua sucia, que servía de alimento a una capa de musgo ennegrecido. A juzgar por su exterior, no parecía un sitio agradable, pero saltaba a la vista que era inexpugnable. Doscientos hombres serían incapaces de conquistarlo sin ayuda de la magia.

Algunos de los guerreros melniboneses comenzaron a impacientarse. Unos cuantos llegaron incluso a murmurar entre dientes que Elric había vuelto a traicionarlos. Dyvim Tvar y Moonglum no podían creerlo. Habían visto las señales del conflicto -las habían oído- en el bosque.

Aguardaron con la esperanza de que del castillo les llegara una seña.

Vigilaron la entrada principal del castillo y por fin su paciencia se vio premiada. La enorme puerta de metal y madera se abrió hacia adentro, colgando de sus cadenas, y un hombre de rostro demudado, vestido con raídos ropajes melniboneses, apareció escoltado por dos guerreros del desierto. Al parecer, era llevado en volandas por ellos. Le empujaron hacia adelante; Elric avanzó tambaleándose por el sendero de piedra cubierta de moho que hacía las veces de puente sobre el foso.

Entonces se desplomó. Comenzó a arrastrarse trabajosamente.

-¿Qué le han hecho? -rugió Moonglum-. He de ayudarle. Pero Dyvim Tvar lo contuvo.

-Alto..., no debemos delatar nuestra presencia. Deja que llegue al bosque, luego le ayudaremos.

Incluso aquellos que habían maldecido a Elric sintieron lástima por el albino al verlo

avanzar, arrastrándose y tambaleando, hacia ellos. De las almenas de la fortaleza les llegó una risa burlona. Y llegaron a oír también frases deshilvanadas.

-*¿Y ahora qué, lobo?* -decía la voz-. *¿Ahora qué?*

Moonglum apretó los puños y tembló de rabia, detestaba que se burlasen de su orgulloso amigo cuando estaba tan indefenso.

-¿Qué le ha pasado? ¿Qué le han hecho?

-Ten paciencia -le ordenó Dyvim Tvar- Pronto lo sabremos.

Fue una agonía esperar a que Elric se arrastrase de rodillas hasta llegar a la maleza.

Moonglum salió al encuentro de su amigo para auxiliarlo. Le rodeó los hombros con el brazo, pero el albino lanzó un gruñido y lo apartó de un manotazo; su rostro estaba encendido por un odio terrible, que la impotencia hacía más terrible aún. Elric nada podía hacer para destruir a su odiado enemigo. Nada.

-Elric, has de contarnos lo ocurrido -le pidió Dyvim Tvar con tono apremiante-. Si hemos de ayudarte, debemos saber lo ocurrido.

Elric respiró pesadamente y asintió en silencio. Las emociones dejaron de reflejarse con tanta fuerza en su rostro y, débilmente, comenzó a relatar la historia.

-De modo que nuestros planes se han quedado en la nada -rugió Moonglum-. Y tú has perdido tu fuerza para siempre.

-Tiene que haber algún modo de recuperarla ^dijo Elric con un hilo de voz al tiempo que meneaba la cabeza-. ¡Tiene que haberlo!

-¿Cuál? ¿Cómo? Elric, si cuentas con algún plan, debes decírmelo.

Elric tragó con dificultad y balbuceó:

-Está bien, Moonglum, te lo diré. Pero escúchame bien, porque no tendré fuerzas para repetírtelo.

Moonglum era un adorador de la noche, pero sólo cuando la iluminaban las antorchas de las ciudades. Le desagradaba la noche en campo abierto, y tampoco le gustaba demasiado cuando ésta envolvía un castillo como el de Nikorn, pero siguió adelante y rogó porque todo saliera bien.

Si Elric no se había equivocado en su interpretación, entonces todavía se podía ganar la batalla, y tomar el palacio de Nikorn. Pero aun así, aquello representaba un peligro para Moonglum, y él no era un hombre al que le gustara exponerse deliberadamente al peligro.

Al divisar las aguas estancadas del foso sintió un inmenso disgusto y pensó que poner a prueba de aquel modo su amistad era excesivo. Con filosofía, se metió en las aguas y atravesó el foso a nado.

El musgo que cubría la fortaleza no constituía un firme asidero, pero le permitiría alcanzar la hiedra, un medio más seguro. Moonglum comenzó a trepar lentamente el muro. Deseó con todas sus fuerzas que Elric estuviera en lo cierto y que Theleb K'aarna necesitase descansar antes de poner en marcha más conjuros. Fue por eso que Elric le había sugerido

que se diera prisa. Moonglum continuó trepando, y al cabo de un rato, llegó a la ventana sin barrotes que buscaba. Un hombre de complexión normal no habría sido capaz de entrar, pero la figura pequeña de Moonglum resultaba sumamente útil en esas circunstancias.

Logró colarse por la ventana, no sin un cierto esfuerzo, mientras temblaba de frío, y aterrizó sobre la piedra dura de una estrecha escalera que corría pegada al muro interior de la fortaleza. Moonglum frunció el ceño, y comenzó a subir la escalera. Elric le había dado una somera idea de cómo llegar a su destino.

Esperando lo peor, subió sigilosamente los escalones de piedra. Se dirigió hacia los aposentos de Yishana, Reina de Jharkor.

Al cabo de una hora, Moonglum había regresado, temblando de frío y chorreando agua. En sus manos llevaba a *Tormentosa.* Sujetaba la espada rúnica con sumo cuidado, inquieto ante la maldad consciente del arma. Volvía a estar viva y llena de unas energías oscuras y palpitantes.

-Gracias a los dioses que no me he equivocado -murmuró Elric débilmente desde donde yacía, rodeado por dos o tres imnyrianos, incluido Dyvim Tvar que, preocupado, contemplaba fijamente al albino-. Rogué no equivocarme en mi deducción y resultó que Theleb K'aarna descansaba para recuperarse después de los esfuerzos que hiciera para vencerme...

Se movió y Dyvim Tvar le ayudó a sentarse. Elric tendió una mano larga y blanca hacia la espada, como el adicto de una terrible droga.

-¿Le has dado mi mensaje? -inquirió al tiempo que aferraba el pomo, agradecido.

-Sí -respondió Moonglum sin dejar de temblar-, y ha estado de acuerdo. Tampoco te equivocaste en la otra interpretación, Elric. No tardó mucho en engatusar a Theleb K'aarna para quitarle la llave. El brujo estaba exhausto y Nikorn se estaba poniendo nervioso de sólo pensar que podía producirse un ataque mientras Theleb K'aarna se encontraba momentáneamente incapacitado. Ella misma se dirigió al armario y me trajo la espada.

-Algunas veces las mujeres resultan de utilidad -dijo Dyvim Tvar, cortante-. Aunque en circunstancias como éstas, son un obstáculo. -Resultaba evidente que a Dyvim Tvar le preocupaban otros problemas además de la inmediata conquista del castillo, pero a nadie se le ocurrió preguntarle de qué se trataba. Parecía un asunto personal.

-Estoy de acuerdo contigo, Amo de los Dragones -dijo Elric con tono casi alegre. Los hombres que le rodeaban advirtieron cómo la fuerza volvía a fluir por las venas del albino, dotándolo de una vitalidad de naturaleza infernal-. Ha llegado la hora de nuestra venganza. Pero recordad..., no hagáis daño a Nikorn. Le he dado mi palabra.

Con la diestra asió firmemente la empuñadura de *Tormentosa* y dijo:

-Y ahora, a calmar la sed de mi espada. Creo que seré capaz de obtener la ayuda de los aliados que necesitamos para mantener ocupado al brujo mientras nos apoderamos del castillo. ¡No me hará falta una estrella de cinco puntas para conjurar a mis amigos del aire!

Moonglum se pasó la lengua por los labios y dijo:

-De modo que recurrirás otra vez a la magia. En verdad, Elric, este país comienza a apestar con tanta hechicería y tanto esbirro del Infierno.

-No son seres del Infierno -murmuró Elric al oído de su amigo-. Sino espíritus honestos,

igualmente poderosos en muchos sentidos. Contén tus temores, Moonglum... unos cuantos conjuros más y a Theleb K'aarna no le quedarán deseos de tomar represalias.

El albino frunció el entrecejo al recordar los pactos secretos de sus antepasados. Inspiró profundamente y cerró sus doloridos ojos carmesíes. Comenzó a balancearse con la espada rúnica apenas asida en la mano. Su cántico era quedo, como el lamento lejano del viento. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y algunos de los guerreros más jóvenes, aquellos que jamás habían sido del todo iniciados en el antiguo saber popular de Melniboné, se revolvieron, inquietos. La voz de Elric no se dirigía a los seres humanos; sus palabras iban destinadas a lo invisible, lo intangible, lo sobrenatural. Una rima antigua inició el encantamiento con las runas...

Oíd la decisión del malhadado ser oscuro,
dejad que se oiga el lamento del Gigante del Viento;
los quejidos de Graoll y Misha
cual pájaro enviad a mi enemigo.

Por las tórridas piedras escarlata,
por la maldición de mi negra espada,
por el plañido solitario del Lasshaar,
permitid que se forme un viento sin igual.

Veloz cual rayos de sol de su tierra natal,
más ligeros que la demoledora tormenta,
veloz cual flechas hacia el venado disparadas,
dejad que así sea el hechicero transportado.

A Elric se le quebró la voz al gritar con fuerza:

-¡Misha! ¡Misha! ¡En nombre *de* mis padres te conjuro, Señor de los Vientos!

Casi de inmediato, los árboles del bosque se doblaron de pronto como si una mano gigantesca los hubiera hecho a un lado. Una voz terrible y suspirante surgió de la nada. Todos se estremecieron menos Elric, que estaba sumido en un profundo trance.

-Elric de Melniboné -rugió la voz cual tormenta lejana-, conocimos A vuestros padres. Os conozco a vos. La deuda que tenemos con la línea de elric ha sido olvidada por los mortales, pero graoll y misha, reyes del viento, la recuerdan. ¿cómo puede el lasshaar auxiliaros?

La voz parecía casi afable, aunque sonara orgullosa, distante e inspirara un temor reverencial.

Completamente abandonado en su estado de trance, Elric se sacudió, presa de las convulsiones. De su garganta surgió un grito penetrante; las palabras eran extrañas, inhumanas, violentamente molestas para el oído y los nervios de los humanos allí presentes. Elric habló brevemente y después, la gran voz del Gigante del Viento rugió y suspiró:

-Haré lo que vos deseéis. -Los árboles volvieron a doblarse y el bosque quedó sumido en el silencio.

Uno de los hombres allí reunidos estornudó aparatosamente y aquello fue aprovechado por todos para comenzar a hablar y a especular.

Elric siguió presa del trance durante bastante tiempo y después, de repente, abrió sus ojos enigmáticos y miró a su alrededor con aire serio e intrigado. Aferró con firmeza a *Tormentosa,* se inclinó hacia adelante y se dirigió a los hombres de Imrryr.

-¡Amigos míos, muy pronto tendremos a Theleb K'aarna en nuestro poder, así como el botín que contiene el palacio de Nikorn!

Dyvim Tvar se estremeció y dirigiéndose a Elric le dijo en voz baja:

-Yo no soy tan hábil como tú en las artes esotéricas. Pero en el fondo de mi alma, veo tres lobos al frente de una manada dispuesta a la matanza, y uno de esos lobos debe morir. Creo que mi fin está cercano.

-No te inquietes, Amo de los Dragones -le dijo Elric, incómodo-. Vivirás para burlarte de los cuervos y gastar los despojos de Bakshaan.

Pero no sonó convincente.

5

Theleb K'aarna se movió y despertó en su lecho de seda y armiño. Tuvo la vaga sospecha de que se acercaban dificultades y recordó que horas antes, agotado por el cansancio, le había concedido a Yishana más de lo aconsejable. No recordaba qué era y en ese momento presintió el peligro..., su inminencia ensombrecía un tanto los recuerdos de cualquier indiscreción pasada. Se levantó apresuradamente, se puso la túnica y se dirigió hacia un espejo extrañamente azogado, que colgaba de una pared de sus aposentos y no reflejaba imagen alguna.

Con la vista nublada y las manos temblorosas, comenzó los preparativos. De uno de los muchos recipientes de barro alineados sobre una mesa, junto a la ventana, vertió una sustancia que parecía sangre seca, mezclada con el veneno endurecido de la serpiente negra, originaria del lejano Dorel, situado en el confín del mundo. Sobre todo ello murmuró un encantamiento, lo echó todo en un crisol y lo lanzó sobre el espejo, al tiempo que se cubría los ojos con un brazo. Se oyó un fuerte sonido de cristales rotos, seguido por una intensa luz verde que desapareció de inmediato. El fondo del espejo se agitó; el azogado pareció ondular y brillar, y entonces comenzó a formarse una imagen.

Theleb K'aarna sabía que las imágenes que contemplaba habían ocurrido en el pasado inmediato. Le mostraron a Elric invocando a los Gigantes del Viento.

El rostro sombrío de Theleb K'aarna reflejó un temor inmenso. Sus manos se agitaron cuando fue presa de los espasmos.

Mascullando frases inconexas, se precipitó hacia su mesa, tendió las manos sobre ella, se asomó a la ventana y contempló fijamente la noche. Sabía lo que se avecinaba.

Se había desatado una furiosa tormenta, y él era el objeto del ataque del Lasshaar. Era preciso que tomase represalias, de lo contrario, los Gigantes del Viento le arrancarían el alma y la lanzarían a los espíritus del aire, para que la transportaran por los siglos de los siglos en los vientos del mundo. Si así ocurría, su voz aullaría eternamente como un espíritu errante, en lo alto de los fríos picos de las montañas cubiertas de hielos... perdida y sola. Su alma estaría condenada a vagar, llevada por los cuatro vientos adonde ellos lo desearan, y no conocería el descanso.

Theleb K'aarna sentía un respeto, nacido del miedo, por los poderes del aeromante, el raro hechicero capaz de controlar los espíritus del viento, y la aeromancia era sólo una de las artes que Elric y sus antepasados dominaban. Fue entonces cuando Theleb K'aarna se dio cuenta contra qué luchaba: diez mil años y cientos de generaciones de hechiceros que habían arrancado sus conocimientos de la Tierra y de otros sitios lejanos, y los habían transmitido al albino a quien él, Theleb K'aarna, había pretendido destruir. En ese momento, Theleb K'aarna lamentó profundamente sus actos. Pero ya era demasiado tarde.

El brujo no poseía control alguno sobre los poderosos Gigantes del Viento. Su única esperanza radicaba en combatir un elemento con otro. Debía conjurar de inmediato a los espíritus del fuego. Harían falta todos los poderes pirománticos de Theleb K'aarna para hacer frente a la voracidad de los vientos sobrenaturales que no tardarían en sacudir el aire y la tierra. Hasta el Infierno se sacudiría ante el sonido y los truenos de la ira de los Gigantes del Viento.

Theleb K'aarna reordenó rápidamente sus pensamientos y, con manos vacilantes, comenzó a realizar unos extraños pases en el aire y a cerrar degradantes pactos con cualquiera de los poderosos espíritus ígneos que desearan asistirle en aquel trance. Se ofreció a la muerte eterna a cambio de unos cuantos años más de vida.

Al reunirse los Gigantes del Viento surgieron el trueno y la lluvia. Los relámpagos estallaban esporádicamente, pero no de forma letal. Jamás alcanzaban la Tierra. Elric, Moonglum y los hombres de Imrryr notaron los movimientos de la atmósfera, pero sólo Elric, con su vista de brujo, alcanzó a divisar algo de lo que ocurría. Los Gigantes de Lasshaar eran invisibles a los ojos.

Las máquinas de guerra que los imrryrianos comenzaban a construir a partir de piezas prefabricadas eran endebles comparadas con la fuerza de los Gigantes del Viento. Pero la victoria dependía de esas máquinas, ya que el Lasshaar se enfrentaría a lo sobrenatural y no a lo natural.

Los arietes y las escaleras para el asedio comenzaban a tomar forma a medida que los guerreros trabajaban a velocidad frenética. La hora de la tormenta se acercaba; el viento soplaba con más fuerza y el trueno restallaba en el cielo. La luna se ocultó detrás de negros nubarrones, y los hombres trabajaban a la luz de las antorchas. La sorpresa no era un elemento indispensable en un ataque como el que planeaban lanzar.

Todo estuvo dispuesto dos horas antes del amanecer.

Finalmente, los hombres de Imrryr, con Elric, Dyvim Tvar y Moonglum cabalgando al frente, avanzaron hacia el castillo de Nikorn. Al hacerlo, Elric lanzó un grito impío; el trueno le respondió con un rugido. Un relámpago potentísimo surcó el cielo en dirección al palacio y todo el edificio se sacudió y tembló cuando una bola de fuego malva y anaranjada apareció sobre el castillo y *absorbió* el relámpago. Había comenzado la batalla entre el fuego y el aire.

Los campos circundantes se llenaron de extraños chillidos y malignos plañidos que ensordecieron a los hombres. Notaron que estaban rodeados por el conflicto y que sólo alcanzaban a ver una pequeña parte.

El castillo aparecía rodeado de un brillo sobrenatural que iba y venía, para defender a un hechicero farfullante que sabía que estaría perdido si los Señores de las Llamas cedían, aunque fuese por un breve instante, ante los arrasadores Gigantes del Viento.

Elric sonrió amargamente mientras contemplaba la guerra. En el plano sobrenatural poco tenía que temer. Pero todavía quedaba el palacio, y no contaba con más apoyo mágico para poder apoderarse de él. La habilidad en el manejo de la espada y en la batalla eran la única esperanza contra los feroces guerreros del desierto que se agolpaban ante las almenas, preparándose para destruir a los doscientos hombres que avanzaban sobre ellos.

Se alzaron los Estandartes de los Dragones, la bandera dorada que ondeaba en medio del brillo fantasmal. Desplegados y avanzando despacio, los hijos de Imrryr se dispusieron a presentar batalla. Se alzaron también las escaleras para el asedio cuando los capitanes ordenaron a los guerreros comenzar el asalto. Los rostros de los defensores eran como manchas blancas contra la piedra oscura; de las bocas surgían gritos ahogados, pero resultaba imposible entender lo que decían.

Dos inmensos arietes, montados el día anterior, fueron llevados a la vanguardia de los guerreros que avanzaban. El estrecho sendero resultaba de peligroso acceso, pero era el único medio de cruzar el foso. Cada uno de los arietes con *cabeza* de hierro era transportado por veinte hombres que en ese momento echaron a correr, mientras una lluvia de flechas caía desde lo alto. Protegidos de las lanzas por sus escudos, los guerreros alcanzaron el sendero y lo recorrieron a la carrera. El primer ariete golpeó contra la puerta del castillo. Mientras Elric observaba todo esto, tuvo la impresión de que ninguna barrera de hierro y madera sería capaz de soportar el tremendo impacto del ariete, pero las puertas se sacudieron de modo imperceptible... ¡y resistieron!

Cual vampiros sedientos de sangre, los hombres aullaron y se apartaron para dar paso al tronco que sujetaban sus camaradas. Una vez más, las puertas temblaron de forma más perceptible, pero no cedieron.

Dyvim Tvar animó a gritos a quienes empezaban a subir por las escaleras de asedio. Eran hombres valientes, casi desesperados, pues muy pocos de los primeros escaladores alcanzarían lo alto, y si lo lograban, les costaría un enorme esfuerzo mantenerse con vida hasta que llegasen sus compañeros.

De enormes calderas sujetas de unos pernos que permitían vaciarlas y llenarlas velozmente comenzó a caer el plomo hirviente. Más de un bravo guerrero imrryriano se precipitó a tierra, muerto por el metal incandescente antes de alcanzar las rocas afiladas del suelo. De unas bolsas de cuero colgadas de poleas giratorias que se proyectaban hacia afuera, más allá de las almenas, salió una lluvia de voluminosas piedras que aplastaron a los sitiadores. Pero los invasores continuaron avanzando, al tiempo que proferían medio centenar de gritos de guerra, y escalaban sin pausa sus largas escaleras, mientras sus compañeros, valiéndose de una barrera de escudos para proteger sus cabezas, se concentraron en romper las puertas.

Elric y sus dos compañeros poco podían hacer para ayudar a los escaladores o a los encargados de los arietes. Los tres eran luchadores cuerpo a cuerpo, e incluso dejaban el ataque con arco a los soldados de la retaguardia que, formados en filas, lanzaban sus flechas a los defensores del castillo.

Las puertas comenzaban a ceder. En ellas aparecieron grietas y hendeduras que fueron haciéndose cada vez más profundas. Después, de repente, cuando nadie se lo esperaba, la puerta derecha chirrió sobre sus torturados goznes y cayó. Un rugido triunfal escapó de las gargantas de los invasores que soltaron los troncos y condujeron a sus compañeros por la abertura; las hachas y los mazos se agitaron ante ellos como guadañas y maya-les; las cabezas del enemigo comenzaron a caer como el trigo de la espiga.

-¡El castillo es nuestro! -gritó Moonglum avanzando a la carrera hacia la abertura del pasaje abovedado-. ¡Hemos tomado el castillo!

-No te precipites en cantar victoria -repuso Dyvim Tvar, pero luego se echó a reír y a correr tan deprisa como los demás para *alcanzar* el castillo.

-¿Dónde está tu fin? -le preguntó Elric a su compañero melnibonés, y se interrumpió al ver que a Dyvim Tvar se le nublaba el rostro y contraía los labios en una mueca sombría.

Por un momento se alzó entre ambos una cierta tensión, pero después, Dyvim Tvar lanzó una sonora carcajada y se lo tomó a broma:

-En alguna parte, Elric, en alguna parte..., pero no nos preocupemos por esas cosas, porque si mi fin pende sobre mi cabeza, cuando llegue la hora, no impediré que descienda.

Le dio una palmada en el hombro tratando de provocar en el albino una cierta confusión.

Llegaron al amplio pasaje abovedado; en el patio del castillo la lucha salvaje había dado paso a encarnizados duelos de hombre contra hombre.

Tormentosa fue la primera de las espadas de los tres hombres en probar la sangre y enviar al Infierno el alma del guerrero del desierto. La canción que cantaba al ser enarbolada en el aire para caer asestando potentes mandobles era de una naturaleza maligna y triunfal.

Los morenos guerreros del desierto eran famosos por su coraje y su habilidad con las espadas. Las hojas curvadas de sus armas causaron estragos entre las tropas imrryrianas, pues a esas alturas, los hombres del desierto superaban numéricamente a las fuerzas melnibonesas.

Allá en lo alto, los inspirados escaladores habían dado ya con un firme punto de apoyo en las almenas y, después de abalanzarse sobre los hombres de Nikorn, los obligaron a retroceder y en muchos casos acababan lanzándolos por encima de los parapetos desprovistos de barandilla. Un guerrero se precipitó gritando y a punto estuvo de aterrizar sobre Elric; lo golpeó en un hombro y lo hizo caer pesadamente sobre los adoquines, resbaladizos a causa de la sangre y la lluvia. Un hombre del desierto, cubierto de graves heridas, no tardó en percatarse de tan magnífica oportunidad, y avanzó con una expresión regodeante en el rostro demudado. Su cimitarra se elevó en el aire dispuesta a segar la cabeza de Elric, pero en ese mismo instante, el yelmo del guerrero se partió en dos y de la frente le saltó un chorro de sangre.

Dyvim Tvar arrancó el hacha clavada en el cráneo de un guerrero muerto, se puso en pie y sonrió al albino.

-Ambos viviremos para ver la victoria -le gritó por encima del fragor de los espíritus en guerra allá en lo alto, y del chocar de las armas-. Escaparé a mi destino hasta que... -Se interrumpió con el rostro inmovilizado en un gesto de sorpresa; a Elric se le revolvió el estómago cuando vio una punta de acero aparecer en el costado derecho de Dyvin Tvar. Detrás del Amo de los Dragones, un hombre del desierto, con una sonrisa maligna en los labios, extrajo la espada del cuerpo de Dyvim Tvar. Elric avanzó lanzando una maldición. El hombre levantó la espada para defenderse al tiempo que se alejaba apresuradamente del albino enfurecido. *Tormentosa* se elevó y aullando una canción de muerte, atravesó la espada curvada del contrincante de Elric, se enterró en el hombro del guerrero, siguió hacia abajo y lo partió en dos. Elric regresó junto a Dyvim Tvar, que continuaba en pie, pero aparecía pálido y sin fuerzas. La sangre le manaba de la herida y empapaba sus vestiduras.

-¿Qué gravedad tiene la herida? -inquirió Elric, ansioso-. ¿Sabes precisarlo?

-La espada de ese engendro de los demonios me ha traspasado las costillas, creo que..., que no me ha dañado ninguna parte vital. -Dyvim Tvar contuvo el aliento e intentó sonreír-. Estoy seguro de que si me hubiera hecho más daño, lo sabría.

Entonces se desplomó. Cuando Elric le dio la vuelta, se encontró ante un rostro muerto, de ojos desmesuradamente abiertos. El Amo de los Dragones, Señor de las Cuevas de los Dragones, jamás volvería a cuidar de sus bestias.

Cuando se incorporó junto al cadáver de su deudo, Elric se sintió enfermo y abrumado. Pensó que por su culpa había muerto otro magnífico hombre. Pero aquél fue el único pensamiento consciente que se permitió, pues se vio obligado a defenderse de las espadas de un par de hombres del desierto que se dirigían hacia él precipitadamente.

Una vez concluida su tarea en el exterior, los arqueros entraron corriendo por la abertura de la puerta y sus flechas llovieron sobre las filas enemigas.

-¡Un guerrero del desierto ha matado por la espalda a Dyvim Tvar, mi deudo! -gritó Elric-. ¡Vengadle, hermanos! ¡Vengad al Amo de los Dragones de Imrryr!

Los melniboneses dejaron escapar un gemido quedo, y se lanzaron a un ataque más feroz que el anterior. Elric llamó a un grupo de hacheros que bajaban de las almenas, una vez asegurada la victoria.

-Seguidme. ¡Vengaremos la sangre que Theleb K'aarna se ha cobrado! -Conocía bastante bien la distribución del castillo.

-Un momento, Elric -gritó Moonglum desde alguna parte-. ¡Iré con vosotros!

Un guerrero del desierto colocado de espaldas a Elric cayó al suelo, y detrás de él apareció Moonglum sonriente, con la espada ensangrentada desde la punta hasta el pomo.

Elric los dirigió hasta una puertecita ubicada en la torre principal del castillo. La señaló, y dirigiéndose a los hacheros les dijo:

-¡Derribadla a hachazos, amigos, deprisa!

Los hacheros comenzaron a asestar golpes a la dura madera. Impaciente, Elric observaba cómo empezaban a volar astillas por todas partes.

El enfrentamiento había sido asombroso. Theleb K'aarna sollozaba de frustración. Kakatal, el Señor del Fuego, y sus esbirros ejercían muy poco efecto sobre los Gigantes del Viento. Al parecer, su fuerza parecía aumentar. El hechicero se mordía los nudillos y temblaba en sus aposentos, mientras allá abajo, los guerreros humanos luchaban, sangraban y morían. Theleb K'aarna se obligó a concentrarse en una sola cosa: la completa destrucción de las fuerzas del Lasshaar. Pero de alguna manera sabía que, tarde o temprano, de un modo u otro, su fin estaba cercano.

Las hachas se hundieron cada vez más en la dura madera hasta que por fin la puerta cedió.

-Hemos pasado, mi señor -dijo uno de los hacheros indicando el agujero que habían hecho.

Elric introdujo el brazo por el hueco y levantó la barra que aseguraba la puerta. La barra subió para caer con estrépito sobre el suelo de piedra. Elric apoyó el hombro sobre la puerta y empujó.

En lo alto del cielo, aparecieron dos enormes figuras casi humanas que quedaron recortadas contra la noche. Una de ellas era dorada y brillante como el sol y parecía esgrimir una gran espada de fuego. La otra era plateada y azul oscura, serpenteaba y humeaba, y en la mano empuñaba una inquieta lanza anaranjada.

Misha y Kakatal trabaron combate. El resultado de su asombrosa lucha podía muy bien decidir el destino de Theleb K'aarna.

-Deprisa -ordenó Elric-. ¡Arriba!

Corrieron escalera arriba, hacia los aposentos de Theleb K'aarna.

De repente, los hombres se vieron obligados a detenerse ante una puerta negra como el azabache, tachonada de hierro rojo. No tenía cerradura, ni pestillos, ni barras, pero era bastante segura. Elric ordenó a sus hacheros que comenzaran su tarea. Los seis golpearon la puerta al unísono.

Y al unísono gritaron y desaparecieron. Ni siquiera se elevó una columna de humo que indicase el sitio donde se habían esfumado.

Moonglum retrocedió tambaleándose y con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror. Se alejó de Elric, quien permaneció firme junto a la puerta, mientras *Tormentosa* se agitaba en su mano.

-Sal, Elric..., eso que has visto es un hechizo de increíble poder. ¡Deja que tus amigos del aire acaben con el mago!

-¡La mejor arma contra la magia es la magia misma! -rugió Elric fuera de sí. Aplicó todo el peso de su cuerpo al mandoble que asestó a la puerta negra. *Tormentosa* gimió al hundirse en ella, gritó como si de una victoria se tratase y aulló como un demonio hambriento de almas. Se produjo un resplandor enceguecedor; Elric sintió un rugido en los oídos y notó una sensación de ingravidez; entonces la puerta cedió. Moonglum presenció todo aquello, pues se había quedado contra su voluntad.

-*Tormentosa* me ha fallado en muy raras ocasiones, Moonglum -gritó Elric al tiempo que saltaba por la abertura-. Andando, hemos llegado a la guarida de Theleb K'aarna...

Se interrumpió al encontrarse ante la cosa balbuceante tendida en el suelo. Había sido un hombre. Había sido Theleb K'aarna. En ese momento yacía encogido y temeroso, sentado en el centro de la rota estrella de cinco puntas, mientras reía disimuladamente.

Un repentino destello de inteligencia le iluminó los ojos.

-Demasiado tarde para la venganza, señor Elric -dijo la cosa-. He ganado..., tu venganza me pertenece.

Mudo y con expresión sombría, Elric avanzó, levantó a *Tormentosa* y descargó la gimiente espada rúnica sobre el cráneo del hechicero. Allí la dejó durante unos instantes.

-Sáciate cuanto quieras, acero infernal -murmuró-. Tú y yo nos lo hemos ganado.

En el cielo se produjo un repentino silencio.

6

-¡No es verdad! ¡Mientes! -chilló el hombre, aterrado-. No tuvimos la culpa.

Pilarme se encontraba ante el grupo de ciudadanos ilustres. Detrás del mercader ricamente vestido estaban sus tres colegas, los que habían conocido a Elric y a Moonglum en la taberna.

Uno de los ciudadanos acusadores levantó un dedo regordete y señaló hacia el norte, donde se encontraba el palacio de Nikorn.

-De modo que Nikorn era enemigo de todos los mercaderes de Bakshaan. Eso es aceptable. Pero en estos momentos una horda de ladrones con las manos manchadas de sangre atacan su castillo, auxiliados por los demonios... ¡y Elric de Melniboné es su jefe! Sabéis que sois culpables de todo esto..., en la ciudad no se comenta otra cosa. Empleasteis a Elric... ¡y mirad lo que ha sucedido!

-¡No sabíamos que llegaría al extremo de matar a Nikorn! -El gordo de Tormiel se estrujaba las manos con el rostro contraído por el temor y la preocupación-. Nos estáis ofendiendo. Sólo pretendíamos...

-¡Que os estamos ofendiendo! -Faratt, portavoz de sus conciudadanos, era un hombre de tez encarnada y labios gruesos. Agitando las manos con indignada exasperación, añadió-: Cuando Elric y sus chacales hayan acabado con Nikorn... vendrán a la ciudad. ¡Estúpidos! Es lo que el hechicero albino planeaba hacer desde un principio. No hizo más que burlarse de vosotros..., pues le habéis dado una excusa. ¡Contra hombres armados podemos luchar..., pero contra la magia, no!

-¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? ¡Bakshaal será arrasada antes de que acabe el día *de* hoy! -Tormiel se volvió hacia Pilarmo-. ¡La idea fue tuya..., piensa ahora en un plan!

-Podríamos pagar un rescate -tartamudeó Pilarmo-, o sobornarlos... o darles dinero suficiente como para satisfacerlos.

-¿Y quién va a pagar ese dinero? -inquirió Faratt. Y la discusión volvió a empezar.

Elric miró con asco el cuerpo destrozado de Theleb K'aarna. Se apartó y quedó ante un Moonglum de rostro pálido que le dijo con voz ronca:

-Vámonos ya, Elric. Yishana te espera en Bakshaan, tal como prometió. Has de cumplir con el trato que hice en tu nombre.

-Sí -asintió Elric, preocupado-. Por el ruido, parece ser que los imrryrianos han tomado el castillo. Dejaremos que lo saqueen a sus anchas y saldremos de aquí mientras aún estemos a tiempo. ¿Quieres dejarme unos momentos a solas? La espada rechaza su alma.

-Nos reuniremos en el patio dentro de un cuarto de hora -dijo Moonglum suspirando agradecido-. Deseo reclamar parte del botín. -Bajó la escalera estrepitosamente mientras Elric se quedaba de pie junto al cuerpo de su enemigo. Extendió los brazos, con la espada chorreando sangre todavía en la mano.

-Dyvim Tvar -gritó-. Tú y tus compatriotas habéis sido vengados. Que el ser malvado que tenga en su poder el alma de Dyvim Tvar la libere ya mismo y tome el alma de Theleb K'aarna.

Algo invisible e intangible, aunque de todos modos perceptible, fluyó hacia la estancia y flotó sobre el cuerpo despatarrado de Theleb K'aarna. Elric se asomó a la ventana y creyó oír el batir de alas de un dragón, olió el aliento acre de las bestias, vio que una cruzaba al vuelo el cielo amanecido y se llevaba a Dyvim Tvar, el Amo de los Dragones.

Elric esbozó una sonrisa y dijo en voz baja:

-Que los Dioses de Melniboné te protejan, dondequiera que estés. -Luego se alejó de aquella carnicería y abandonó la estancia.

En la escalera se encontró con Nikorn de limar.

El rostro vigoroso del mercader estaba lleno de ira. Temblaba de rabia. Empuñaba una enorme espada.

-Por fin te he encontrado, lobo -dijo-. ¡Te he perdonado la vida y mira cómo me pagas!

-Así tenía que ser -le dijo Elric con voz cansada-. Pero he dado mi palabra de que no te quitaría la vida, créeme, no lo haría, Nikorn, aunque no hubiera empeñado mi palabra.

Nikorn se encontraba a un par de pasos de la puerta, bloqueando la salida.

-Entonces tomaré la tuya. ¡Vamos..., pelea!

Salió al patio, y a punto estuvo de caer al tropezar con el cadáver de un imrryriano; recobró el equilibrio y esperó, con gesto amenazante, que Elric saliera. Elric salió con la espada envainada.

-No.

-¡Defiéndete, lobo!

Automáticamente, la diestra del albino aferró la empuñadura de su acero, pero el melnibonés no desenvainó. Nikorn lanzó una maldición y le asestó un golpe bien calculado que a punto estuvo de cruzarle la cara al pálido hechicero. Éste retrocedió de un salto y, con renuencia, desenvainó a *Tormentosa, y* se mantuvo en guardia, esperando que el bakshaanita se moviera.

Elric sólo pretendía desarmar a Nikorn. No quería matar ni mutilar a aquel valiente que le había perdonado la vida cuando se había encontrado a su merced.

Nikorn lanzó otra estocada a Elric, y el albino la paró. *Tormentosa gemía y* se estremecía suavemente. Se oyó el entrechocar de los metales y la lucha adquirió mayor ritmo cuando la ira de Nikorn se transformó en una furia contenida. Elric se vio obligado a defenderse con todas sus artes y sus fuerzas. Aunque mayor que el albino, y a pesar de ser un mercader, Nikom era un soberbio espadachín. Poseía una velocidad fantástica, y en ocasiones, Elric no se ponía a la defensiva sólo porque así lo deseara.

Pero algo le ocurría a la espada rúnica. Se revolvía en la mano de Elric obligándole a contraatacar. Nikorn retrocedió; un destello de miedo le iluminó los ojos cuando notó la potencia del acero forjado en el infierno que empuñaba Elric. El mercader luchó denodadamente..., y Elric se limitó a seguir los designios de su espada. Se sintió completamente dominado por su acero, que lanzaba mandobles que quebraban la guardia de Nikorn.

De pronto, *Tormentosa* se movió en la mano de Elric. Nikorn gritó. La espada rúnica

abandonó espontáneamente la mano de Elric con la intención de ir a clavarse en el corazón de su oponente.

-¡No! -gritó Elric tratando inútilmente de sujetar su acero. *Tormentosa* se hundió en el corazón de Nikorn lanzando un infernal grito de triunfo-. ¡No! -Elric asió la empuñadura e intentó arrancar la espada del cuerpo de Nikorn. El mercader aulló de dolor. Tenía que haber muerto. Pero conservaba un hilo de vida.

-¡Me está llevando..., la muy maldita me está llevando! -Nikorn se atragantaba con su propia sangre y aferraba el negro acero con las manos crispadas-, ¡Detenía, Elric..., te lo suplico, detenía! ¡Por favor!

Elric volvió a intentar sacar la espada del corazón de Nikorn. Pero fue inútil. Era como si hubiera echado raíces en su carne. Gemía vorazmente al tiempo que absorbía el alma de Nikorn de limar. Se tragó la fuerza vital del hombre moribundo y, mientras lo hacía, su voz sonaba suave y asquerosamente sensual. Elric continuó luchando por arrancar la espada. Fue imposible.

-¡Maldita seas! -gimió-. Este hombre era casi un amigo..., le di mi palabra de que no lo mataría. -Pero aunque *Tormentosa* era *capaz* de sentir, no podía oír a su amo.

Nikorn lanzó otro grito que se fue apagando hasta convertirse en un sollozo perdido. Entonces, su cuerpo se quedó inerte.

Murió..., y el alma de Nikorn fue a unirse a las almas de incontables víctimas, amigos, familiares y enemigos que habían servido de alimento a aquello que mantenía vivo a Elric de Melniboné.

Elric rompió en sollozos.

-¿Por qué me persigue esta maldición? ¿Por qué?

Cayó al suelo, sobre la tierra y la sangre. Minutos después, Moonglum se acercó a su amigo, que yacía boca abajo. Aferró a Elric por los hombros y le dio la vuelta. Al ver el rostro del albino, estragado por la *agonía,* se estremeció.

-¿Qué ha ocurrido?

Elric se incorporó, se apoyó sobre un codo, señaló hacia donde yacía el cuerpo de Nikom, y repuso:

-Otro más, Moonglum. ¡Maldita espada! ¡Maldita, maldita!

-Nikom te habría matado - dijo Moonglum, incómodo-. No pienses más en ello. Más de una vez se ha faltado a la palabra empeñada sin que quien la empeñara tuviera culpa de ello. Vamos, amigo, Yishana te espera en la Taberna de la Paloma Púrpura.

Elric se puso en pie con dificultad y comenzó a andar despacio hacia las puertas destrozadas del palacio donde les esperaban unos caballos.

Mientras cabalgaban hacia Bakshaan, ignorantes de los problemas que afectaban a sus habitantes, Elric dio unos golpecitos a *Tormentosa,* que colgaba, una vez más, a su costado. Sus ojos aparecían duros y taciturnos, como perdidos en sus propios sentimientos.

-Ten cuidado con esta espada del diablo, Moonglum. Mata a los enemigos, pero lo que más le gusta es saborear la sangre de amigos y compatriotas.

Moonglum sacudió la cabeza rápidamente, como para despejarse, y apartó la vista sin decir palabra.

Elric abrió la boca para agregar algo más, pero después cambió de parecer. Necesitaba imperiosamente hablar, pero no tenía nada que decir.

Pilarmo frunció el ceño. Contemplaba con gesto agraviado como sus esclavos se afanaban por transportar sus baúles llenos de tesoros y apilarlos en la calle, junto a su enorme mansión. En otros puntos de la ciudad, los tres colegas de Pilarmo experimentaban distintos grados de angustia. Sus tesoros eran transportados de igual modo. Los burgueses de Bakshaan habían decidido quiénes iban a pagar el posible rescate.

En aquel momento, un ciudadano harapiento bajaba la calle a paso lento señalando tras él y dando voces.

-¡El albino y su amigo están en la puerta norte! Los burgueses que se encontraban junto a Pilarmo se miraron. Faratt tragó saliva.

-Elric viene a negociar -dijo-. Deprisa. Abrid los arcones con los tesoros y ordenad al guardia de la ciudad que le deje pasar. -Uno de los ciudadanos partió a toda prisa.

Al cabo de pocos minutos, mientras Faratt y los demás se afanaban por dejar expuesto el tesoro de Pilarmo a la mirada del albino, Elric enfiló la calle al galope, con Moonglum a su lado. Los dos hombres se mostraban impasibles. Se cuidaron muy bien de no delatar su sorpresa.

-¿Qué es esto? -inquirió Elric lanzándole una mirada a Pilarmo.

-Un tesoro -contestó Faratt retrocediendo servilmente-. Es tuyo, mi Señor Elric..., para ti y para tus hombres. Y hay más. No es necesario que emplees tu magia. Ni que tus hombres nos ataquen. El tesoro que aquí ves es fabuloso..., de un valor enorme. ¿Lo aceptarás y dejarás en paz a esta ciudad?

Moonglum estuvo a punto de sonreír, pero se controló.

-Ya me basta -dijo Elric fríamente-. Lo acepto. Y asegúrate de que el resto le sea entregado a mis hombres en el castillo de Nikorn, de lo contrario, tú y tus amigos arderéis mañana en la hoguera.

A Faratt le dio un repentino ataque de tos que lo hizo temblar, y repuso:

-Como ordenes, mi Señor Elric. Se hará lo que tú digas.

Los dos hombres dirigieron sus caballerías en dirección de la Taberna de la Paloma Púrpura. Cuando se encontraron a prudente distancia, Moonglum dijo:

-Por lo que he podido entender, son maese Pilarme y sus amigos quienes están pagando ese tributo no pedido.

Elric, que carecía de todo sentido del humor, lanzó una risa ahogada y repuso:

-Es verdad. Desde un principio tenía planeado robarles, pero fueron sus propios conciudadanos quienes lo han hecho por nosotros. Cuando regresemos, recogeremos nuestra parte del botín.

Continuaron cabalgando y llegaron a la taberna. Yishana les esperaba, nerviosa, y vestida para viajar.

Al ver el rostro de Elric, suspiró, satisfecha, y en sus labios se formó una sonrisa tersa como la seda.

-De modo que Theleb K'aarna ha muerto -dijo-. Ahora podremos reanudar nuestra relación, Elric.

-Era mi parte del trato -asintió el albino-. Has cumplido con la tuya al ayudar a Moonglum a recuperar mi espada-, añadió sin rastros de emoción.

Ella lo abrazó, pero él se apartó murmurando:

-Luego, ahora no. Y ésa es una promesa que cumpliré, Yishana.

Ayudó a la mujer a montar en el caballo que esperaba. Y regresaron a la casa de Pilarme.

-¿Qué ha pasado con Nikorn..., está a salvo? -inquirió Yishana-. Me gustaba ese hombre.

-Ha muerto -repuso Elric con tono forzado.

-¿Cómo? -preguntó ella.

-Al igual que todos los mercaderes -repuso Elric-, se excedió en el regateo.

Sumidos en un silencio poco natural, los tres continuaron al galope en dirección a las Puertas de Bakshaan; Elric no se detuvo cuando los otros lo hicieron, para recoger su parte de las riquezas de Pilarmo. Continuó cabalgando, con la mirada perdida, y cuando se hallaba ya a dos leguas de la ciudad, sus acompañantes tuvieron que azuzar a sus corceles para poder darle alcance.

Sobre Bakshaan, en los jardines de los ricos, no soplaba la brisa. Los vientos no llegaron para refrescar las caras sudorosas de los pobres. En el cielo, sólo el sol brillaba ardiente, redondo y rojo, y una sombra con forma de dragón lo surcó una sola vez para desaparecer después.

LIBRO SEGUNDO
Reyes en la oscuridad

Tres Reyes en la Oscuridad yacen,
Gutheran de Orgyyo,
bajo un cielo sombrío y sin sol.
El tercero bajo la Colina.

James Cawthorn

Canción de Veerkad

1

Elric, Señor del Imperio perdido y destrozado de Melniboné, cabalgaba cual lobo que huyera de una trampa, dominado por la locura babeante y el regocijo. Se alejaba de Nadsokor, Ciudad de los Pordioseros, dejando tras de sí un reguero de odio, pues habían descubierto en él al antiguo enemigo antes de que lograse conseguir el secreto que había ido a buscar. Los perseguían a él y al grotesco hombrecito que cabalgaba riendo al costado de Elric: Moonglum, el Extranjero de Elwher y del este desconocido.

Las llamas de las antorchas, portadas por una multitud vociferante y andrajosa que se había lanzado en persecución de los intrusos, devoraban el terciopelo de la noche.

A pesar de tratarse de una manada de chacales maltrechos y famélicos, su número les otorgaba una fuerza considerable, y sus largos cuchillos y sus arcos de hueso brillaban a la luz de las , antorchas. Eran demasiado fuertes como para que dos hombres solos les hicieran frente, y demasiado pocos como para representar un serio peligro en una persecución, de modo que Elric y Moonglum habían decidido abandonar la ciudad sin disputas, y en aquellos momentos avanzaban a galope tendido hacia la luna llena, que con sus rayos pálidos traspasaba la oscuridad para revelarles las inquietantes aguas del río Varkalk, el medio de huir de la multitud iracunda.

No les faltaron ganas de detenerse y enfrentarse a la turba, puesto que el Varkalk era su única salida. Pero sabían muy bien lo que los pordioseros harían con ellos, mientras que no estaban seguros de cuál sería su destino una vez se hubieran zambullido en las aguas del río. Los caballos alcanzaron las orillas inclinadas del Varkalk y se encabritaron.

Blasfemando, los dos hombres azuzaron a sus corceles y los obligaron a bajar hacia el agua. Los caballos se lanzaron al río, resoplando y chapoteando. Era un río de aguas caudalosas que conducían al Bosque de Troos, engendro del infierno, situado en las fronteras de Org, país de nigromantes y de una maldad antigua y corrupta.

Elric escupió el agua que había tragado y tosió.

-Creo que no nos seguirán hasta Troos -le gritó a su compañero.

Moonglum no respondió. Se limitó a esbozar una sonrisa que dejó al descubierto sus blancos dientes y el temor no disimulado reflejado en sus ojos. Los caballos nadaron vigorosamente con la corriente, dejando atrás a la turba de pordioseros que aullaban enardecidos y sedientos de sangre, mientras algunos de sus miembros reían y entre befas gritaban:

-¡Dejad que el bosque acabe con ellos!

Elric les contestó con una salvaje carcajada, mientras los caballos continuaban nadando corriente abajo, por el río ancho y profundo, hacia la mañana hambrienta de sol, fría y cubierta de escarcha. Esparcidos a ambos lados de la planicie, se *alzaban* unos riscos delgados, entre los cuales el río fluía raudo. Unas masas negras y pardas, con ligeros toques de verde, surgían aquí y allá dando color a las rocas; en la planicie, la hierba ondulaba como impulsada por algún fin. La multitud de pordioseros continuó persiguiendo a sus presas a lo largo de las orillas a la luz del amanecer, pero acabó cansándose y abandonó la persecución para volver, temblorosa, a Nadsokor.

Cuando se hubieron marchado, Elric y Moonglum obligaron a sus caballerías a regresar a la ribera; una vez allí, subieron con dificultad hasta la cima de la pendiente, donde las rocas y la hierba ya dejaban paso a las lindes del bosque, que más allá se *alzaba* por todas partes, manchando la tierra con sus negras sombras. El follaje se agitaba espasmódicamente, como si estuviera dotado de vida.

En aquel bosque de tonos sangrientos y abigarrados, las flores surgían cual erupciones malignas. Los árboles, de troncos inclinados y sinuosos, aparecían cual sombras negras y brillantes; era aquel un bosque de hojas punzantes, de oscuros tonos purpúreos, de verdes brillantes; era, sin duda, un lugar insalubre a juzgar por el insoportable hedor que manaba de la vegetación en proceso de putrefacción; un hedor que ofendía los sentidos de Elric y Moonglum.

Moonglum frunció la nariz, inclinó la cabeza en dirección al sitio por el que habían llegado e inquirió:

-¿Regresamos ya? Podemos evitar Troos, cortar camino por un extremo de Org y llegar a Bakshaan en poco más de un día. ¿Qué me dices, Elric?

-No dudo que en Bakshaan seríamos recibidos con el mismo calor que nos recibieron en Nadsokor -repuso Elric frunciendo el entrecejo-. Recordarán aún la destrucción que provocamos, y las riquezas que les arrancamos a sus mercaderes. No, tengo ganas de explorar un poco el bosque. He oído muchas historias sobre Org y su monstruoso bosque, y me gustaría conocer la verdad. Mi espada y mi magia nos protegerán si fuera preciso.

Moonglum lanzó un suspiro y le dijo:

-Elric, por esta vez te pido que no nos expongamos al peligro.

Elric le sonrió gélidamente. Sus ojos carmesíes brillaban con una intensidad peculiar en su rostro mortalmente pálido.

-¿El peligro? No puede traer más que la muerte.

-Pues la muerte no es lo que más deseo en estos momentos, -dijo Moonglum-. Los antros de placer de Bakshaan, o si lo prefieres, Jadmar, que por otra parte...

Pero Elric ya había espoleado a su caballo para que se internara en el bosque. Moonglum lanzó otro suspiro y fue tras él.

Unas flores negras no tardaron en ocultar gran parte del cielo, que ya estaba bastante oscuro, y los jinetes no lograron ver más que a pocos pasos de distancia. El resto del bosque parecía vasto e irregular; en realidad, todo esto lo presentían, puesto que la oscuridad impenetrable ocultaba a la vista gran parte de cuanto les rodeaba.

Moonglum reconoció el bosque por las descripciones que había oído de labios de viajeros enloquecidos que se emborrachaban en la oscuridad de las tabernas de Nadsokor.

-Éste es el Bosque de Troos, no hay duda -le dijo a Elric-. Se habla de cómo el Pueblo Condenado descargó sobre la tierra unas fuerzas tremendas que provocaron terribles cambios en hombres, animales y plantas. Este bosque es su última creación, y el último en perecer. Hay ciertas ocasiones en que los hijos siempre odian a los padres -concluyó Elric, misterioso.

-Unos hijos con los que habría que ser sumamente cautelosos, diría yo -repuso Moonglum-. Hay quienes dicen que cuando alcanzaron la cima de su poder, carecían de Dioses que les infundieran miedo.

-Un pueblo en verdad osado -replicó Elric con una leve sonrisa-. Es digno de mi respeto. Pero ahora, el temor y los Dioses han regresado y en cierto modo, eso resulta reconfortante.

Moonglum reflexionó un instante sobre este último punto, pero no dijo nada.

Comenzaba a sentirse inquieto.

Aquel lugar estaba plagado de susurros y murmullos malignos, aunque por lo que podían ver, no estaba habitado por animal alguno. Había una desconcertante ausencia de pájaros, roedores e insectos, y a pesar de que a ninguno de los dos les gustaban esas criaturas, habrían agradecido su compañía en aquel bosque inquietante.

Con voz temblorosa, Moonglum comenzó a entonar una canción con la esperanza de que lo animase y le ayudara a olvidar aquel bosque acechante.

La sonrisa y la palabra son mi oficio;
con ellas consigo mi beneficio.
Aunque mi cuerpo es breve y mi valor reducido,
mi fama tardará mucho en perecer.

Y así cantando, Moonglum recuperó su natural amabilidad, mientras cabalgaba tras el hombre que consideraba su amigo, un amigo que ejercía sobre él una especie de dominio, aunque ninguno de los dos lo reconociera.

Elric sonrió al oír la canción de Moonglum y dijo:

-Dudo que cantarle a la propia brevedad física y a la propia ausencia de valor sirva de mucho para mantener alejado al enemigo, Moonglum.

-Pero de este modo no ofrezco provocación alguna -le espetó. Moonglum, desenvuelto-. Si le canto a mis defectos, estoy a salvo. Pero si me jactara de mis talentos, alguien podría considerarlo como un reto y decidir darme una lección.

-Es cierto -asintió Elric-, serio-, y tus palabras son acertadas.

Comenzó a señalar ciertas flores y hojas y a hacer comentarios sobre su extraño color y textura, a referirse a ellas con palabras que Moonglum apenas comprendía, aunque sabía que las palabras formaban parte del vocabulario de un hechicero. Al albino no parecían asaltarle los mismos temores que acosaban al Oriental, pero en ocasiones, Moonglum había comprobado que en Elric las apariencias solían ocultar exactamente lo opuesto de lo que indicaban.

Se detuvieron a descansar un momento, mientras Elric examinaba una serie de muestras que había arrancado de árboles y plantas. Las depositó cuidadosamente en el morral que llevaba colgado del cinturón, sin darle a Moonglum ninguna explicación.

-Andando -le ordenó-, los misterios de Troos nos esperan. En ese instante, una voz de mujer les dijo desde la oscuridad:

-Ahorraos el viaje para otro día, forasteros.

Elric refrenó a su caballo, y llevó la mano a la empuñadura de *Tormentosa.* La voz había ejercido en él un efecto inusual. Se trataba de una voz grave y profunda que, por un momento, le había hecho palpitar el corazón con más fuerza. Presintió que se encontraba al inicio de uno de los senderos del Destino, pero ignoraba adonde le conduciría. Se apresuró a controlar su mente y luego su cuerpo, y miró hacia las sombras de donde provenía aquella voz.

-Sois muy amable al ofrecernos vuestro consejo, señora -dijo, empecinado-. Dejad que os veamos y explicadnos...

La mujer avanzó despacio, montada sobre un negro caballo castrado que corveteaba con un ímpetu que apenas lograba sofrenar. Moonglum se quedó boquiabierto, pues a pesar de poseer unos rasgos muy acentuados, aquella mujer era increíblemente hermosa. Su rostro y su porte eran aristocráticos; tenia los ojos de un tono verde grisáceo, y en ellos se combinaban el enigma y la inocencia. Era muy joven. A pesar de su femineidad y belleza evidentes, Moonglum calculó que tendría poco más de diecisiete años.

-¿Cabalgáis sola? -inquirió Elric frunciendo el ceño.

-Ahora sí -repuso la muchacha tratando de disimular el asombro que le provocaba el color del albino-. Necesito ayuda..., protección. Es preciso que algún hombre me escolte, para llegar a salvo hasta Karlaak. Una vez allí, será recompensado.

-¿Karlaak, junto al Erial de los Sollozos? Se encuentra al otro lado de Ilmiora, a cien leguas y a una semana de viaje yendo a buen paso. -Elric no esperó a que la muchacha respondiera-. No somos mercenarios, mi señora.

-Entonces debéis obediencia a los votos que, como caballero habéis hecho, señor, y no podéis negarme lo que os pido.

-¿Caballero, señora? -Elric lanzó una breve carcajada-. No provenimos de las advenedizas naciones del Sur con sus extraños códigos y normas de comportamiento. Somos nobles de antigua cuna, cuyos actos sólo obedecen a los mandatos de nuestro propio deseo. No nos pediríais eso en que tanto insistís si conocierais nuestros nombres.

La muchacha se humedeció los labios plenos y con timidez preguntó:

-¿Quiénes sois...?

-Elric de Melniboné, señora; en el Oeste me llaman también Elric, Asesino de Mujeres; y éste que aquí veis es Moonglum de Elwher, que carece de conciencia.

-Me han llegado ciertas leyendas -dijo la muchacha-, que hablan del ladrón de rostro pálido, del brujo engendrado por los infiernos, poseedor de una espada que se bebe las almas de los hombres...

-Son ciertas. Y aunque las sucesivas narraciones le hayan añadido detalles, esas leyendas apenas logran describir las oscuras verdades que subyacen en sus orígenes. Y ahora, señora, decidme, ¿aún queréis nuestra ayuda? -La voz de Elric era amable, nada amenazante, porque advirtió que la muchacha estaba muy asustada, aunque había logrado controlar los indicios del miedo y había apretado los labios con ánimo decidido.

-No me queda más remedio. Estoy a vuestra merced. Mi padre, el Senador Superior de Karlaak, es muy rico. Como ya sabréis, Karlaak recibe también el nombre de Ciudad de las Torres de Jade, y poseemos ámbar y jade a montones; parte de esas riquezas podría ser vuestra.

-Tened cuidado, señora, no provoquéis mis iras -le advirtió Elric, pero en los ojos de Moonglum brilló la avaricia-. No somos jamelgos en alquiler, ni mercancías a la venta. -Sonrió con desdén y añadió-: Además, provengo de la arrasada Imrryr, la Soñada, de la Isla del Dragón, centro de la Antigua Melniboné, y sé muy bien lo que es la belleza. Vuestras fruslerías no pueden tentar a alguien que ha contemplado el blanco Corazón de Arioco, la enceguecedora iridiscencia que despide el Trono de Rubí, los lánguidos e inefables colores de la piedra Actorios engarzada en el Anillo de los Reyes. Son más que joyas, señora..., contienen la vida del universo.

-Os pido disculpas, Señor Elric, y a vos, Señor Moonglum. Elric se echó a reír casi con afecto.

-Somos unos bufones sombríos, señora, pero los Dioses de la Suerte nos han asistido en nuestra huida de Nadsokor, y estamos en deuda con ellos. Os escoltaremos hasta Karlaak, Ciudad de las Torres de Jade, y exploraremos el Bosque de Troos en otra ocasión. El agradecimiento de la muchacha se vio moderado por la expresión cauta de sus ojos.

-Y ahora que ya hemos hecho las presentaciones .-dijo Elric-, quizá tengáis la amabilidad de darnos vuestro nombre y contarnos vuestra historia.

-Soy Zarozinia de Karlaak, una de las hijas de Voashoon, el clan más poderoso del sudeste de Ilmiora. Tenemos parientes en las ciudades mercantiles de las costas de Pikarayd, y había ido en compañía de dos primos y mi tío a visitarlos.

-Un viaje peligroso, lady *Zarozinia.*

-Es verdad, y no sólo existen peligros naturales, señor. Hace dos semanas, nos despedimos y emprendimos el viaje de regreso. Atravesamos sin dificultad el Estrecho de Vilmir; una vez allí, empleamos a unos soldados para formar una caravana y poder así continuar viaje a través de Vilmir y luego a Ilmiora. Evitamos Nadsokor, porque habíamos oído decir que la Ciudad de los Pordioseros es poco hospitalaria con los viajeros honrados...

-Y a veces también con los ímprobos, tal como hemos podido apreciar -añadió Elric con una sonrisa.

Una vez más, la expresión de la muchacha indicó que le resultaba difícil asociar el evidente buen humor de Elric con su mala reputación.

-Cuando dejamos atrás Nadsokor -prosiguió la muchacha-, vinimos en esta dirección y llegamos a los confines de Org, donde se encuentra Troos. Viajamos con suma precaución, pues conocíamos la negra fama de Org, por ello nos mantuvimos siempre en los límites del bosque. Fue entonces cuando caímos en una emboscada y nuestros soldados nos abandonaron.

-Una emboscada, ¿eh? -intervino Moonglum- ¿Obra de quién, señora?

-Por su desagradable aspecto y sus siluetas bajas y rechonchas, parecían nativos. Cayeron sobre la caravana; mi tío y mis primos lucharon valerosamente pero fueron asesinados. Uno de mis primos le asestó una fuerte palmada en las ancas a mi caballo, que salió al galope con tanto ímpetu que fui incapaz de controlarlo. Me llegaron... unos aullidos terribles..., unos gritos enloquecidos y unas risas impúdicas... Cuando por fin logré refrenar a mi caballo, no supe dónde me encontraba. Más tarde, os oí acercaros y esperé a que os alejarais, pues temía que también fueseis de Org, pero al oír vuestros acentos y parte de vuestra conversación, pensé que quizá podríais ayudarme.

-Y os ayudaremos, señora -dijo Moonglum, inclinándose galantemente en la silla de montar-. Estoy en deuda con vos por haber convencido a mi señor Elric de que nos necesitabais. De no haber sido por vos, en estos momentos nos encontraríamos en el corazón de este horrible bosque, sin duda sometidos a espantosos terrores. Os ofrezco mis condolencias por la muerte de vuestros parientes, y os aseguro que a partir de ahora seréis protegida por algo más que espadas y corazones valientes, pues de ser preciso, se echará mano de la magia.

-Esperemos que no sea preciso -dijo Elric frunciendo el entrecejo-. Amigo Moonglum, para ser un hombre que detesta ese arte, hablas de la magia de un modo muy alegre.

Moonglum sonrió, irónico.

-Consolaba a la joven dama, Elric. Debo reconocer que he tenido ocasión de estar agradecido a tus horribles poderes. Y ahora sugiero que acampemos para pasar la noche, y poder partir al amanecer con recobradas fuerzas.

-Apruebo tu idea -dijo Elric al tiempo que miraba de reojo a la muchacha, presa de una cierta incomodidad.

Volvió a notar que el corazón le palpitaba con fuerza y le resultó más difícil controlarlo.

La muchacha también parecía fascinada por el albino. Entre los dos existía una atracción que podía llegar a ser lo bastante fuerte como para lanzar el destino de ambos por unos senderos notablemente distintos de cuanto habían imaginado.

La noche volvió a caer rápidamente, pues en aquellas regiones los días eran cortos. Mientras Moonglum se ocupaba del fuego, atisbando nervioso a su alrededor, Zarozinia, cuya capa ricamente bordada de oro relucía a la luz de la fogata, se dirigía con gracia hacia donde Elric estaba sentado, clasificando las hierbas que había recogido. La muchacha lo observó, cautelosa, y al ver que estaba absorto, se dedicó a mirarlo con manifiesta curiosidad.

Elric levantó la vista y sonrió levemente; por una vez, sus ojos no estaban a la defensiva, y su extraño rostro pareció franco y agradable.

-Algunas de estas hierbas tienen poderes curativos -le explicó-, otras se utilizan para invocar a los espíritus. Las hay que otorgan una fuerza sobrenatural a quien las bebe y vuelven locos a los hombres. Me resultarán útiles.

La muchacha se sentó a su lado, y con la mano de gruesos dedos se apartó de la cara la negra cabellera. Sus pequeños pechos subían y bajaban rápidamente.

-Señor Elric, ¿en verdad sois *el* terrible hacedor de males del que tanto hablan las leyendas? Porque me resulta difícil creerlo.

-He llevado el mal a muchos lugares, pero con frecuencia había allí maldades comparables a la mía. No pretendo justificarme, porque sé lo que soy. y sé lo que he hecho. He asesinado a brujos malévolos y destruido a opresores, pero también he sido responsable de la muerte de hombres cabales, de una mujer, de mi primo, a quien yo amaba, y los maté..., o bien lo hizo mi espada.

-¿Y sois vos quien domina vuestra espada?

-Algunas veces no lo sé. Pero sin ella, soy impotente. -Posó la mano sobre la empuñadura de *Tormentosa-.* Debería estarle agradecido. -Una vez más, sus ojos carmesíes se tornaron más profundos y ocultaron alguna amarga emoción enraizada en el fondo de su alma.

-Lo siento si he reavivado algún recuerdo desagradable...

-No lo sintáis, lady Zarozinia. El dolor lo llevo dentro de mí..., no fuisteis vos quien lo puso allí. En realidad, diría que con vuestra presencia contribuís enormemente a aliviarlo.

Lo miró asombrada y sonrió: -No soy mujer de costumbres ligeras, señor, pero...

Elric se puso en pie a toda prisa.

-Moonglum, ¿va bien ese fuego?

-Sí, Elric. Durará toda la noche. -Moonglum inclinó la cabeza hacia un lado. No era propio de Elric formular preguntas banales, pero el albino no volvió a decir nada, de modo que el Oriental se encogió de hombros y se puso a revisar sus armas.

Como no se le ocurría nada más que decir, Elric se volvió y con tono apremiante y grave comentó:

-Soy un asesino y un ladrón, y no sería digno...

-Señor Elric, yo...

-Os habéis dejado infatuar por una leyenda, es todo.

-¡No! Si sentís lo mismo que yo siento, entonces sabréis que es mucho más.

-Eres joven.

-Tengo edad suficiente.

-Ve con cautela, pues tengo un destino que cumplir.

-¿Tu destino?

-Más que destino es una terrible condena. No tengo piedad, salvo cuando veo algo en mi propia alma. Entonces la tengo... y me apiado. Pero no me gusta contemplar mi alma y esto forma parte de la condena que rige mi vida. No son el destino, ni las estrellas, ni los hombres, ni los demonios, ni los dioses. Mírame, Zarozinia... es Elric, un pobre juguete blanco elegido por los Dioses del Tiempo, es Elric de Melniboné quien causa su propia y gradual destrucción.

-¡Es un suicidio!

-Sí, me estoy matando lentamente. Y quienes van a mi lado también sufren.

-Mientes, señor Elric..., la locura y la culpa te impulsan a mentir.

-Porque soy culpable, señora mía.

-¿Acaso el Señor Moonglum camina contigo hacia su fin?

-Es muy distinto a los demás..., su seguridad le hace indestructible.

-Yo también tengo confianza, mi señor Elric.

-Tu confianza es la de la juventud, es diferente.

-¿Es preciso que la pierda con mi juventud?

-Tienes fuerza. Eres tan fuerte como nosotros. He de reconocerlo.

Poniéndose en pie, la muchacha abrió los brazos y dijo:

-Entonces reconcíliate, Elric de Melniboné.

Y lo hizo. La tomó en sus brazos y la besó con una necesidad más profunda que la de la pasión. Por primera vez se olvidó de Cymoril de Imrryr cuando ambos se tendieron en la hierba suave, ignorando a Moonglum, que sacaba brillo a su espada curva con un celo burlón.

Los tres se quedaron dormidos y el fuego se fue apagando.

Tal era su alegría, que Elric se olvidó de que debía montar guardia, y Moonglum, que no contaba con más fuerzas que las de su cuerpo, permaneció despierto cuanto pudo, pero finalmente, el sueño lo venció.

En las sombras de los horribles árboles, unas siluetas se movían con lenta precaución.

Los hombres deformados de Org comenzaron a reptar en dirección de los tres seres humanos dormidos.

En ese momento, Elric abrió los ojos, impulsado por el instinto, y se quedó mirando el plácido rostro de Zarozinia que dormía a su lado; movió los ojos sin volver la cabeza y vio el peligro. Rodó hacia un costado, aferró a *Tormentosa* y desenvainó la espada rúnica. El acero comenzó a murmurar, como presa de la ira por haber sido despertado.

-¡Moonglum, hay peligro! -gritó Elric, atemorizado, porque debía proteger algo más que su propia vida. El hombrecito levantó la cabeza de golpe. Su sable curvado se encontraba ya sobre su regazo; el hombre se puso en pie de un salto y corrió hacia Elric en el momento preciso en que los hombres de Org se disponían a atacar.

-Pido disculpas -le dijo Moonglum.

-La culpa es mía...

Y entonces los hombres de Org cayeron sobre ellos. Elric y Moonglum se encontraban junto a la muchacha cuando ésta despertó y contempló lo que ocurría sin gritar. Miró a su alrededor en busca de un arma, pero no encontró ninguna. Se quedó quieta donde estaba, pues era lo único que podía hacer.

Oliendo a despojos, unas doce criaturas farfullantes atacaron a Elric y a Moonglum con pesadas espadas que parecían destrales largos y peligrosos.

Tormentosa gimió, atravesó un destral, se hundió en un cuello y decapitó a su dueño. El cadáver cayó hacia atrás, sobre el fuego, soltando un gran chorro de sangre. Moonglum esquivó un destral aullador, perdió el equilibrio, cayó, le asestó un mandoble a las piernas de su contrincante y al desjarretarlo, éste se desplomó gritando como un poseso. Moonglum se quedó tendido en el suelo y levantó su acero para ensartar a otro enemigo a la altura del corazón. Se puso en pie de un salto y corrió al lado de Elric, mientras Zarozinia se escudaba tras ellos.

-Los caballos -gruñó Elric-. Si no hay peligro, intenta traerlos.

Todavía quedaban en pie siete nativos; Moonglum lanzó un quejido cuando un destral le rebanó un trozo de carne del brazo izquierdo; se defendió traspasándole la garganta a su enemigo, se giró ligeramente y le hizo un corte en la cara a otro. Avanzaron, tomando la ofensiva ante el enloquecido enemigo. Con la mano izquierda cubierta de sangre, a pesar del dolor, Moonglum desenvainó su largo puñal y lo asió apoyando el pulgar en el mango; atajó el ataque de un contrincante, se acercó a él y le dio muerte hundiéndole el puñal y empujando hacia arriba con fuerza, lo cual aumentó el dolor que le provocaba su herida.

Elric sostenía la espada rúnica con ambas manos y la revoleaba en semicírculo, segando a aquellos deformes seres aulladores. Zarozinia echó a correr en dirección de los caballos, montó de un salto en el suyo y condujo a los otros dos hacia los hombres que luchaban. Elric aniquiló a otro nativo y montó, al tiempo que agradecía haber tenido la previsión de dejar los caballos preparados, con todos los enseres, por si llegaba a presentarse algún peligro. Moonglum no tardó en unirse a ellos y salieron del claro a galope tendido.

-Las alforjas -gritó Moonglum presa de una agonía que superaba con creces la que le producía la herida-. ¡Nos hemos dejado las alforjas!

-¿Qué más da? No abuses de tu suerte, amigo mío.

-¡Pero en ellas guardábamos nuestro tesoro! Elric se echó a reír, en parte de alivio, y en parte porque aquello le hacía gracia.

-No temas, amigo mío, las recuperaremos.

-Te conozco, Elric. Y sé que para ti las realidades no cuentan. El propio Moonglum se echó a reír cuando atrás quedaron los iracundos hombres de Org y los caballos iniciaban un trote. Elric se estiró, abrazó a Zarozinia y le dijo:

-Llevas en las venas el coraje de tu noble clan.

-Gracias -respondió ella, satisfecha por el cumplido-, pero jamás podremos igualar el arte que tanto tú como Moonglum habéis demostrado como espadachines. Ha sido fantástico.

-Agradécele a la espada -repuso él, cortante.

-No, te agradeceré a ti. Creo que depositas demasiada confianza en esa arma infernal, por más poderosa que sea.

-La necesito.

-¿Para qué?

-Para obtener mi propia fuerza, y ahora, para darte fuerzas a ti.

-No soy un vampiro -repuso ella con una sonrisa-, y no necesito de una fuerza tan temible como la que otorga esa espada.

-Entonces, ten por seguro que yo sí -le dijo Elric con seriedad-. No me amarías si la espada no me diera lo que necesito. Sin ella, soy como un informe bicho marino.

-No te creo, pero no voy a discutir contigo ahora.

Continuaron cabalgando sin hablar.

Más tarde, se detuvieron, desmontaron, y Zarozinia cubrió la herida de Moonglum con unas hierbas que le dio Elric y comenzó a vendarle el brazo.

Elric estaba sumido en sus pensamientos. Unos sonidos sensuales y macabros agitaban el bosque entero.

-Nos encontramos en el corazón de Troos -dijo el albino-, y esos seres han impedido que hiciésemos realidad nuestra intención de evitar el bosque. Creo que aprovecharé la ocasión para visitar al Rey de Org.

Moonglum lanzó una carcajada.

-¿Quieres que antes le enviemos nuestras espadas? ¿Y después nos atemos las manos? -Las hierbas, que ejercían un rápido efecto, le estaban aliviando ya el dolor.

-Hablo en serio. Todos nosotros le debemos mucho a los hombres de Org. Aniquilaron al tío y a los primos de Zarozinia, te hirieron a ti, y ahora tienen nuestro tesoro. Tenemos muchos motivos para exigirle al Rey una reparación. Además, parecen muy tontos y no debería resultarnos difícil engañarles.

-Sí, y el Rey nos recompensará por nuestra falta de sensatez cortándonos las piernas.

-Nunca he hablado más en serio. Creo que deberíamos ir.

-He de reconocer que me gustaría recuperar nuestros bienes, pero Elric, no deberíamos poner en peligro la seguridad de nuestra señora.

-Moonglum, voy a convertirme en esposa de Elric. Por lo tanto, si él visita al Rey de Org, he de acompañaros.

-Ha sido breve el cortejo -dijo Moonglum, enarcando una ceja.

-Ha dicho la verdad -dijo Elric-. Iremos todos a Org, y la magia nos protegerá de la indeseada ira del Rey.

-Sigues deseando la muerte y la venganza, Elric -comentó Moonglum al tiempo que se encogía de hombros y montaba-. A mí me da igual, puesto que tus caminos, sean cuales sean, son todos provechosos. Según tus propias palabras, serás el Señor de la Mala Suerte, pero, la verdad sea dicha, a mí me traes buena fortuna.

-Ya no cortejo a la muerte -dijo Elric con una sonrisa-, sólo espero que podamos vengarnos.

-Pronto amanecerá -comentó Moonglum-. La ciudadela de Org se encuentra a seis horas a caballo de aquí, y si no me equivoco y si el mapa que memoricé en Nadsokor era correcto, hemos de ir en dirección sur sudeste, guiándonos por la Estrella Antigua.

-Tu sentido de orientación nunca falla, Moonglum. Todas las caravanas deberían llevar al frente a un hombre como tú.

-En Elwher nos basamos en las estrellas para elaborar nuestra filosofía -repuso Moonglum-. Las consideramos el plano maestro de cuanto ocurre en la Tierra. En su recorrido alrededor del planeta lo ven todo, el pasado, el presente y el futuro. Son nuestros dioses.

-Al menos son dioses previsibles -dijo Elric mientras cabalgaban hacia Org con el corazón ligero al considerar el grave riesgo que corrían.

2

Poco se sabía del reino de Org, salvo que el Bosque de Troos se alzaba dentro de sus límites, hecho que las demás naciones agradecían. En su mayoría, las gentes de Org eran desagradables de ver, pues sus cuerpos eran retorcidos y presentaban extrañas alteraciones. Según la leyenda, descendían del Pueblo Maldito. Se decía que físicamente sus gobernantes tenían aspecto de hombres normales, pero que sus mentes eran más retorcidas que los brazos y las piernas de sus súbditos.

El reino de Org poseía pocos habitantes, esparcidos por todo el territorio, y su rey los gobernaba desde su ciudadela que también recibía el nombre de Org.

Hacia esa ciudadela se dirigían Elric y sus acompañantes, y mientras viajaban, Elric les explicó cómo pensaba protegerles de los nativos de Org.

En el bosque había encontrado cierta hoja que, utilizada conjuntamente con unas invocaciones determinadas (inocuas para el invocador, pues éste no corría demasiado peligro de ser atacado por los espíritus que dirigía) dotarían a esa persona, y a cualquiera a quien diese a beber la droga destilada de la hoja, de una invulnerabilidad temporal.

El hechizo servía para rehacer en cierto modo la estructura de la piel y la carne a fin de que pudiese soportar cualquier filo y casi cualquier golpe. Con un talante extrañamente locuaz, Elric les explicó cómo la droga y el hechizo se combinaban para alcanzar el efecto, pero los arcaísmos y los términos esotéricos que empleó les resultaron incomprensibles a sus dos acompañantes.

Se detuvieron a una hora de camino del lugar donde Moonglum había calculado encontrar la ciudadela, para que Elric pudiera preparar la droga e invocar el hechizo.

Trabajó con destreza sobre una pequeña fogata, utilizando un mortero de alquimista, en el que mezcló la hoja cortada con un poco de agua. Mientras el preparado hervía sobre el fuego, dibujó en el suelo unas runas peculiares; algunas de estas runas adoptaban unas formas retorcidas tan raras que daban la impresión de esfumarse en una dimensión diferente para reaparecer más allá.

Hueso y sangre y carne y nervio, unen nuevamente hechizo y espíritu; poción potente entreteje tu magia, mantén a quien te beba libre de daño.

Así cantó Elric a medida que sobre el fuego se formaba una nubécula rosada, que ondeó un instante para adoptar luego una forma espiralada que se hundió en el interior del recipiente. La sustancia burbujeó rumorosamente y después se quedó quieta. El hechicero albino dijo:

-Se trata de un antiguo hechizo de mi niñez, y es tan sencillo que casi se me había olvidado. La hoja para preparar esta poción sólo se encuentra en Troos, por lo que resulta difícil de hacer.

El preparado, antes líquido, se había solidificado y Elric lo partió en trocitos.

-Una cantidad muy grande tomada de una sola vez -les advirtió- podría envenenarte, pero en su justa medida permite unos efectos que duran varias horas. Aunque no siempre es así, pero hemos de aceptar ese riesgo. -Les entregó un trocito a sus acompañantes, quienes lo recibieron con cierto recelo-. Tragáoslo antes de que lleguemos a la ciudadela -les ordenó-, o bien si somos sorprendidos por los hombres de Org.

Entonces montaron y reemprendieron la marcha.

A unas millas al sureste de Troos, un ciego cantó en sueños una tétrica canción que lo despertó...

Llegaron a la triste ciudadela de Org al anochecer. Desde las almenas de aquella antigua morada de los Reyes de Org, los recibieron unos gritos guturales. La dura piedra rezumaba humedad y aparecía corroída por los líquenes y un musgo abigarrado y de aspecto siniestro. La única entrada de la ciudadela apenas permitía el paso de un hombre a caballo, y a ella se accedía a través de un sendero que se hundía casi un palmo en un cieno negro y maloliente.

-¿Qué vienes a hacer a la Corte Real de Gutheran, el Poderoso? No vieron a quien formulaba esta pregunta.

-Buscamos hospitalidad y una audiencia con vuestro señor -gritó Moonglum alegremente ocultando a duras penas su nerviosismo-. Traemos importantes noticias a Org.

Una cara deforme espió desde las almenas.

-Pasad, forasteros, y sed bienvenidos -dijo con tono nada amistoso.

El pesado puente levadizo de madera se levantó en el aire para que pudieran entrar; los caballos avanzaron con dificultad por el barro y llegaron al patio de la ciudadela.

En el cielo gris, unos negros nubarrones se desplazaban a toda velocidad hacia el horizonte, como deseosos de huir de los horrendos límites de Org y del asqueroso Bosque de Troos.

El patio aparecía cubierto por una capa del mismo cieno apestoso que les había dificultado la entrada en la ciudadela. Unas sombras pesadas e inmóviles se cernían sobre él. A la derecha de Elric, un tramo de escalera conducía a una entrada en arco, tapizada por los mismos líquenes siniestros que había visto en las paredes exteriores y también en el Bosque de Troos.

Por ese arco, salió un hombre alto que después de acariciar los líquenes con una mano pálida y cargada de anillos, se detuvo en lo alto de la escalera a contemplar a los visitantes con los ojos entrecerrados. A diferencia de los otros, era apuesto, tenía una cabeza imponente, leonina, con una cabellera larga tan blanca como la de Elric, aunque el cabello de aquel hombre corpulento parecía más bien sucio, enmarañado y poco cuidado. Vestía un pesado coleto de cuero repujado y acolchado, un tonelete amarillo largo hasta los tobillos y llevaba una daga de hoja ancha, sin vaina, prendida al cinto. Era mayor que Elric; tendría entre cuarenta y cincuenta años, y su rostro poderoso, aunque un tanto decadente, estaba surcado por las arrugas y plagado de las marcas dejadas por la viruela.

Los observó en silencio sin darles la bienvenida; después, le hizo señas a uno de los guardias de las almenas para que bajara el puente levadizo. Éste descendió con estruendo, obstruyéndoles la salida.

-Matad a los hombres y quedaos con la mujer -ordenó el hombre corpulento con voz monótona.

Elric había oído a los muertos hablar del mismo modo.

Tal como habían planeado, Elric y Moonglum se colocaron a ambos lados de Zarozinia y allí se quedaron, de brazos cruzados.

Unas criaturas asombradas se acercaron a ellos arrastrando los pies cautelosamente,

mientras sus pantalones sueltos tocaban el lodo y sus manos permanecían ocultas bajo las largas mangas de sus mugrientos vestidos. Lanzaron sus destrales. Elric notó un leve golpe cuando un arma le *alcanzó* en un brazo con un ruido seco, pero eso fue todo. A Moonglum le ocurrió otro tanto.

Los hombres retrocedieron; sus rostros bestiales reflejaban asombro y confusión.

El hombre alto abrió los ojos desmesuradamente. Se llevó una mano cubierta de anillos a los gruesos labios y se mordió una uña.

-¡Nuestras armas no surten efecto en ellos, Rey! No se cortan ni sangran. ¿De qué están hechos? Elric lanzó una carcajada teatral:

-No somos seres corrientes, pequeño humano, de eso puedes estar seguro. Somos mensajeros de los dioses y hemos traído a tu Rey un mensaje de nuestros amos. No temáis, no os haremos nada, pues no corremos peligro de que nos hagáis daño. Apartaos y dadnos la bienvenida.

Elric notó que el Rey Gutheran se mostraba asombrado, aunque lo que acababa de decirle no le había engañado del todo. Se maldijo. Había medido la inteligencia de aquellos seres basándose en los que él había visto. Aquel rey, loco o no, era mucho más inteligente, y sería mucho más difícil de engañar. Se acercó a la escalera, donde se encontraba el ceñudo Gutheran.

-Salve, Rey Gutheran. Los Dioses han vuelto por fin a Org y desean que lo sepáis.

-Org no tiene Dioses que adorar por toda la eternidad -repuso Gutheran con voz hueca, se dio la vuelta y entró en la ciudadela-. ¿Por qué habríamos de aceptarlos ahora?

-Sois impertinente, Rey Gutheran.

-Y tú muy audaz. ¿Cómo sé yo que vienes de parte de los Dioses? -inquirió mientras los conducía a través de unos pasillos de techo bajo.

-Has visto ya que las armas de tus súbditos no nos causan daño alguno.

-Es verdad. Por el momento, consideraré ese incidente como prueba de ello. Supongo que habrá que celebrar un banquete en vuestro..., en vuestro honor. Ordenaré que lo dispongan todo. Sed bienvenidos, mensajeros. -Sus palabras carecían de toda gracia, pero resultaba prácticamente imposible detectar nada por la voz de Gutheran, puesto que mantenía siempre el mismo tono.

Elric se apartó de los hombros la pesada capa de montar y dijo alegremente:

-Hablaremos a nuestros señores de tu amabilidad.

La Corte era un lugar de sombríos pasillos y risas falsas, y aunque Elric formuló muchas preguntas a Gutheran, el rey no se dignó contestarlas, y si lo hacía, utilizaba frases ambiguas que nada significaban. No les fueron asignados unos aposentos donde poder refrescarse, por lo que hubieron de permanecer durante varias horas en el salón principal de la ciudadela, y mientras Gutheran estuvo con ellos sin dar órdenes para el banquete, permaneció despatarrado sobre su trono mordiéndose las uñas, sin prestarles la menor atención.

-Agradable hospitalidad -susurró Moonglum.

-Elric, ¿cuánto durarán los efectos de la droga? -inquirió Zarozinia que no se apartaba del costado del albino.

El albino le rodeó los hombros con un brazo y repuso:

-No lo sé. No mucho más. Pero ha cumplido con su propósito. Dudo que traten de atacamos otra vez. Sin embargo, os pido que estéis atentos pues podrían realizar otros intentos más sutiles.

El salón principal, que tenía un techo más alto que el resto y estaba rodeado por una galería que se *alzaba a* bastante distancia del suelo, era frío e incómodo. El fuego no ardía en las diversas chimeneas que eran abiertas y estaban excavadas en el suelo, y las paredes, que rezumaban humedad y carecían de todo adorno, eran de piedra dura y gastada por el tiempo. En el suelo ni siquiera había alfombras de junco, y dondequiera que se mirara, se veían huesos y restos de comida putrefacta.

-Se ocupan muy poco de la ciudadela, ¿verdad? -comentó Moonglum mirando a su alrededor con asco y echando un vistazo al pensativo Gutheran que, al parecer, se había olvidado de su presencia.

Un sirviente entró en el salón arrastrando los pies y susurró unas cuantas palabras al oído del rey. Éste asintió, se puso en pie y abandonó el Gran Salón.

Al cabo de unos instantes, entraron unos hombres con bancos y mesas y comenzaron a distribuirlos por la estancia.

El banquete iba a comenzar. En el aire flotaba el peligro.

Los tres visitantes se sentaron juntos, a la derecha del Rey, que se había colocado la capa adornada de joyas, signo de su reinado, mientras su hijo y varias mujeres pálidas, pertenecientes a la familia real, ocupaban los asientos de la izquierda sin dirigirse la palabra.

El Príncipe Hurd, un joven de rostro taciturno, que parecía detestar a su padre, jugueteó con la comida de aspecto poco apetitoso que les fue servida a todos.

Bebió ávidamente el vino que apenas tenía sabor, pero que era fuerte y contribuía a caldear un poco el ambiente.

-¿Y qué quieren los dioses de la pobre gente de Org? -inquirió Hurd mirando fijamente a Zarozinia con un interés algo más que amistoso.

-No piden más que vuestro reconocimiento -respondió Elric-. A cambio de ello, os ayudarán de vez en cuando.

-¿Es todo? -preguntó Hurd echándose a reír-. Mucho más de lo que nos ofrecen los de la Colina, ¿eh, padre?

Gutheran volvió lentamente su enorme cabeza para contemplar a su hijo.

-Sí -murmuró, y esa sola palabra parecía contener una advertencia.

-La Colina..., ¿qué es eso? -inquirió Moonglum.

Nadie le respondió. Se oyó entonces una carcajada histérica que provenía de la entrada del Gran Salón. Apareció allí un hombre delgado y macilento, con la mirada fija en la lejanía. A pesar de tener el rostro demacrado, sus rasgos se parecían mucho a los de

Gutheran. Llevaba un instrumento de cuerdas y cada vez que lo tocaba, se oía un sonido lastimero que resonaba con insistente melancolía.

-Mira, padre, es el ciego Veerkad -dijo Hurd, despectivo-, tu hermano, el juglar. ¿Le hacemos cantar para nosotros?

-¿Cantar?

-¿Le hacemos cantar sus canciones, padre? La boca de Gutheran tembló y se retorció en una mueca; al cabo de un momento, dijo:

-Puede entretener a nuestros huéspedes con una balada heroica si así lo desea, pero...

-Pero no debe cantar ciertas canciones... -continuó Hurd con una sonrisa maliciosa. Daba la impresión de que deseaba atormentar deliberadamente a su padre por algo que Elric no alcanzaba a adivinar. Hurd le gritó al ciego-: ¡Vamos, tío Veerkad... canta!

-Hay unos extraños aquí presentes -dijo Veerkad y sus palabras resonaron por encima del lamento de su propia música-. Hay extraños en Org.

Hurd rió entre clientes y bebió más vino. Gutheran miraba ceñudo y no dejaba de temblar y de morderse las uñas.

-Nos gustaría oír una canción, trovador -gritó Elric.

-Entonces, forasteros, os cantaré la canción de los Tres Reyes en la Oscuridad, así oiréis la espantosa historia de los Reyes de Org.

-¡No! -gritó Gutheran, poniéndose en pie de un salto, pero Veerkad ya se había puesto a cantar.

Tres Reyes en la oscuridad yacen,
Gutheran de Org y yo,
bajo un cielo triste y sin sol.
El tercero bajo la Colina yace.
Cuándo se levantará el tercero,
sólo cuando muera otro...

-¡Basta! -aulló Gutheran presa de un ataque de ira; se puso en pie, abandonó la mesa a los tumbos, presa del terror y con el rostro blanco como el papel, se acercó al ciego y lo golpeó. Dos golpes y el juglar cayó al suelo y allí quedó sin moverse-. ¡Sacadlo de aquí! Y que no vuelva a entrar-, chilló el rey con los labios cubiertos de espuma.

Hurd, que por un momento recuperó la sobriedad, saltó al otro lado de la mesa volcando platos y copas y aferró a su padre del brazo.

-Cálmate, padre. He pensado en otro modo de divertirnos.

-¡Tú lo único que pretendes es arrebatarme el trono! Has sido tú quien animó a Veerkad para que cantara su horrible canción. Sabes que no puedo escucharla sin que... -Se interrumpió y miró hacia la puerta-. Un día, la leyenda se hará realidad y el Rey de la Colina vendrá. Entonces yo, tú y Org pereceremos.

-Padre -insistió Hurd con una sonrisa espantosa-, permite que la mujer que nos visita baile para nosotros una danza en honor de los dioses.

-¿Qué?

-Que permitas que la mujer baile para nosotros, padre.

Elric lo oyó. A esas alturas, los efectos de la droga debían de haberse disipado ya. No podía arriesgarse a desvelar su juego ofreciéndole a sus compañeros otra dosis. Se puso en pie.

-Vuestras palabras son un sacrilegio, Príncipe.

-Os hemos ofrecido diversión. En Org la costumbre dicta que los visitantes también han de divertirnos de algún modo.

Se respiraba la amenaza. Elric se arrepintió de haber ideado aquel plan para engañar a los hombres de Org. Pero ya nada podía hacer. Había pretendido exigirles un tributo en nombre de los Dioses, pero era evidente que aquellos hombres enloquecidos temían mucho más otros peligros más inmediatos y tangibles que los representados por cualquiera de los Dioses.

Había cometido un error, había puesto en peligro las vidas de sus amigos así como la suya propia. ¿Qué hacer? Zarozinia murmuró:

-En Ilmiora el arte de la danza le es enseñado a todas las damas. Déjame bailar para ellos. Quizá aplaque sus ánimos, y con suerte, podré engatusarlos para facilitar nuestro trabajo.

-Arioco sabe que nuestra tarea es harto difícil. Fui un tonto al concebir este plan. Está bien, Zarozinia, baila para ellos, pero hazlo con cuidado. -Dirigiéndose a Hurd, añadió-: Nuestra compañera bailará para vosotros y os mostrará la belleza que los Dioses han creado. Luego deberéis pagar vuestro tributo, pues nuestros amos se están impacientando.

-¿El tributo? -inquirió Gutheran levantando la cabeza-. No habías dicho nada de un tributo.

-Debéis expresar vuestro reconocimiento a los Dioses con metales y piedras preciosas, Rey Gutheran. Creí que así lo habíais entendido.

-Os asemejáis más a unos ladrones corrientes que a unos mensajeros sobrenaturales, amigos míos. Las gentes de Qrg somos pobres y no tenemos nada que ofrecer a los charlatanes.

-¡Mide tus palabras, Rey! -La voz clara de Elric resonó, amenazante, en la estancia.

-Veamos la *danza* y luego juzgaremos la verdad de lo que nos has dicho.

Elric tomó asiento, y cuando Zarozinia se puso en pie, le aferró la mano por debajo de la mesa para infundirle valor.

La muchacha se dirigió con paso seguro y agraciado hasta el centro del salón y allí comenzó a bailar. Elric, que la amaba, quedó asombrado por su gracia y su maestría. Bailó las antiguas y hermosas danzas de Ilmiora, dejando arrobados incluso a los estúpidos hombres de Org; mientras así danzaba, la enorme y dorada Copa de los Huéspedes fue introducida en la estancia. Hurd se inclinó por delante de su padre y le dijo a Elric:

-La Copa de los Huéspedes, mi señor. La costumbre dicta que nuestros invitados han de beber de ella en señal de amistad.

Elric asintió; estaba visiblemente molesto de que interrumpieran su contemplación de la

maravillosa danza; sus ojos seguían a Zarozinia mientras ésta se movía por la estancia. En el salón se produjo un silencio.

Hurd le entregó la copa y el albino se la llevó distraídamente a los labios, al ver que *Zarozinia se había* subido a la mesa y comenzaba a acercarse hacia donde él estaba sentado. Cuando Elric tomó el primer sorbo, *Zarozinia lanzó* un grito y de una patada le arrancó la copa de la mano. El vino se derramó sobre Gutheran y Hurd, quien se levantó, sorprendido.

-Contiene veneno, Elric. ¡Lo han envenenado! Hurd la abofeteó en plena cara. La muchacha cayó de la mesa y quedó tendida en el suelo mugriento.

-¡Perra! ¿Acaso un poco de vino envenenado puede dañar a los mensajeros de los Dioses?

Enfurecido, Elric apartó a Gutheran de un empellón y golpeó a Hurd con tal furia que le hizo escupir un chorro de sangre. Pero el veneno comenzaba a surtir efecto. Gutheran gritó algo y Moonglum desenvainó el sable al tiempo que miraba hacia arriba. Elric comenzó a tambalearse; empezaba a perder el sentido y la escena adquirió ante sus ojos una cualidad irreal. Alcanzó a ver que unos sirvientes aferraban a *Zarozinia, pero no logró ver* cómo reaccionaba Moonglum. Sintió náuseas y un terrible mareo que le impedían continuar en pie.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Elric derribó a Hurd de un tremendo puñetazo. Después perdió el conocimiento.

5

Sintió en las muñecas la fría garra de las cadenas; sobre su cara caía una fina llovizna que le provocaba escozor allí donde las uñas de Hurd le habían arañado.

Miró a su alrededor. Se hallaba encadenado entre dos menhires de piedra, en lo alto de un túmulo funerario de gigantescas proporciones. Era de noche, y del cielo colgaba una pálida luna. Miró hacia abajo, en dirección al grupo de hombres. Hurd y Gutheran se encontraban entre ellos. Le sonrieron, burlones, -Adiós, mensajero. ¡Nos resultarás muy útil para aplacar a los Habitantes de la Colina! -le gritó Hurd al tiempo que en compañía de los otros se apresuraba a regresar hacia la ciudadela, que aparecía recortada contra el cielo, a corta distancia de allí.

¿Dónde estaba? ¿Qué habría sido de Zarozinia y de Moonglum? ¿Por qué le habían encadenado de aquel modo en...? De pronto recordó que se encontraba en la Colina.

Se estremeció de impotencia ante las fuertes cadenas que le sujetaban. Empezó a tirar de ellas con desesperación, pero no cedían. Se devanó los sesos en busca de algún plan, pero el tormento y la preocupación por la seguridad de sus amigos le impedían pensar con claridad. De abajo le llegó el sonido de una carrera, y vio una blanca silueta fantasmal escudarse veloz entre las sombras. Volvió a tirar con furia de las cadenas que le sujetaban.

En el Gran Salón de la ciudadela, la ruidosa celebración alcanzaba el grado de una exaltada orgía. Gutheran y Hurd estaban completamente borrachos y reían como posesos por su victoria.

Desde fuera del Salón, Veerkad escuchaba y los odiaba en silencio. Detestaba sobre todo a su hermano, el hombre que le había depuesto y provocado su ceguera, para impedirle que estudiara magia y que la utilizara para resucitar al Rey sepultado debajo de la Colina.

-Por fin ha llegado la hora -susurró para sí y detuvo a un sirviente que pasaba a su lado.

-Dime dónde tienen a la muchacha.

-En los aposentos de Gutheran, amo.

Veerkad soltó al hombre y palpando las paredes comenzó a avanzar por los sombríos pasillos; subió la escalera sinuosa, hasta que llegó al cuarto que buscaba. Cuando se encontró ante la puerta, sacó una llave de las muchas que había hecho sin que Gutheran se enterase, y abrió.

Zarozinia vio entrar al ciego pero nada pudo hacer. La habían amordazado y atado con su propio vestido, y todavía se encontraba aturdida por el golpe que Hurd le había asestado. Ya le habían hablado de la suerte que había corrido Elric, pero Moonglum había logrado escapar, y los guardias lo perseguían por los pasillos malolientes de Org.

-He venido a llevarte con tu compañero, señora -le anunció el ciego Veerkad, y asistido por la fuerza que le daba la locura, la levantó en brazos; luego, tanteando las paredes buscó la puerta. Conocía los pasadizos de Org a la perfección, porque había nacido y se había criado en ellos.

Pero en el pasillo, ante los aposentos de Gutheran, se encontraban dos hombres. Uno de ellos era Hurd, Príncipe de Org. Éste, que quería a la muchacha para sí, estaba muy molesto con su padre por haberla encerrado. Vio a Veerkad llevando a la mujer en brazos y esperó en silencio a que pasara su tío.

El otro hombre era Moonglum, que observaba cuanto ocurría protegido por las sombras donde se había ocultado de los guardias que le perseguían. Cuando Hurd siguió a Veerkad con paso sigiloso, Moonglum fue tras él.

Veerkad abandonó la ciudadela por una pequeña puerta del costado y condujo su carga hacia la Colina Funeraria.

Al pie del monstruoso túmulo se amontonaba una multitud de espectros leprosos que presentían la presencia de Elric, el sacrificio a ellos ofrecido por las gentes de Org.

Fue entonces cuando Elric lo comprendió.

Aquéllas eran las criaturas a las que Org temía más que a los dioses. Aquéllos eran los muertos vivientes, los antepasados de aquellas personas que, en ese momento, celebraban en el Gran Salón. Quizá aquél fuera el Pueblo Condenado. ¿Cuál era su condena? ¿No descansar jamás? ¿No morir jamás? ¿Degenerar hasta transformarse en unos espectros sin inteligencia? Elric se estremeció.

La desesperación le devolvió la memoria. Su voz era un lamento agónico dirigido al cielo encapotado y a la tierra palpitante.

-¡Arioco! Destruye las piedras. ¡Salva a tu siervo! ¡Arioco, mi amo..., ayúdame!

No bastaba. Los espíritus devoradores se reunieron y comenzaron a ascender el túmulo a la carrera, en dirección al sitio donde se encontraba el albino indefenso.

-¡Arioco! ¡Estas cosas abandonarían tu memoria! ¡Ayúdame a destruirlas!

La tierra tembló y el cielo se oscureció más aún, ocultando la luna pero no a los espíritus devoradores de pálidos rostros exangües, que ya se disponían a lanzarse sobre él.

En lo alto se formó entonces una enorme bola de fuego, y hasta el cielo mismo pareció sacudirse y bullir a su alrededor. Con un rugido tremendo, de la bola partieron dos rayos que pulverizaron las piedras dejando en libertad a Elric.

El albino se puso en pie, pues sabía que Arioco exigiría su tributo, cuando los primeros espíritus devoradores se acercaron a él.

No retrocedió, sino que impulsado por la ira y la desesperación saltó en medio de ellos, revoleando con ímpetu las cadenas que colgaban de sus brazos. Los espíritus devoradores cayeron al suelo y huyeron en desbandada; balbuceando asustados y rabiosos, bajaron la colina y entraron en el túmulo.

Elric advirtió entonces que en el túmulo que se hallaba más abajo había una entrada, negra contra la negrura circundante. Respirando pesadamente, descubrió que no le habían quitado el morral que llevaba prendido del cinturón. De él sacó un trozo de delgado alambre de oro con el que intentó abrir los cerrojos de los grilletes.

Veerkad rió entre dientes, y al oírlo, Zarozinia casi enloqueció de terror. El ciego no paraba de repetirle babosamente al oído:

-¿Cuándo se levantará el tercero? Sólo cuando muera el otro. Cuando la sangre de ese otro fluya roja... oiremos las pisadas de los muertos. Tú y yo le ayudaremos a resucitar para que haga caer sobre mi maldito hermano todo el peso de la venganza. Tu sangre, querida mía, será la que le permita salir. -Veerkad notó que los espíritus devoradores se habían marchado y juzgó que ya estarían aplacados-. Tu amado me ha sido útil -le dijo entre carcajadas cuando se

disponía a entrar en el túmulo. El olor a muerte estuvo a punto de hacer desfallecer a la muchacha, cuando el ciego la condujo hacia el corazón de la Colina.

El aire frío le había devuelto a Hurd una cierta sobriedad; el Príncipe se sintió horrorizado cuando vio adonde se dirigía Veerkad. El túmulo, la Colina del Rey, era el sitio más temido de la tierra de Org. Hurd se detuvo ante la negra entrada y se volvió, dispuesto a echar a correr. En ese momento vio la silueta de Elric, que descendía, enorme y ensangrentada, por la pendiente del túmulo, impidiéndole el paso.

Lanzando un grito enloquecido, se precipitó por el pasadizo de la Colina.

Elric no se había percatado aún de la presencia del Príncipe, por lo que el grito lo sorprendió; intentó entonces ver quién lo había proferido pero ya era demasiado tarde. Bajó corriendo la pendiente en dirección a la entrada del túmulo. De la oscuridad salió precipitadamente otra silueta.

-¡Elric! ¡Gracias a las estrellas y a todos los dioses de la Tierra que sigues vivo!

-Agradécele a Arioco, Moonglum. ¿Dónde está Zarozinia?

-Ahí abajo..., ese juglar demente se la ha llevado y Hurd va tras ellos. Estos reyes y príncipes están todos locos, no le encuentro ningún sentido a sus actos.

-Tengo el presentimiento de que el juglar no le hará ningún bien a Zarozinia. Date prisa, debemos ir tras ellos.

-¡Por las estrellas, qué hedor a muerte! Jamás había olido nada semejante..., ni siquiera en la gran batalla del Valle de Eshmir, donde los ejércitos de Elwher se encontraron con los de Kaleg Vogun, príncipe usurpador del Tanghensi, cuando medio millón de cadáveres cubrieron el valle de un confín al otro.

-Si no tienes estómago...

-Ojalá me faltara. De ese modo no me resultaría tan repugnante. Andando...

Se introdujeron en el pasadizo, y fueron guiándose por los sonidos lejanos de la risa enloquecida de Veerkad, y por los movimientos más cercanos del aterrorizado Hurd, que se encontraba atrapado entre dos enemigos y más asustado aún de un tercero. Hurd avanzaba a tumbos en medio de la oscuridad, sollozando de miedo.

En el fosforescente Sepulcro Central, rodeado por los cadáveres momificados de sus antepasados, Veerkad entonó el canto ritual de resurrección ante el gran ataúd del Rey de la Colina, un catafalco gigantesco, la mitad de alto que Veerkad, que ya de por sí era enorme. Impulsado por la sed de vengarse de su hermano Gutheran, Veerkad no reparó en su propia seguridad. Levantó una larga daga sobre Zarozinia, que estaba acurrucada en el suelo, cerca del ataúd.

El derramamiento de la sangre de Zarozinia culminaría con el ritual y después...

Después, se desataría el Infierno. O al menos así lo pensaba Veerkad. Concluyó su canto y levantó la daga justo en el momento en que Hurd entraba en el Sepulcro Central profiriendo un alarido y desenvainando la espada. Veerkad se volvió con el rostro ciego contraído por la ira.

Sin detenerse un solo instante, y con un brutal salvajismo, Hurd enterró la espada en el

cuerpo de Veerkad, y empujó con fuerza para que la hoja se hundiera hasta la empuñadura y la punta apareciera por el otro lado. Pero el ciego, impulsado por los espasmos de la muerte, aferró entre sus manos el cuello del Príncipe, y apretó con fuerza.

De algún modo, los dos hombres conservaron durante unos instantes un hilo de vida, y mientras luchaban, fueron interpretando la macabra danza de la muerte moviéndose por la sala fulgurante. El ataúd del Rey de la Colina comenzó a sacudirse ligeramente, con un movimiento apenas perceptible.

Así fue como Elric y Moonglum hallaron a Veerkad y a Hurd. Al comprobar que ambos estaban al borde de la muerte, Elric. atravesó a la carrera el Sepulcro Central hasta donde yacía Zarozinia, inconsciente, con lo cual se había ahorrado el espanto de aquella macabra escena. Elric la cogió entre sus brazos y se dispuso a regresar.

De reojo, vio que el ataúd se estremecía.

-Date prisa, Moonglum. Ese maldito ciego ha invocado a los muertos. Deprisa, amigo mío, antes de que las huestes del Infierno caigan sobre nosotros.

-¿Adonde vamos ahora, Elric?

-Deberemos arriesgarnos a volver a la ciudadela. Nuestros caballos y nuestros bienes están allí. Necesitamos de nuestras cabalgaduras para poder marcharnos de aquí a toda prisa pues, si mi instinto no me engaña, me temo que pronto se producirá una terrible matanza.

-Dudo que encontremos demasiada resistencia, Elric. Cuando me marché yo estaban todos borrachos. Por eso logré huir de ellos con tanta facilidad. A estas alturas, si continuaron bebiendo como cuando los dejé, no podrán moverse siquiera.

-Entonces démonos prisa.

Dejaron atrás la Colina y echaron a correr en dirección a la ciudadela.

4

Moonglum no se había equivocado. En el Gran Salón los encontraron a todos tumbados, sumidos en un sueño beodo. En las chimeneas abiertas habían encendido el fuego y los leños ardían dibujando unas sombras que se proyectaban, saltarinas, por todo el Salón.

-Moonglum, ve con Zarozinia hasta los establos y prepara nuestros caballos -ordenó Elric en voz baja-. Yo ajustaré cuentas con Gutheran. ¿Ves? Han apilado el botín sobre la mesa, para regodearse en su aparente victoria.

Tormentosa yacía, sobre un montón de sacos rotos y alforjas que contenían el botín robado al tío, a los primos de Zarozinia, a Elric y a Moonglum.

Zarozinia, que ya había vuelto en sí, pero que continuaba aturdida, se fue en compañía de Moonglum a buscar los establos, mientras Elric, sorteando los cuerpos de los hombres de Org, tirados en el suelo y rodeando los fuegos ardientes, se acercó a la mesa y, agradecido, recuperó su espada rúnica.

Saltó entonces sobre la mesa y se disponía a aferrar a Gutheran, que todavía conservaba colgada al cuello la cadena con piedras preciosas, símbolo de su reinado, cuando las enormes puertas del Salón se abrieron de par en par y una *ráfaga* de viento helado hizo *danzar* el fuego de las antorchas. Olvidándose de Gutheran, Elric dio media vuelta con los ojos desmesuradamente abiertos.

Enmarcado en el vano de la puerta se *alzaba* el Rey de Debajo de la Colina.

El monarca que llevaba mucho tiempo muerto había vuelto a la vida gracias a Veerkad, cuya propia sangre había completado la resurrección. Ahí estaba, envuelto en sus vestidos putrefactos, con sus huesos carcomidos cubiertos por restos de piel reseca y cuarteada. El corazón no le latía, porque carecía de corazón; no respiraba, porque sus pulmones habían sido devorados por las criaturas que se deleitaban con tales cosas. Pero, por horrible que pareciera, estaba vivo...

El Rey de la Colina. Había sido el último gran gobernante del Pueblo Condenado que, en su furia, había destruido media Tierra y creado el Bosque de Troos. Tras el Rey muerto se apiñaban las espantosas huestes que habían sido sepultadas a su lado en el pasado legendario.

¡Y comenzó la matanza!

Elric apenas *alcanzaba a* adivinar qué secreta venganza se estaba llevando a cabo, pero fuera cual fuese su motivo, el peligro era muy real.

Elric desenvainó a *Tormentosa* mientras las hordas resucitadas descargaban sus iras sobre los vivos. El Salón se llenó con los gritos horrorizados de los infortunados hombres de Org. Medio paralizado por el horror, Elric permaneció junto al trono. Gutheran despertó en ese momento y vio al Rey de la Colina y a sus huestes. Lanzando un grito casi agradecido, dijo:

-¡Por fin podré descansar!

Y cayó muerto de un ataque, privando a Elric de su venganza.

El eco de la sombría canción de Veerkad se repitió en la memoria de Elric. Los Tres Reyes en la Oscuridad, Gutheran, Veerkad y el Rey de Debajo de la Colina. Sólo continuaba vivo el último..., después de haber estado muerto durante milenios.

Los ojos fríos del Rey recorrieron el Salón y descubrieron a Gutheran despatarrado sobre su trono, con la antigua cadena, símbolo de su reinado, colgada de su cuello. Elric la arrancó del cuerpo y retrocedió mientras el Rey de Debajo de la Colina avanzaba. Chocó contra una columna y se vio rodeado de espíritus devoradores.

El Rey muerto se acercó un poco más, y con un gemido silbante que provenía de las profundidades de su cuerpo putrefacto, se lanzó sobre Elric, que se vio entonces trabado en una lucha desesperada contra el Rey de la Colina, que poseía una fuerza sobrenatural, pero cuya carne no sangraba ni sufría dolor alguno. Ni siquiera la infernal espada rúnica poseía poder alguno contra aquel horror que carecía de alma de la cual apoderarse y de sangre de la cual beber.

Desesperado, Elric hundió su espada en el Rey de la colina, pero unas uñas irregulares se le clavaron en la carne y unos dientes se le prendieron al cuello. Y siempre presente, el hedor impresionante de la muerte manaba de los espíritus devorado-res que atestaban el Gran Salón con sus horrendas formas y se comían a los vivos y a los muertos.

Elric oyó entonces que la voz de Moonglum lo llamaba y lo vio en la galería que rodeaba el Salón. Llevaba un gran cántaro de aceite.

-Condúcelo hasta el fuego central, Elric. Quizá haya un modo de vencerle. ¡Date prisa, o acabará contigo!

Sacando fuerzas de flaqueza, el melnibonés obligó al rey gigante a dirigirse hacia las llamas. Alrededor del fuego, los espíritus devoradores se alimentaban de los restos de sus víctimas, algunas de las cuales todavía estaban vivas, y pedían a gritos que las salvaran, por encima del clamor de la carnicería.

El Rey de la Colina se encontraba ya de espaldas al gran fuego del centro. Continuaba atacando a Elric. Moonglum lanzó el cántaro.

Se estrelló contra las piedras del hogar salpicando al Rey con aceite en llamas. El Rey se tambaleó y Elric le asestó un golpe con todas sus fuerzas; hombre y espada se unieron para empujar al Rey de la Colina hacia el fuego. El Rey cayó sobre las llamas y el fuego comenzó a devorarlo.

Antes de perecer envuelto en llamas, el gigante lanzó un aullido espantoso.

El fuego comenzó a extenderse y el Gran Salón no tardó en convertirse en un Infierno abrasador entre cuyas llamas corrían los espíritus que continuaban devorando a vivos y muertos sin percatarse de su propia destrucción. El camino hacia la puerta se encontraba bloqueado.

Elric miró a su alrededor y vio un único modo de salir de allí.

Envainó a *Tormentosa,* tomó impulso, saltó hacia arriba y alcanzó a aferrarse de la barandilla de la galería justo en el momento en que las llamas engullían el lugar donde había estado.

Mooglum se inclinó hacia abajo y lo ayudó a saltar la barandilla.

-Me has decepcionado, Elric -le dijo con una sonrisa socarrona-, te has olvidado de traer el tesoro.

Elric le enseñó lo que llevaba en la mano izquierda: la cadena incrustada cíe joyas, símbolo del reinado de Org.

-Esta fruslería alcanzará en cierto modo a recompensar nuestros padecimientos -le dijo al tiempo que levantaba en el aire la brillante cadena-. ¡Por Arioco que no he robado nada! ¡En Org ya no quedan reyes que puedan llevarla! Andando, reunámonos con Zarozinia y vayamos en busca de los caballos.

Abandonaron la galería justo en el momento en que las paredes comenzaban a desmoronarse sobre el Gran Salón.

Se alejaron de los salones de Org a todo galope; al mirar atrás, vieron que en los muros aparecían unas enormes fisuras y oyeron el rugido de la destrucción cuando las llamas consumieron lo que había sido Org. Destruyeron la sede de la monarquía, los restos de los Tres Reyes en la Oscuridad, el presente y el pasado. De Org no quedaría más que un túmulo funerario vacío y dos cadáveres, unidos en eterno *abrazo,* en el mismo lugar donde sus antepasados habían yacido durante siglos en el Sepulcro Central. Destruyeron el último eslabón con la era anterior y limpiaron la Tierra de un antiguo mal. Sólo quedaba el Bosque de Troos como señal de la existencia del Pueblo Condenado.

Y el Bosque de Troos era una advertencia.

Fatigados aunque aliviados, los tres vieron los perfiles de Troos en la lejanía, tras la pira funeraria en llamas.

Sin embargo, a pesar de su felicidad, y aunque el peligro había pasado, a Elric se le planteaba un nuevo problema.

-¿Por qué frunces el ceño, amor mío? -le preguntó Zarozinia.

-Porque creo que estabas en lo cierto. ¿Recuerdas que dijiste que confiaba demasiado en mi espada rúnica?

-Sí, y también recuerdo que te dije que no discutiría contigo.

-Así es. Pero tengo la sensación de que sólo tenías razón en parte. Sobre el túmulo funerario y dentro de él no llevaba conmigo a *Tormentosa... y,* sin embargo, luché y vencí porque temía por tu seguridad. -Su voz sonaba tranquila-. Quizá, con el tiempo, logre conservar mi fuerza mediante ciertas hierbas que encontré en Troos; tal vez así, pueda prescindir de la espada para siempre.

Al oír aquellas palabras, Moonglum lanzó una sonora carcajada.

-Elric..,, jamás creí que sería testigo de semejante manifestación. Que tú vas a prescindir de esa maldita espada. No sé si algún día podrás hacerlo, pero me reconforta pensar en ello.

-Y a mí también, amigo mío. - Se inclinó en la silla, aferró a Zarozinia por los hombros y la atrajo hacia sí de una manera peligrosa sin dejar de cabalgar a todo galope. Y mientras continuaban viaje, la besó, sin prestar atención al ritmo que llevaban.

-¡Un nuevo inicio! -gritó por encima del rumor del viento-. ¡Un nuevo inicio, amor mío!

Los tres continuaron viaje hacia Karlaak, situada junto al Erial de los Sollozos, donde se presentarían para enriquecerse y participar en la boda más extraña que jamás se hubiera visto en las Tierras del Norte.

LIBRO TERCERO
Los portadores del fuego

En el que Moonglum regresa a las Tierras Orientales con noticias perturbadoras...

1

Unos halcones con el pico manchado de sangre volaban en el aire gélido. Se elevaron por encima de una horda a caballo que avanzaba inexorable por el Erial de los Sollozos.

La horda había cruzado dos desiertos y tres cadenas montañosas antes de llegar allí, y el hambre la impulsaba a continuar viaje. Aquellos hombres eran azuzados por el recuerdo de las historias que oyeran contar a los viajeros que visitaban su tierra natal de oriente, por el estímulo de su jefe de finos labios, que se contoneaba en su silla de montar al frente del grupo, portando en un brazo la lanza de tres metros, decorada con los sangrientos trofeos obtenidos en los saqueos.

Los cansados jinetes *avanzaban con* dificultad, ignorantes de que se acercaban a su objetivo.

Muy por detrás de la horda, un jinete corpulento partió de Elwher, la alegre y jactanciosa capital del mundo Oriental, y pronto se encontró en un valle.

Los duros esqueletos de los árboles conformaban un panorama agostado, y el caballo pateó la tierra del color *de* las cenizas cuando su jinete lo condujo con mano firme por aquel yermo que en otros tiempos *había* sido la gentil Eshmir, jardín dorado del Este.

Una peste había asolado Eshmir, y las langostas la habían despojado de su belleza. Plaga y langostas respondían a un mismo nombre: Terarn Gashtek, Señor de las Hordas Montadas, el rostro sumido, causante de tanta destrucción; Terarn Gashtek, el demente sanguinario, el vociferante portador del fuego. Y ése era su otro nombre: Portador del Fuego.

El jinete, testigo de los males que Terarn Gashtek había causado a la gentil Eshmir, se llamaba Moonglum. Moonglum cabalgaba entonces hacia Karlaak, situada junto al Erial de los Sollozos, último puesto de avanzada de la civilización Occidental, del cual poco sabían los habitantes de las Tierras Orientales. Moonglum sabía que en Karlaak encontraría a Elric de Melniboné, quien se había establecido en la elegante ciudad de su esposa. A Moonglum le urgía llegar a Karlaak para advertir a Elric y solicitar su ayuda.

Era un hombre pequeño y arrogante, con una boca ancha y una mata de pelo rojizo; pero en aquel momento, su boca no sonreía y su cuerpo se inclinaba sobre el caballo mientras lo obligaba a *avanzar hacia* Karlaak. Eshmir, la gentil Eshmir, había sido la provincia natal de Moonglum, la cual, junto con sus antepasados, había contribuido a hacer de él lo que era.

Blasfemando, pues, cabalgó Moonglum en dirección a Karlaak.

Pero lo mismo hizo Terarn Gashtek. Y el Portador del Fuego ya había alcanzado el Erial de los Sollozos. La horda *avanzaba con* lentitud, porque los hombres que la formaban conducían carros que habían quedado muy atrás, pero que en aquellos momentos eran necesarios pues en ellos transportaban todos los suministros. Además de las provisiones, uno de los carros transportaba a un prisionero maniatado, que iba tirado en la parte trasera, maldiciendo a Terarn Gashtek y a sus guerreros de ojos oblicuos.

Drinij Bara se encontraba atado por algo más que unas tiras de cuero; por eso maldecía, porque él era un mago al que, en circunstancias normales, no se podía sujetar de ese modo. De no haber sucumbido a su debilidad por el vino y las mujeres, momentos antes de que el Portador del Fuego se abatiera sobre la ciudad donde él se encontraba, no le habrían atado de aquel modo, y Terarn Gashtek no habría tenido en su poder el alma de Drinij Bara.

El alma del mago reposaba en el cuerpo de un gatito negro, el gato que Terarn Gashtek había atrapado y llevaba siempre consigo, porque, tal como era costumbre entre los

hechiceros orientales, para proteger su alma, Drinij Bara la había ocultado en el cuerpo de un gato. Por este motivo, se había convertido en esclavo del Señor de las Hordas Montadas, y debía obedecerle por temor a que matase al gato, y su alma acabara pudriéndose en el Infierno.

No era una situación agradable para el orgulloso hechicero, pero no se merecía menos.

En el rostro pálido de Elric de Melniboné se apreciaba el ligero rastro de una angustia anterior, pero su boca sonreía y sus ojos carmesíes aparecían tranquilos mientras miraba a la joven *de* negros cabellos junto a la cual paseaba por los jardines escalonados de Karlaak.

-Elric, ¿has encontrado la felicidad? -le preguntó Zarozinia.

-Creo que sí -repuso él-. *Tormentosa* cuelga en el arsenal de tu padre cubierta de telarañas. Las drogas que descubrí en Troos me mantienen fuerte, con la vista clara, y sólo he de tomarlas de vez en cuando. Ni siquiera he de pensar en viajar o volver a la lucha. Estoy contento de estar aquí, viviendo a tu lado y estudiando los libros de la biblioteca de Karlaak. ¿Qué más podría pedir?

-Mi señor, mucho me halagáis. Me volveré complaciente. Elric se echó a reír y repuso:

-Es preferible eso a que dudes. No temas, Zarozinia, ahora no tengo motivos para seguir viajando. Echo de menos a Mooglum, pero era natural que se cansara de residir en una ciudad y deseara volver a visitar su tierra natal.

-Me alegra que estés en paz, Elric. Al principio, mi padre no veía con buenos ojos que tú vivieras aquí, pues temía los negros males que en otros tiempos te acompañaron; pero estos tres meses han sido suficientes para probarle que los males ya se han ido sin dejar detrás a un loco enardecido.

De pronto les llegó un grito desde la calle; un hombre daba voces y golpeaba las puertas de la casa.

-Dejadme entrar, maldición, he de hablar con vuestro amo. Un sirviente llegó a la carrera y les anunció:

-Señor Elric..., en la puerta hay un hombre que os trae un mensaje. Dice que es amigo vuestro.

-¿Cómo se llama?

-Tiene un nombre extranjero..., dice llamarse Moonglum.

-¡Moonglum! Vaya, su estancia en Elwher ha sido breve. ¡Dejadle pasar!

Por un momento, en los ojos de Zarozinia se reflejó el temor; la muchacha se aferró con fuerza al *brazo* de Elric y le dijo:

-Elric..., mega porque no traiga noticias que te alejen de mí.

-No hay noticias capaces de apartarme de tu lado. No temas, Zarozinia. -Dicho esto, salió apresuradamente del jardín y se dirigió al patio de la casa.

Moonglum traspuso las puertas de entrada al tiempo que desmontaba de su caballo.

-¡Moonglum, amigo mío! ¿A qué viene tanta prisa? Naturalmente, me alegra verte después de tan corta separación, pero veo que has cabalgado a todo galope..., ¿por qué?

El rostro del pequeño Oriental se mostró sombrío debajo de la capa de polvo que lo cubría, además, llevaba la ropa sucia de tanto cabalgar.

-Se acerca del Portador del Fuego y llega auxiliado por la magia -dijo jadeante-. Has de poner sobre aviso a la ciudad entera.

-¿El Portador del Fuego? Ese nombre no me dice nada..., ¿acaso deliras, amigo mío?

-Sí, deliro. Pero de odio. Destruyó mi tierra natal, mató a mi familia y a mis amigos y ahora desea conquistar el Oeste. Hace dos años no era más que un ladrón del desierto, pero comenzó a reunir una gran horda de bárbaros, y ha avanzado por las Tierras Orientales, arrasándolo todo a su paso. Sólo Elwher se ha salvado de sus ataques, porque la ciudad era demasiado grande como para que él la tomara. Pero ha convertido dos mil millas de hermosa campiña en un yermo humeante. ¡Tiene planeado conquistar el mundo, y cabalga hacia occidente con quinientos mil guerreros!

-Has hablado de magia..., ¿qué sabe este bárbaro de un arte tan avanzado?

-Él, muy poco, pero tiene en su poder a uno de nuestros mejores hechiceros: Drinij Bara. Fue capturado en una taberna de Phum, mientras dormía la borrachera junto a dos rameras. Había depositado su alma en el cuerpo de un gato para que ningún hechicero rival se la robara mientras dormía. Pero Terarn Gashteck, el Portador del Fuego, conocía este truco; se apoderó del gato y le ató las patas, cubriéndole los ojos y la boca, aprisionando así el alma malvada de Drinij Bara. Ahora el hechicero es su esclavo, y si no obedece al bárbaro, el gato será sacrificado con una espada de acero, y el alma de Drinij Bara irá al Infierno.

-Se trata de hechizos que desconozco -<lijo Elric-. A mi juicio no son más que supersticiones.

-Cualquiera sabe lo que son. Pero mientras Drinij Bara crea en lo que cree, hará cuanto Terarn Gashtek le ordene. Con la ayuda de su magia ya han destruido varías ciudades orgullosas.

-¿A qué distancia de aquí se encuentra el tal Portador del Fuego?

-Como mucho a tres días a caballo. Me vi obligado a venir hasta aquí por un camino más largo para no toparme con sus batidores.

-Entonces hemos de prepararnos para el sitio.

-No, Elric..., ¡debéis disponeros a huir!

-Huir..., ¿quieres que le pida a los ciudadanos de Karlaak que abandonen su hermosa ciudad y la dejen sin protección, que se marchen de sus casas?

-Si ellos no lo hacen... hazlo tú, y llévate a tu esposa. Nadie puede resistir a semejante enemigo.

-Mi propia magia no es nada despreciable.

-Pero la magia de un solo hombre no basta para contener a medio millón de hombres auxiliados también por la magia.

-Y Karlaak es una ciudad de mercaderes, no es una fortaleza guerrera. Está bien, hablaré con el Consejo de Ancianos e intentaré convencerles.

-Pues hazlo pronto, Elric, porque si no lo logras, Karlaak no soportará ni medio día ante los sanguinarios hombres de Terarn Gashtek.

-Son tozudos -dijo Elric mientras los dos estaban sentados en su estudio privado esa misma noche-. Se niegan a reconocer la magnitud del desastre. Se niegan a marcharse y yo no puedo abandonarlos porque me han recibido con los brazos abiertos y me han aceptado como ciudadano de Karlaak.

-Entonces, ¿debemos quedarnos aquí y morir?

-Tal vez. Al parecer no tenemos otra salida. Pero tengo un plan. Dices que Teram Gashtek tiene prisionero a ese mago. ¿Qué haría si recuperara su alma?

-Pues vengarse de su captor. Pero Terarn Gashtek no cometería el error de dejarlo escapar. Por ese lado no podremos sacar nada.

-¿Y si lográsemos ayudar a Drinij Bara?

-¿Cómo? Sería imposible.

-Según parece es la única solución. ¿Sabe ese bárbaro que yo existo, conoce mi historia?

-Que yo sepa, no.

-¿Te reconocería?

-¿Por qué habría de hacerlo?

-Pues entonces sugiero que nos unamos a él.

-Unirnos a él... ¡Elric, sigues estando tan loco como cuando cabalgábamos como viajeros errantes!

-Sé lo que me hago. Sería el único modo de acercarnos a él y descubrir una forma sutil de derrotarle. Partiremos al amanecer, no hay tiempo que perder.

-Muy bien. Esperemos que tu suerte siga siendo buena, aunque lo dudo, pues has abandonado tus viejas costumbres y la suerte corría pareja con ellas.

-Pronto lo sabremos.

-¿Llevarás a *Tormentosa?*

-*Había* abrigado la esperanza de no tener que volver a usar a ese engendro de los infiernos. Es una espada traicionera.

-Es verdad..., pero creo que en este caso te hará falta.

-Tienes razón. La llevaré conmigo. -Elric frunció el ceño y cerró los puños con fuerza-. Pero ello significará que faltaré a la promesa que le hice a Zarozinia.

-Es preferible que faltes a esa promesa a que las Hordas Montadas te roben a tu esposa.

Elric abrió la puerta del arsenal; en una mano llevaba una antorcha brillante. Sintió náuseas al recorrer el estrecho pasadizo donde se alineaban las armas deslustradas, que llevaban un siglo sin ser utilizadas.

El corazón le latió con fuerza cuando se acercó a otra puerta y quitó la barra para acceder a una pequeña sala en la que guardaban a *Tormentosa,* junto a las insignias reales de los Jefes Guerreros de Karlaak, desaparecidos hacía mucho tiempo. La negra espada comenzó a gemir, como queriendo darle la bienvenida a su amo, cuando éste inspiró una bocanada de aire húmedo y tendió la mano para cogerla. Al aferrar la empuñadura, una impía sensación de éxtasis le recorrió todo el cuerpo. El rostro se le crispó al envainar la espada, y tuvo que salir corriendo del arsenal, en busca de aires más puros.

Elric y Moonglum, ataviados como simples mercenarios, montaron en sus caballos equipados con sencillez y se despidieron de los Consejeros de Karlaak.

Zarozinia besó la pálida mano de Elric.

-Comprendo que esto es necesario -le dijo, con los ojos anegados por las lágrimas-, pero cuídate, amor mío.

-Lo haré. Y ruega porque tengamos éxito en cuanto decidamos hacer.

-Que los Dioses Blancos sean contigo.

-No..., Rezak-; los Señores de las Oscuridades, porque para la tarea que vamos a emprender, he de recurrir a sus malvado auxilio. Y no olvides las palabras que te he dejado para el mensajero que ha de partir hacia el suroeste en busca de Dyvim Slorm.

-No las olvidaré -repuso la muchacha-, pero me preocupa que vuelvas a sucumbir a tus antiguas y negras costumbres.

-Preocúpate, si quieres..., que yo me preocuparé por mi destino más adelante.

-Adiós, mi señor, y que te acompañe la suerte.

-Adiós, Zarozinia. Mi amor por ti me dará más poder que el que pueda otorgarme esta maldita espada. -Espoleó a su caballo, traspuso las puertas, y emprendieron el galope en dirección al Erial de los Sollozos y un futuro plagado de problemas.

2

Empequeñecidos por la vastedad del llano cubierto por una capa de hierba que constituía el Erial de los Sollozos, lugar de lluvias eternas, los dos jinetes cabalgaban en sus corceles bajo la llovizna.

Un tembloroso guerrero del desierto, acurrucado para protegerse del mal tiempo, los vio llegar. Se los quedó mirando fijamente a través de la lluvia, intentando distinguir detalles de los jinetes. Volvió grupas en su robusto pony y se dirigió veloz en la dirección en que había venido. Al cabo de unos minutos, se reunió con un grupo más nutrido de guerreros, vestidos como él, con pieles y yelmos de hierro adornados con borlas. Llevaban unos arcos cortos de hueso y unos carcajs con largas flechas provistas de plumas de halcón. De sus costados pendían unas cimitarras curvadas.

Después de hablar unas cuantas palabras con sus compañeros, todos partieron al galope hacia el lugar donde estaban los dos jinetes.

-¿A qué distancia de aquí se encuentra el campamento de Terarn Gashtek, Moonglum? -inquirió Elric casi sin aliento, porque ambos hombres habían cabalgado durante una jornada entera sin parar.

-No muy lejos, Elric. Deberíamos..., ¡mira! Moonglum señaló hacia adelante. Unos diez jinetes se dirigían velozmente hacia ellos.

-Bárbaros del desierto..., los hombres del Portador del Fuego. Prepárate a luchar..., no perderán el tiempo parlamentando.

Tormentosa tozó la vaina cuando su amo la empuñó, y era como si el acero ayudara a Elric a elevarlo en el aire, para que pareciese casi ingrávido.

Moonglum desenvainó sus dos espadas; sujetó la corta en la misma mano en la que llevaba las riendas del caballo.

Los guerreros orientales se desplegaron en semicírculo y se abalanzaron sobre los dos amigos, al tiempo que lanzaban salvajes gritos de guerra.

Elric hizo parar en seco a su cabalgadura y recibió al primer jinete clavándole la punta de *Tormentosa* en la garganta. Se percibió un hedor a azufre cuando el acero se hundió en la carne, el guerrero lanzó un estertor espantoso y cayó muerto; sus ojos aterrados reflejaban que era plenamente consciente de su terrible destino, pues *Tormentosa* se bebía las almas, además de la sangre de sus víctimas.

Elric eliminó a otro hombre del desierto cortándole el *brazo* con el cual empuñaba la espada y partiéndole el yelmo crestado y el cráneo que había debajo. La lluvia y el sudor resbalaban por su rostro pálido y crispado y le nublaban los brillantes ojos carmesíes, pero parpadeó para eliminarlos y a punto estuvo de caer de la silla cuando se volvió para defenderse de otra cimitarra aullante; paró el golpe, e hizo correr su espada rúnica a lo largo del arma enemiga; con un simple movimiento de muñeca hizo girar su acero y desarmó al guerrero. Luego hundió su espada en el corazón del hombre, y el guerrero del desierto, cual lobo que aúlla a la luna, lanzó un prolongado grito antes de que *Tormentosa* se apoderase de su alma.

El rostro de Elric se crispó de odio contra sí mismo, pero no dejó de luchar con fuerza sobrehumana. Moonglum se mantuvo alejado de la espada del albino, pues conocía su gusto por las vidas de los amigos de Elric.

No tardó en quedar un solo contrincante. Elric lo desarmó y tuvo que hacer un esfuerzo para que su voraz espada no se clavara en la garganta del hombre.

Resignado al horror de su muerte, el hombre dijo algo en una lengua gutural que Elric reconoció en parte. Buceó en su memoria y descubrió que se trataba de un idioma emparentado con una de las muchas lenguas antiguas que, como hechicero, había tenido que aprender hacía años.

En ese mismo idioma dijo:

-Eres uno de los guerreros de Terarn Gashtek, el Portador del Fuego.

-Así es. Y tú has de ser el Malvado del Rostro Blanco del que hablan las leyendas. Te ruego que me mates con un arma más limpia que esa que empuñas.

-No deseo matarte. Hemos venido hasta aquí para unirnos a Terarn Gashtek. Llévanos con él.

El hombre asintió brevemente y volvió a montar.

-¿Quién eres y cómo es que hablas la Lengua Alta de nuestro pueblo?

-Me llamo Elric de Melniboné... ¿acaso no conoces ese nombre?

-No -repuso el guerrero' meneando la cabeza-, aunque la Lengua Alta no ha sido hablada durante generaciones, salvo por los shamanes..., pero tú no eres shamán, y por tu vestimenta, pareces guerrero.

-Somos mercenarios. Y no hables más. Le explicaré el resto a tu jefe.

Atrás dejaron un festín para chacales y siguieron al oriental conversador hacia donde él los guiaba.

No tardaron en divisar el humo de las fogatas, y al cabo de un trecho vieron el amplio campamento del poderoso ejército bárbaro del Señor Guerrero.

El campamento abarcaba más de una milla de la gran planicie. Los bárbaros habían levantado tiendas de piel sobre armazones redondas, y el campamento parecía un pueblo primitivo. Más o menos en el centro se alzaba una construcción mucho más amplia, decorada con una abigarrada variedad de vistosas sedas y brocados.

-Ésa debe de ser la morada de Terarn Gashtek -dijo Moonglum en lengua occidental-. Ha cubierto los cueros a medio curtir con infinidad de banderas de batalla orientales. -Su rostro se volvió más sombrío cuando divisó el roto estandarte de Eshmir, la bandera con el león de Okara y las insignias empapadas en sangre de la afligida Changshai.

El guerrero capturado los condujo a través de las filas de bárbaros dispuestos en cuclillas que los miraban impávidos y cuchicheaban entre sí. Delante de la vulgar morada de Terarn Gashtek se encontraba su gran lanza de guerra, decorada con más trofeos de sus conquistas: los cráneos y los huesos de príncipes y reyes orientales.

-A alguien así no se le puede permitir que destruya la renacida civilización de los Reinos Jóvenes.

-Los Reinos Jóvenes se adaptan -comentó Moonglum-, pero es al envejecer cuando caen, y con frecuencia, son hombres de la calaña de Terarn Gashtek quienes los destrozan.

-No destruirá Karlaak mientras yo viva... y tampoco llegará hasta Bakshaan.

-En mi opinión -dijo Moonglum-, en Nadsokor le recibirían con los brazos abiertos. La Ciudad de los Pordioseros se merece visitantes como el Portador del Fuego. Si llegamos a fallar, Elric, sólo el mar le detendrá..., y es posible que ni siquiera eso.

-Con la ayuda de Dyvim Slorm le detendremos. Esperemos que el mensaje de Karlaak llegue pronto a mi pariente.

-Si no llegara, amigo mío, nos resultará muy difícil luchar contra medio millón de guerreros.

-Oh, Conquistador -gritó el bárbaro-, poderoso Portador del Fuego... hay aquí unos hombres que desean hablarte.

-Hazlos pasar -farfulló una voz gruñona.

Entraron en la tienda maloliente, iluminada por una fogata temblorosa, rodeada de un círculo de piedras. Un hombre enjuto, vestido descuidadamente con unos ropajes brillantes robados al enemigo, estaba despatarrado en un banco de madera. En la tienda había varias mujeres; una de ellas se encargaba de escanciar vino en una copa de oro macizo que él le tendía.

Terarn Gashket apartó a la mujer de un empellón que la dejó tendida en el suelo, y observó a los recién llegados. Su rostro aparecía casi tan descarnado como los cráneos que colgaban ante su tienda. Tenía las mejillas hundidas y los ojos rasgados entrecerrados bajo unas cejas pobladas.

-¿Quiénes son?

-No lo sé, mi señor..., pero ellos dos solos han matado a diez de los nuestros y me habrían matado a mí también.

-No merecías otra cosa que la muerte si has permitido que te desarmaran. Fuera de aquí..., y búscate otra espada inmediatamente, o dejaré que los shamanes te arranquen las entrañas para que las utilicen en sus vaticinios.

El hombre se marchó a toda prisa.

Teram Gashtek volvió a sentarse en el banco.

-¿De modo que habéis matado a diez de mis valientes, y habéis venido aquí a jactaros de ello? ¿Qué explicación vais a ofrecerme?

-No hicimos más que defendernos de tus guerreros..., no queríamos pelear con ellos. -Elric habló lo mejor que pudo en la tosca Lengua Alta.

-He de reconocer que os defendéis bastante bien. Calculamos siempre tres habitantes por cada uno de nosotros. Se nota que eres occidental, aunque tu callado amigo tiene los rasgos propios de Elwher. ¿Venís del Este o del Oeste?

-Del Oeste -repuso Elric-, somos guerreros que viajamos libremente y vendemos nuestras espadas a quienes nos paguen o nos prometan un buen botín.

-¿Son todos los guerreros occidentales tan hábiles como vosotros? -Terarn Gashtek no logró ocultar que acababa de darse cuenta de que podría haber subestimado a los hombres que esperaba conquistar.

-Somos algo mejores que la mayoría -mintió Moonglum-, aunque no demasiado.

-¿Qué me decís de la brujería..., hay por estas tierras una magia muy potente?

-No -contestó Elric-, se trata de un arte perdido para la mayoría.

La fina boca del bárbaro se torció en una sonrisa, mitad de alivio, mitad de triunfo. Meneó la cabeza, metió la mano entre los pliegues vistosos de su túnica de seda y sacó un gato blanco y negro atado. Se puso a acariciarle el lomo. El animal se retorció, pero sólo pudo sisear a su captor.

-Entonces -dijo Terarn Gashtek-, no hay por qué preocuparse. Y ahora decidme por qué habéis venido. Podría torturaros durante días por haber matado a diez de mis mejores batidores.

-Reconocimos la oportunidad de enriquecernos si os prestábamos ayuda, Señor Portador del Fuego -repuso Elric-. Podríamos mostrarte las ciudades más ricas, conducirte hasta poblados mal defendidos que no tardarían nada en caer. ¿Nos aceptas en tus filas?

-Necesito hombres como vosotros. Os aceptaré a partir de este mismo instante, pero os advierto una cosa, no me fiaré de vosotros hasta que no hayáis probado que me sois leales. Buscaros un alojamiento, y esta noche, os espero para el festín. Os demostraré parte del poder que poseo..., el poder que aplastará la fuerza de Occidente y que arrasará sus tierras en diez mil millas a la redonda.

-Gracias -dijo Elric-. Esperaré ansioso a que llegue esta noche.

Abandonaron la tienda y vagaron por la abigarrada colección de tiendas y fogatas, carros y animales. La comida parecía escasear, pero el vino abundaba, y ayudaba a aplacar el hambre de los famélicos bárbaros.

Detuvieron a un guerrero y le transmitieron las órdenes que Teram Gashtek les había dado. El guerrero los condujo de mala gana hasta una tienda.

-Quedaos aquí..., era la que compartían tres de los hombres que habéis matado. Os pertenece por haberla ganado en batalla, al igual que las armas y el botín que hay dentro.

-Ya nos hemos enriquecido -dijo Elric con fingido deleite. Una vez en la tienda, que estaba más sucia que la de Terarn Gashtek, comenzaron a hablar.

-Me siento extrañamente incómodo -dijo Moonglum-, rodeado por esta horda traicionera. Y cada vez que pienso en lo que le hicieron a Eshmir, apenas logro disimular las ganas que tengo de acabar con ellos. ¿Qué hacemos ahora?

-Por el momento, nada. Esperemos hasta esta noche y veamos qué ocurre. -Elric suspiró-. Nuestra tarea parece imposible. Jamás había visto una horda tan numerosa como ésta.

-Por sí solos ya son invencibles -dijo Moonglum-. Incluso sin la magia de Drinij Bara que les ayuda a derrumbar las murallas de las ciudades, no existe un solo país que pueda hacerles frente, y ahora que las Naciones Occidentales disputan entre ellas, jamás podrán unirse a tiempo. La civilización misma corre peligro. Roguemos porque nos venga la inspiración..., al menos tus oscuros dioses son sofisticados, Elric; esperemos que la intromisión de los bárbaros les disguste tanto como a nosotros.

-Juegan extraños juegos con sus peones humanos -repuso Elric-, ¿quién sabe lo que planean?

En la tienda de Terarn Gashtek, donde el humo subía en espirales, habían colocado más antorchas cuando Elric y Moonglum entraron a grandes zancadas, y el festín, regado sobre todo con vino, ya había comenzado.

-Bienvenidos, amigos míos -gritó el Portador del Fuego enarbolando la copa-. Éstos son mis capitanes..., ¡unios a ellos!

Elric nunca había visto un grupo de bárbaros de tan fiero aspecto. Estaban todos medio borrachos, y al igual que su jefe, se habían envuelto con una variedad de prendas del botín. Pero las espadas que llevaban eran suyas.

Hicieron sitio en uno de los bancos y aceptaron el vino que bebieron con moderación.

-¡Traed a nuestro esclavo! -aulló Terarn Gashtek-. Traed a Drinij Bara, nuestro hechicero mascota.

Ante él, sobre la mesa, estaba el gato que no dejaba de luchar para quitarse las ataduras; junto a él, reposaba una espada de hierro.

Unos guerreros sonrientes entraron a rastras a un hombre de rostro adusto, lo dejaron junto al fuego y lo obligaron a arrodillarse ante el jefe bárbaro. Era un hombre delgado, y miraba con *fiereza* a Terarn Gashtek y al gato. Cuando sus ojos se toparon con la espada de hierro, apartó la vista.

-¿Qué quieres de mí ahora? -inquirió, malhumorado.

-¿Es ése el modo de dirigirte a tu amo, hechicero? No importa. Tenemos aquí unos huéspedes a los que hay que divertir... hombres que han prometido conducirnos a las ricas ciudades de los mercaderes. Queremos que hagas unos cuantos trucos para que ellos los vean.

-No soy un nigromante de feria. ¡No puedes pedirle algo así a uno de los más grandes hechiceros del mundo!

-Nosotros no pedimos..., ordenamos. Vamos, alégranos la velada. ¿Qué te hace falta para tu magia? ¿Unos cuantos esclavos..., la sangre de unas vírgenes? Pide y te será concedido.

-No soy un shamán que masculla conjuros..., no me hacen falta esos atavíos.

De pronto, el hechicero vio a Elric. El albino notó que la potente mente del hombre trataba de sondear la suya. Había sido reconocido por su compañero de oficio. ¿Le traicionaría Drinij Bara?

Elric se puso tenso, dispuesto ya a que lo denunciaran. Se reclinó en su asiento y, al hacerlo, hizo una señal con la mano que los hechiceros occidentales reconocerían... ¿sabría su significado el oriental?

Lo sabía. Por un momento, el oriental tartamudeó sin dejar de mirar al jefe bárbaro. Después se volvió y comenzó a hacer nuevos pases en el aire, sin dejar de mascullar para sí.

Los espectadores se quedaron boquiabiertos al ver que cerca del techo se formaba una nube de humo dorado que comenzó a transformarse en un enorme caballo, en el que iba montado un jinete en el que todos reconocieron a Terarn Gashtek. El jefe bárbaro se inclinó hacia adelante y miró ceñudo la imagen.

-¿Qué es esto?

Bajo los cascos del caballo, se desenrolló un mapa que representaba vastas zonas de tierra y mar.

-Son las tierras occidentales -gritó Drinij Bara-. Y haré una profecía.

-¿Cuál?

El caballo fantasmal comenzó a pisotear el mapa. Éste se partió y se deshizo en mil trozos humeantes. La imagen del jinete se esfumó también, en fragmentos.

-Esto es lo que el poderoso Portador del Fuego hará con las prósperas naciones del Oeste -gritó Drinij Bara.

Los bárbaros vitorearon exultantes, pero Elric apenas esbozó una sonrisa. El mago oriental se burlaba de Terarn Gashtek y de sus hombres.

El humo formó entonces un globo dorado que quedó envuelto en llamas para desaparecer después.

-Ha sido un buen truco, mago -dijo Terarn Gashtek riéndose a carcajadas-, y una verdadera profecía. Has cumplido bien con tu tarea. ¡Lleváoslo de vuelta a su perrera!

Mientras se llevaban a rastras a Drinij Bara, el hechicero echó una mirada inquisitiva a Elric, pero no dijo palabra.

Más tarde, esa misma noche, mientras los bárbaros continuaban bebiendo hasta quedar sumidos en el letargo, Elric y Moonglum se dirigieron al lugar donde mantenían encerrado a Drinij Bara.

Llegaron a la pequeña choza y vieron que un guerrero montaba guardia en la entrada. Moonglum sacó un odre de vino y fingiéndose borracho, avanzó tambaleante hacia el hombre. Elric *se* quedó donde estaba.

-¿Qué quieres, forastero? -gruñó el guardia.

-Nada, amigo mío, sólo queremos volver a nuestra tienda, es todo. ¿Sabes dónde está?

-¿Cómo iba a saberlo?

-Es cierto..., ¿cómo ibas a saberlo? Toma un poco de vino..., es bueno..., del suministro del mismo Terarn Gashtek.

-Probémoslo -dijo el hombre tendiendo la mano. Moonglum tomó un sorbo y luego le dijo:

-No, he cambiado de parecer. Es demasiado bueno para malgastarlo en un guerrero corriente.

-¿Ah, sí? -El guerrero avanzó unos cuantos pasos hacia Moonglum-. Vamos a averiguarlo. Quizá lo mezclemos con tu sangre para darle más sabor, amigo mío.

Moonglum retrocedió. El guerrero fue tras él.

Elric corrió sigilosamente en dirección a la tienda, se metió dentro y encontró a Drinij Bara, atado por las muñecas y tirado sobre una pila de cueros sin curtir. El mago miró hacia arriba.

-Tú..., ¿qué quieres?

-Hemos venido a ayudarte, Drinij Bara.

-¿A ayudarme a mí? ¿Por qué? No eres mi amigo. ¿Qué ganarías con ello? Arriesgas demasiado.

-Se me ocurrió ayudarte porque compartimos el mismo oficio -dijo Elric.

-Me lo imaginaba. Pero en mi tierra, los hechiceros no son tan amistosos... sino todo lo contrario.

-Te diré la verdad..., necesitamos tu ayuda para detener el sangriento avance del bárbaro. Tenemos un enemigo común. ¿Nos ayudarás si te ayudamos a recuperar tu alma?

-Te ayudaré. No hago más que pensar en la forma en que voy a vengarme. Pero por mi bien te pido que tengas cuidado... Si llegara a sospechar que has venido para auxiliarme, matará al gato y nos matará a nosotros.

-Intentaremos traerte a ese gato. ¿Es eso lo que te hace falta?

-Sí. El gato y yo hemos de intercambiar nuestra sangre, y entonces mi cuerpo recuperará el alma.

-Está bien, lo intentaré... -Elric se volvió al oír voces fuera-, ¿Qué es eso?

-Debe de ser Terarn Gashtek -repuso el hechicero, aterrado-. Todas las noches viene a burlarse de mí.

-¿Dónde está el guardia? -La voz ronca del bárbaro sonó clara cuando se acercó y entró en la tienda-. ¿Qué es esto...? -inquirió al ver a Elric, de pie junto al hechicero. Sus ojos se mostraron sorprendidos y cautelosos-. ¿Qué haces aquí, occidental..., y qué has hecho con el guardia?

-¿El guardia? -preguntó Elric, a su vez-. Yo no he visto ningún guardia. Buscaba mi tienda cuando oí gritar a este perro bastardo, y entré. Sentí curiosidad por ver a un mago tan poderoso vestido con sucios harapos y atado de este modo.

-Como vuelvas a sentir una curiosidad tan malsana, amigo mío -le dijo Terarn Gashtek, ceñudo-, descubrirás qué aspecto tiene tu propio corazón. Y ahora vete a dormir, que mañana partimos temprano.

Elric se fingió atemorizado y salió de la tienda dando tumbos.

Un hombre solitario, con el uniforme de Mensajero Oficial de Karlaak, espoleó su caballo en dirección al sur. El corcel galopaba por la ladera de una colina y el mensajero vio la aldea que se alzaba a lo lejos. Hacia ella se dirigió raudamente, y le gritó al primer hombre que vio:

-Deprisa, dime si conoces a Dyvim Slorm y a sus mercenarios imnyrianos y si han pasado por aquí.

-Sí..., hace una semana. Iban hacia Rignariom, junto a la frontera de Jadmar, para ofrecer sus servicios al Pretendiente al Trono Vilmiriano.

-¿Iban a caballo o a pie?

-De las dos maneras.

-Gracias, amigo mío -gritó el mensajero por encima del hombro, y salió al galope de la aldea, en dirección a Rignariom.

El mensajero de Karlaak cabalgó toda la noche sobre huellas frescas. Una fuerza numerosa había pasado por allí. Rogó porque se tratara de Dyvim Slorm y sus guerreros imnyrianos.

En Karlaak, ciudad de perfumados jardines, sumidos en una tensa atmósfera, sus ciudadanos esperaban noticias que sabían que tardarían en llegarles. Confiaban en el mensajero y en Elric. Si sólo uno de los dos lograba su cometido, no habría esperanza para ellos. Era preciso que ambos culminaran su tarea con éxito. Ambos.

3

El sonido machacón de las tropas en movimiento retumbó en la mañana lluviosa y la voz hambrienta de Terarn Gashtek los conminó con furia a que se dieran prisa.

Unos esclavos recogieron su tienda y la metieron en un carro. El Portador del Fuego espoleó a su caballo y arrancó su larga lanza de guerra de la tierra blanca, volvió grupas y salió *rumbo* al oeste, seguido de sus capitanes, entre los cuales se encontraban Elric y Moonglum.

Los dos amigos discutían el problema que se les presentaba en lengua occidental. El bárbaro esperaba que le condujeran hacia su presa, y como sus batidores cubrían amplias distancias, les resultaría imposible desviarlo de los poblados. Estaban ante un dilema porque sería una desgracia sacrificar otro pueblo para concederle a Karlaak unos cuantos días de gracia, sin embargo...

Poco después, dos batidores jadeantes se acercaron a Terarn Gashtek a todo galope.

-¡Un poblado, mi señor! ¡Es pequeño y fácil de tomar!

-Por fin... esto nos permitirá poner a prueba nuestras espadas y comprobar lo fácil que es atravesar la carne occidental. Después apuntaremos a un blanco mayor. -Volviéndose a Elric, le preguntó-: ¿Conoces este poblado?

-¿Dónde se encuentra? -inquirió Elric, con voz *apagada.*

-A una decena de millas hacia el suroeste -repuso el batidor.

A pesar de que aquel poblado estaba condenado a muerte, Elric se sintió casi aliviado. Se referían al pueblo de Gorjhan. -Lo conozco -dijo.

Cavim, el talabartero, iba a entregar un juego de sillas de montar a una granja de las afueras del poblado cuando a lo lejos vio a los jinetes, en un momento en que los rayos del sol se reflejaron en sus brillantes yelmos. No cabía duda de que los jinetes venían desde el Erial de los Sollozos, y en su avance en formación, reconoció de inmediato la amenaza.

Volvió grupas y con la velocidad del miedo cabalgó de regreso al pueblo de Gorjhan.

El barro seco de la calle tembló bajo los cascos del caballo de Cavim y su grito agudo, exaltado, acuchilló los postigos de las ventanas.

-¡Saqueadores! ¡Saqueadores! ¡Vienen hacia aquí!

Al cabo de un cuarto de hora, los jefes del pueblo habían convocado una conferencia para debatir si huían o se quedaban a luchar. Los ancianos aconsejaron a sus vecinos que huyesen de los saqueadores; los jóvenes preferían quedarse, armarse y presentar batalla. Otros adujeron que el pueblo era demasiado pobre como para ser atacado por saqueador alguno.

Los habitantes de Gorjhan continuaban con el acalorado debate cuando la primera oleada de saqueadores se acercó vociferante a las murallas del pueblo.

Cuando se dieron cuenta de que no les quedaba más tiempo para discutir, advirtieron también cuál sería su fin, y corrieron a los baluartes empuñando sus patéticas armas.

Terarn Gashtek avanzó vociferante entre los bárbaros que pisoteaban el barro que rodeaba Gorjhan y les ordenó:

-¡No perdamos tiempo en sitiarlos! ¡Traedme al hechicero!

Condujeron ante él a Drinij Bara. De entre los pliegues de sus ropas, Terarn Gashtek sacó al gato negro y le acercó una espada de hierro al cogote.

-Utiliza tu hechizo, mago, y derriba las murallas, El hechicero frunció el ceño y sus ojos buscaron a Elric, pero el albino apartó la mirada y volvió grupas.

El hechicero sacó un puñado de polvo del morral que llevaba colgado del cinto y lo lanzó en el aire, donde se convirtió primero en un gas, luego en una bola de fuego, y finalmente entre las llamas se formó una cara, una espantosa cara inhumana.

-Dag–Gadden, el Destructor -canturreó Drinij Bara-, nuestro antiguo pacto te obliga... ¿vas a obedecerme?

-Es mi deber, por lo tanto lo haré. ¿Qué deseas?

-Que destruyas las murallas de este poblado y que dejes a los hombres que hay tras ellas, desnudos como cangrejos sin sus caparazones.

-Para mí la destrucción es un placer, y a destruir voy cuanto me has ordenado.

El rostro llameante se esfumó para elevarse dejando un rastro de fuego y convertirse en una bóveda escarlata que ocultó el cielo.

Luego cayó sobre el poblado y a su paso, las murallas de Gorjhan crujieron, se desmoronaron y desaparecieron.

Elric se estremeció. Si Dag–Gadden llegaba hasta Karlaak, su ciudad acabaría de igual modo.

Triunfantes, las tropas bárbaras arrasaron el poblado indefenso.

Cuidándose de no tomar parte en la matanza, Elric y Moonglum nada pudieron hacer para ayudar a las víctimas. La vista de aquel derramamiento de sangre sin sentido los enfureció. Se ocultaron en una casa que, hasta aquel momento, parecía no haber sido alcanzada por el pillaje de los bárbaros. En su interior hallaron a tres niños acurrucados alrededor de una niña mayor, que aferraba entre sus manitas una vieja guadaña. Temblando de miedo, se dispuso a hacerles frente.

-No nos hagas perder el tiempo, niña -le dijo Elric-, o perderéis vuestras vidas. ¿Hay un desván en esta casa? La niña asintió.

-Entonces subid, deprisa. Nos ocuparemos de que no os hagan daño.

Y allí se quedaron los dos amigos; detestaban presenciar la locura asesina que había hecho presa de los bárbaros. Oyeron los terribles sonidos de la matanza y olieron el hedor de la carne muerta y la sangre derramada.

Un bárbaro, cubierto de sangre ajena, arrastró por los cabellos a una mujer hasta llegar a la casa. La mujer no intentó resistirse; en su rostro se reflejaba el horror que le produjo cuanto había presenciado.

-Búscate otro nido, halcón -gruñó Elric-. Éste es para nosotros.

-Aquí hay sitio suficiente para lo que quiero -respondió el hombre.

Los músculos tensos de Elric reaccionaron en contra de su voluntad. Su diestra se dirigió veloz hacia su cadera izquierda; los largos dedos se cerraron alrededor de la empuñadura negra de *Tormentosa. El* acero saltó de la vaina cuando Elric avanzó; con los ojos carmesíes echando chispas de odio, enterró la espada en el cuerpo del hombre. Volvió a hundir en él la espada, y sin ninguna necesidad, partió en dos al bárbaro. La mujer se quedó donde estaba, consciente pero inmóvil.

Elric levantó su cuerpo inerte, se lo entregó con suavidad a Moonglum y le ordenó bruscamente:

-Llévala junto a los otros.

Una vez acabada la matanza, los bárbaros comenzaron a incendiar parte del poblado y luego se dedicaron al pillaje. Elric se asomó a la puerta.

Poco había que saquear, pero como aún estaban sedientos de violencia, emplearon sus energías en destrozar objetos inanimados y en incendiar las moradas en ruinas.

Tormentosa colgaba de la mano de Elric mientras el albino observaba el poblado en llamas. Su rostro se convirtió en una máscara de sombras y luces saltarinas a medida que el fuego lanzaba hacia el cielo neblinoso llamas cada vez más altas.

A su alrededor, los bárbaros hablaban del patético botín; de vez en cuando, el grito de una mujer se imponía a los demás sonidos, entremezclado con gritos rudos y el fragor del metal.

Oyó después unas voces cuyo tono se diferenciaba del de las más cercanas. Los acentos de los saqueadores se entremezclaron con uno nuevo: un tono suplicante y lastimero. Entre el humo apareció un grupo capitaneado por Terarn Gashtek.

Terarn Gashtek llevaba una cosa ensangrentada en la mano; era una mano humana cortada a la altura de la muñeca; contoneándose tras él avanzaron varios de sus capitanes, entre los cuales iba sujeto un anciano desnudo. La sangre le manaba a borbotones del brazo destrozado y le bañaba el cuerpo.

Terarn Gashtek frunció el entrecejo al ver a Elric y le gritó:

-Y ahora, occidental, verás cómo aplacamos nosotros a los Dioses, con unas ofrendas mejores que la harina y la leche agria que solían ofrecerles los puercos como éste. No tardará en danzar a mi antojo, te lo garantizo..., ¿no es así, sacerdote?

El tono lastimero desapareció de la voz del sacerdote cuan- do el anciano miró con ojos brillantes a Elric. Lanzó entonces un grito agudo y repelente.

-¡Aullad a mi alrededor, perros! -exclamó escupiendo las palabras-, pero Mirath y T'aargano serán vengados por la muerte de su sacerdote y la devastación de su templo..., habéis traído aquí el fuego, pero por el fuego moriréis. -Y señalando a Elric con el muñón añadió-: Y tú..., tú eres un traidor y lo has sido en muchas causas, lo veo escrito en ti. Aunque ahora... eres... -El sacerdote hizo una pausa para tomar aliento.

Elric se humedeció los labios con la lengua.

-Soy lo que soy -dijo-. Y tú no eres más que un viejo que pronto va a morir. Tus dioses no pueden dañarnos, porque no les tenemos ningún respeto. ¡Y no pienso escuchar más tus divagaciones seniles!

En el rostro del anciano sacerdote se reflejaba el conocimiento de los tormentos pasados y de los que le esperaban. Dio la impresión de estar meditando sobre ello y permaneció callado.

-Ahórrate el resuello para gritar -le dijo Terarn Gashtek al sacerdote.

-Portador del Fuego, es de mal augurio matar a un sacerdote -le recordó Elric.

-Amigo mío, me parece que eres débil de estómago. No temas, si lo sacrificamos a nuestros dioses, sólo puede traernos buena suerte.

Elric se alejó. Cuando entró en la casa, un grito agónico surcó la noche, seguido de una risa que no tenía nada de agradable.

Más tarde, mientras las casas ardientes continuaban iluminando la noche, Elric y Moonglum, llevando a hombros unos pesados sacos y sujetando una mujer cada uno, avanzaron hasta el borde del campamento fingiéndose borrachos. Moonglum dejó los sacos y a las mujeres en compañía de Elric y regresó para volver poco después con tres caballos.

Abrieron los sacos para que salieran los niños y observaron en silencio como las mujeres montaban a caballo y ayudaban a los niños a subirse también.

Luego partieron al galope.

-Esta misma noche -dijo Elric, despiadado- hemos de poner en práctica nuestro plan, tanto si el mensajero ha avisado a Dyvid Slorm como si no. No soportaría tener que presenciar otra matanza como la de hoy.

Terarn Gashtek había bebido hasta perder el conocimiento. Yacía despatarrado en la estancia de una de las casas que se habían salvado del incendio.

Elric y Moonglum se le acercaron sigilosamente. Mientras Elric vigilaba que no entrase nadie, Moonglum se arrodilló junto al jefe bárbaro y, con dedos ligeros y extremo cuidado, buscó entre los pliegues de la ropa del nombre. Sonrió satisfecho cuando sacó al gato, que no dejaba de menearse; en su lugar dejó una piel de conejo rellena de paja que había preparado de antemano con tal fin. Sujetando con fuerza al felino, se incorporó y le hizo una seña a Elric. Los dos salieron cautelosamente de la casa y atravesaron el caos del campamento.

-He averiguado que Drinij Bara está en el carro grande -le informó Elric a su amigo-. Date prisa, el mayor peligro ha pasado.

-Cuando el gato y Drinij Bara hayan intercambiado su sangre y el hechicero haya recuperado su alma, ¿qué pasará, Elric?

-inquirió Moonglum.

-Nuestros poderes combinados quizá logren contener a los bárbaros, pero... -se interrumpió al ver que un nutrido grupo de guerreros se acercaba a ellos.

-Es el occidental y su pequeño amigo -rió uno de ellos-. ¿Adonde vais, camaradas?

Elric advirtió de inmediato que la matanza de aquel día no había saciado por completo su sed de sangre, y que buscaban pelea.

-A ninguna parte en especial -repuso. Los bárbaros les rodearon.

-Hemos oído muchas historias sobre tu espada, extranjero -dijo el portavoz del grupo con una sonrisa socarrona-, y me gustaría compararla con un arma de verdad. -Sacó la cimitarra del cinturón-. ¿Qué me dices?

-Preferiría ahorrarte la experiencia -repuso Elric fríamente.

-Muy generoso..., pero a mí me gustaría que aceptaras la invitación.

-Déjanos pasar -le ordenó Moonglum. Los rostros de los bárbaros se crisparon y el jefe del grupo dijo:

-¿Es así como le hablas a los conquistadores del mundo? Moonglum dio un paso atrás y desenvainó la espada, mientras el gato se debatía en su mano izquierda.

-Será mejor que acabemos con esto -le dijo Elric a su amigo.

Desenvainó la espada rúnica. El acero entonó una melodía suave y burlona; al oírla, los bárbaros quedaron desconcertados.

-¿Y bien? -inquirió Elric, manteniendo enhiesta su espada. El bárbaro que lo había retado no parecía muy seguro de lo que debía hacer. Después, se obligó a gritar:

-El acero limpio puede soportar cualquier brujería -y se abalanzó sobre el albino.

Agradecido por aquella nueva oportunidad de vengarse, Elric paró el embate, empujó hacia atrás la cimitarra y lanzó una estocada que rajó al nombre en el torso, por encima de la cadera. El bárbaro profirió un grito y cayó muerto. Moonglum, enzarzado en duelo con un par de hombres, mató a uno de ellos; pero el otro se abalanzó sobre él y en uno de sus lances hirió al pequeño oriental en el hombro. Moonglum aulló y dejó caer al gato. Elric intervino y eliminó al contrincante de Moonglum; *Tormentosa* entonó entonces una endecha triunfal. El resto de los bárbaros se dieron media vuelta y echaron a correr.

-¿Qué gravedad reviste tu herida? -inquirió Elric resollando; Moonglum no le contestó, se hincó de rodillas y se puso a buscar en la oscuridad.

-Date prisa, Elric... ¿Ves al gato?, lo solté cuando luchaba. Si lo perdemos... es nuestro fin.

Presas del frenesí, comenzaron a buscar por el campamento.

Pero nada lograron, pues el gato, con la destreza propia de su especie, se había ocultado.

Momentos después, de la casa ocupada por Terarn Gashtek les llegó el sonido de un altercado.

-¡Ha descubierto que le han robado el gato! -exclamó Moonglum-. ¿Qué hacemos ahora?

-No lo sé..., seguir buscando y esperar que no sospeche de nosotros.

Continuaron la búsqueda sin ningún resultado. Mientras lo hacían, se les acercaron varios bárbaros. Uno de ellos les anunció:

-Nuestro jefe quiere hablar con vosotros.

-¿Por qué?

-Os lo dirá él mismo. Andando.

A regañadientes siguieron a los bárbaros, que los condujeron ante el enfurecido Terarn Gashtek. El Portador del Fuego aferraba la piel de conejo rellena en una mano que más bien parecía una garra y los miraba con el rostro crispado por la ira.

-¡Me han robado la cuerda con la que tenía sujeto al hechicero! -rugió-. ¿Qué sabéis vosotros de esto?

-No te entiendo -dijo Elric.

-Me han robado al gato... y he encontrado este harapo en su lugar. Hace poco os sorprendieron hablando con Drinij Bara, y creo que esto ha sido obra vuestra.

-No sabemos nada -dijo Moonglum.

-El campamento es un caos -aulló Terarn Gashtek-, llevará un día entero reorganizar a mis hombres..., y cuando están desatados de este modo no obedecen a nadie. Pero cuando haya impuesto el orden, interrogaré a todos mis hombres. Si decís la verdad, seréis liberados; entretanto, os daremos todo el tiempo que os haga falta para hablar con el hechicero. -Hizo una señal con la *cabeza-.* Lleváoslos, desarmadlos, atadlos y metedlos en la perrera de Drinij Bara.

Mientras se los llevaban de allí, Elric masculló:

-Debemos escaparnos y encontrar a ese gato, pero mientras tanto, no hemos de malgastar esta oportunidad de hablar con Drinij Bara.

-No, hermano hechicero -dijo Drinij Bara en la oscuridad-, no te ayudaré. No pienso arriesgar nada hasta que el gato y yo no estemos juntos.

-Pero Terarn Gashtek ya no puede amenazarte.

-Pero ¿y si captura al gato?

Elric no contestó. A pesar de las incómodas ataduras, logró moverse un poco sobre las duras tablas del carro. Se disponía a continuar con sus esfuerzos para persuadir al mago cuando alguien levantó el toldo y una figura atada cayó al lado de ellos. En medio de la oscuridad, preguntó en la lengua oriental:

-¿Quién eres?

El hombre contestó en la lengua del Oeste:

-No te entiendo.

-¿Eres occidental? -preguntó Elric en la lengua común.

-Sí. Soy un mensajero oficial de Karlaak. Fui capturado por estos chacales apestosos cuando regresaba a la ciudad.

-¿Qué? ¿Eres el hombre que enviamos a ver a Dyvim Slorm, mi pariente? Soy Elric de Melniboné.

-Mi señor, ¿entonces estamos todos presos? Por todos los dioses... Karlaak está perdida.

-¿Has logrado entregar el mensaje a Dyvim Slorm?

-Sí..., logré dar con él y su banda. Afortunadamente, se encontraban más cerca de Karlaak de lo que sospechábamos.

-¿Y qué contestó a mi petición?

-Dijo que unos cuantos jóvenes podrían estar dispuestos, pero que incluso con el auxilio de la brujería, tardaría un cierto tiempo en llegar a la Isla del Dragón. Existe una posibilidad.

-Es todo lo que nos hace falta..., pero no servirá de nada a menos que cumplamos con el resto de nuestro plan. Hemos de recuperar el alma de Drinij Bara, para que Terarn Gashtek no pueda obligarle a defender a los bárbaros. Tengo una idea..., se trata del recuerdo de un antiguo parentesco que los de Melniboné teníamos con un ser llamado Meerclar. Doy gracias a los dioses por haber descubierto esas drogas en Troos y por conservar mi fuerza. Ahora he de llamar a mi espada para que acuda a mí.

Cerró los ojos y relajó cuerpo y mente; luego se concentró en un único punto: la espada *Tormentosa.*

La simbiosis que unía a hombre y espada había existido durante años y todavía perduraban ciertos lazos.

-¡*Tormentosa!,* -gritó Elric-. ¡*Tormentosa,* únete a tu hermano! Ven, dulce espada rúnica, ven asesina de linajes forjada en el infierno, tu amo te necesita...

Afuera comenzó a soplar un viento gimiente. Elric oyó gritos de temor y un silbido. Entonces, la cubierta del carro se partió en dos dejando entrar la luz de las estrellas y la espada gimiente que se balanceaba en el aire, sobre su cabeza. Luchó por incorporarse, sintiendo náuseas por lo que se disponía a hacer, pero reconfortado en cierto modo por el hecho de que en esa ocasión no le guiaba un interés egoísta, sino la necesidad de salvar al mundo de la amenaza del bárbaro.

-Dame tu fuerza, espada mía -gimió mientras con las manos atadas aferraba la empuñadura-. Dame tu fuerza, y esperemos que sea la última vez.

El acero se retorció en sus manos; Elric notó una horrible sensación cuando la fuerza de la espada, la fuerza robada a cientos de hombres valientes, como el vampiro roba la sangre de sus víctimas, fluía en su cuerpo estremecido.

Quedó dotado entonces de una fuerza peculiar que no era enteramente física. Su rostro pálido se crispó cuando se concentró para controlar el nuevo poder y la espada, que amenazaban con poseerlo por completo. Cortó sus ataduras y se puso en pie.

En ese mismo instante, un grupo de bárbaros se acercó al carro a toda carrera. Elric se apresuró a cortar las tiras de cuero que ataban a los otros, e inconsciente de la presencia de los guerreros, gritó otro nombre.

Hablaba en una nueva lengua, una lengua extraña que en circunstancias normales no habría podido recordar. Era una de las lenguas que los Reyes Hechiceros de Melniboné, los antepasados de Elric, habían aprendido hacía cientos de siglos, incluso antes de la creación de Imrryr, la Soñada.

-Meerclar de los Gatos, soy yo, tu pariente, Elric de Melniboné, el último de su linaje que hizo votos de amistad contigo y tu pueblo. ¿Me oyes, Señor de los Gatos?

Más allá de la tierra, en un mundo que no respondía a las leyes físicas del tiempo y el espacio que gobernaban el planeta, brillando en un profundo calor azul y ámbar, una criatura antropoide se estiró y bostezó, dejando ver unos dientecitos puntiagudos. Frotó la cabeza lánguidamente contra su hombro peludo y escuchó.

La voz que oía no pertenecía a uno de los suyos, la especie que amaba y protegía. Pero reconoció la lengua en que hablaba.

Sonrió para sus adentros cuando recordó y sintió la agradable sensación de la camaradería. Recordó una raza que, a diferencia de otros humanos (a los que desdeñaba) había compartido sus cualidades, una raza que, al igual que él, amaba el placer, la crueldad y la sofisticación. La raza de los melniboneses.

Meerclar, Señor de los Gatos, Protector de los Felinos, se dirigió con gracia hacia el lugar de donde provenía aquella voz.

-¿Cómo puedo ayudarte?-ronroneó.

-Meerclar, buscamos a uno de los tuyos, que está cerca de aquí.

-Sí, siento ya su presencia. ¿Qué quieres de él?

-Nada que le pertenezca... pero tiene dos almas, y una de ellas no es suya.

-Es verdad..., su nombre es Fiarshern, y pertenece a la gran familia de Trrechoww. Lo llamaré. Acudirá a mí.

Afuera, los bárbaros pugnaban por dominar el miedo a los acontecimientos sobrenaturales que tenían lugar en el carro. Terarn Gashtek lanzó una maldición y les gritó:

-Son unos pocos contra cinco mil de los nuestros. ¡Prendedles al punto!

Sus guerreros comenzaron a avanzar cautelosamente. Fiarshern, el gato, oyó una voz; su instinto le indicó que se- ría una tontería desobedecerla. Y echó a correr hacia el lugar de donde provenía.

-¡Mirad..., es el gato! ¡Agarradlo, deprisa!

Dos de los hombres de Terarn Gashtek se lanzaron a cumplir con las órdenes de su jefe, pero el pequeño felino los esquivó y ligero, saltó al interior del carro.

-Fiarshern, devuélvele su alma al humano-, le ordenó Meerclar con voz suave. El gato avanzó hacia su amo humano y hundió los dientecitos delicados en las venas del hechicero.

Poco después, Drinij Bara lanzó una salvaje carcajada.

-He recuperado mi alma. Gracias, gran Señor de los Gatos. ¡Deja que te recompense!

-No es preciso -respondió Meerclar con una sonrisa burlona-, *de todos modos, percibo que tu alma ya está vendida. Adiós, Elric de Melniboné. Ha sido un placer acudir a tu llamado, aunque noto que ya no practicas el antiguo oficio de tus antepasados. No obstante, y en nombre de nuestras viejas lealtades, no te he escatimado este servicio. Adiós, regreso a un sitio más cálido que este lugar inhóspito.*

El Señor de los Gatos se esfumó para regresar al mundo del calor azul y ámbar, donde continuó con su sueño interrumpido.

-Vamos, Hermano Hechicero -gritó Drinij Bara, exultante-. Cobrémonos la venganza que nos pertenece.

Terarn Gashtek y sus hombres se enfrentaron a ellos. Muchos llevaban los arcos dispuestos para disparar sus largas flechas.

-¡Matadlos, deprisa! -aulló el Portador del Fuego-, ¡Matad-los antes de que tengan tiempo de invocar más demonios!

Una lluvia de flechas cayó sobre ellos silbando. Drinij Bara sonrió, y pronunció unas cuantas palabras mientras movía las manos de forma descuidada. Las flechas se detuvieron en pleno vuelo, dieron media vuelta y, cada una de ellas fue a clavarse en la garganta del arquero que la había disparado. Terarn Gashtek se quedó boquiabierto, giró sobre sus talones, se abrió paso a empellones entre sus hombres y, al retirarse, ordenó a sus bárbaros que atacasen a los cuatro hombres.

Impulsados por la certeza de que si echaban a correr estarían perdidos, la turba de bárbaros los encerró.

Amanecía, la luz comenzaba a iluminar el cielo cubierto de nubes cuando Moonglum miró hacia arriba y señalando con el dedo, gritó:

-¡Mira, Elric!

-Son sólo cinco -dijo el albino-. Sólo cinco... pero quizá basten.

Interceptó los mandobles de varios aceros con su propia espada y, aunque estaba dotado de una fuerza sobrehumana, esa fuerza parecía haber abandonado su espada convirtiéndola en un arma corriente. Sin dejar de luchar, relajó el cuerpo y notó que la fuerza lo abandonaba para fluir de vuelta a *Tormentosa.*

La espada rúnica volvió a gemir y, sedienta, buscó las gargantas y los corazones de los bárbaros.

Drinij Bara no iba armado, pero no le hacía falta, pues utilizaba métodos más sutiles para su defensa. A su alrededor quedaban esparcidos los horribles efectos: masas deshuesadas de carne y tendones.

Los dos hechiceros, Moonglum y el mensajero se abrieron paso entre los enloquecidos bárbaros que desesperadamente intentaban vencerles. En medio de tanta confusión, resultaba imposible elaborar un plan de acción coherente. Moonglum y el mensajero despojaron a unos cadáveres de sus cimitarras y se unieron a la lucha.

A la larga, lograron llegar a los límites exteriores del campamento. Gran número de bárbaros habían huido a todo galope en dirección al oeste. En ese momento, Elric vio a Terarn Gashtek armado con un arco. Adivinó en seguida las intenciones del Portador del Fuego y advirtió a gritos al otro hechicero, que se encontraba de espaldas al bárbaro. Vociferando un encantamiento perturbador, Drinij Bara se volvió de lado, se interrumpió, intentó comenzar otro encantamiento, pero la flecha lo alcanzó en un ojo.

-¡No! -gritó.

Y cayó muerto.

Al ver que habían matado a su aliado, Elric se detuvo un instante, miró hacia el cielo y vio unas enormes bestias voladoras que reconoció de inmediato.

Dyvim Slorm, hijo de Dyvim Tvar, primo de Elric y Amo de los Dragones, había conducido a los legendarios dragones de Imrryr en auxilio de su pariente. Pero la mayoría de las inmensas bestias dormían, y seguirían durmiendo durante otro siglo, pues sólo cinco dragones estaban despiertos. Pero Dyvim Slorm nada podía hacer aún por temor a dañar a Elric y a sus compañeros.

Terarn Gashtek también había visto a las magníficas bestias. Sus grandes planes de conquista comenzaban a derrumbarse; entonces se inclinó hacia adelante y echó a correr hacia Elric.

-¡Basura de rostro pálido! -aulló-. ¡Tú tienes la culpa de todo esto... y pagarás al Portador del Fuego por lo que le has hecho!

Elric lanzó una carcajada al levantar a *Tormentosa* para protegerse del insensato bárbaro. Y señalando hacia el cielo, dijo:

-A ésos también se les puede llamar Portadores del Fuego, Terarn Gashtek. ¡Y ellos son más dignos de ese apelativo que tú!

Enterró entonces su infernal espada en el cuerpo de Terarn Gashtek; el bárbaro lanzó un gemido entrecortado cuando el acero le bebió el alma.

-Seré un destructor, Elric de Melniboné -dijo con un hilo de voz-, pero mis métodos eran más limpios que el tuyo. ¡Malditos seáis tú y cuanto te sea querido, malditos por toda la eternidad!

Elric lanzó otra carcajada, pero la voz le tembló ligeramente al ver el cadáver del bárbaro.

-En otras ocasiones me he librado ya de maldiciones parecidas, amigo mío. Y creo que la tuya tendrá poco efecto. -Hizo una pausa y añadió-: Por Arioco, espero no equivocarme. Creí que mi destino estaba libre de penas y maldiciones, pero quizá me equivocara...

La horda de bárbaros había montado ya a caballo y huía en dirección al oeste. Había que detenerlos, pues al paso que iban, no tardarían en llegar a Karlaak, y sólo los Dioses sabían qué harían aquellos salvajes cuando llegaran a la ciudad desprotegida.

Elric oyó entonces el batir de unas alas de nueve metros y percibió el olor familiar de los enormes reptiles voladores que años antes lo habían perseguido cuando, al frente de la flota de ladrones, había conducido el asalto a su ciudad natal. Oyó entonces las curiosas notas del Cuerno para Dragones y vio que Dyvim Slorm estaba sentado a lomos de la bestia que encabezaba el grupo; en la enguantada mano derecha llevaba un aguijón en forma de lanza.

El dragón descendió en espiral; cuando su cuerpo inmenso se posó sobre el suelo a unos cuantos metros de distancia, dobló las alas correosas. El Amo de los Dragones saludó a Elric brazo en alto.

-Salve, Rey Elric, veo que casi no llegamos a tiempo.

-Tu llegada no podía ser más oportuna, amigo mío -sonrió Elric-. Es un placer volver a ver al hijo de Dyvim Tvar. Por un momento temí que no acudieras a mi llamada.

-Las viejas diferencias quedaron olvidadas en la Batalla de Bakshaan, cuando Dyvim Tvar, mi padre, perdió la vida al ayudarte en el asedio de la fortaleza de Nikorn. Lamento que

sólo las bestias más jóvenes estuviesen listas para ser despertadas. Como recordarás, las otras fueron utilizadas hace apenas unos años.

-Lo recuerdo -dijo Elric-. ¿Puedo rogarte que me hagas otro favor, Dyvim Slorm?

-¿De qué se trata?

-Que me dejes montar el dragón jefe. Conozco las artes del Amo de los Dragones y tengo buenos motivos para ir tras los bárbaros... pues no hace mucho, nos vimos obligados a presenciar una matanza insensata, y si fuera posible, quisiera pagarles con la misma moneda.

Dyvim Slorm asintió y bajó de su montura. La bestia se agitó, inquieta, y retiró los labios de su hocico ahusado para mostrar unos dientes gruesos como los brazos de un hombre, y largos como una espada. Su lengua bifurcada se movió, veloz, y volvió la cabeza para mirar a Elric con sus fríos ojos.

Elric le cantó en la antigua lengua melnibonesa, aferró el aguijón y el Cuerno para Dragones que le tendía Dyvim Slorm y luego, con sumo cuidado, se subió a la silla, colocada en la base del cuello del dragón. Colocó los pies enfundados en botas en los enormes estribos de plata.

-Y ahora, vuela, hermano dragón -cantó-, vuela alto, muy alto, y ten preparado tu veneno.

Oyó restallar las alas en el aire cuando la bestia comenzó a batirlas; el animal se elevó en el encapotado cielo gris.

Los otros cuatro dragones siguieron al primero y, mientras Elric ganaba altura haciendo sonar unas notas específicas en el cuerno, desenvainó la espada.

Siglos antes, los antepasados de Elric, montados en sus dragones, se habían lanzado a la conquista de todo el Mundo Occidental. Entonces, las Cuevas de los Dragones habían albergado una infinidad de estos animales. Pero eran pocos los que habían quedado, y de esos pocos, sólo los más jóvenes habían dormido lo suficiente como para ser despertados.

Los enormes reptiles se elevaron en el cielo ventoso; el largo pelo blanco de Elric y su negra capa manchada volaban tras él, mientras cantaba la exultante *Canción de los Amos de los Dragones,* urgiendo a las bestias a volar hacia el oeste.

Salvajes caballos del viento, seguid el rastro de las nubes,
el impío cuerno os guía con su canto.
¡Vosotros y nosotros fuimos los primeros en la conquista,
vosotros y nosotros seremos los últimos!

Los pensamientos de amor, de paz, de venganza incluso, se perdían en aquel vuelo intrépido sobre los cielos brillantes que cubrían la antigua Era de los Reinos Jóvenes. Elric, orgulloso, arquetípico y desdeñoso, seguro de que hasta su sangre imperfecta era la sangre de los Reyes Hechiceros de Melniboné, adoptó un aire indiferente.

No poseía lealtades, ni amigos y, si se encontraba bajo el dominio del mal, entonces se trataba de un mal puro, brillante, no contaminado por los impulsos humanos.

Los dragones siguieron volando en lo alto hasta que allá abajo apareció la masa negra que obstruía el paisaje, la horda de bárbaros impulsados por el miedo, la horda que, en su ignorancia, había pretendido conquistar las tierras amadas por Elric de Melniboné.

-¡Eh, hermanos dragones..., soltad vuestro veneno..., quemadlo todo..., quemadlo! ¡Y que vuestro fuego purifique el mundo!

Tormentosa se unió al grito salvaje que lanzaron los dragones al iniciar el descenso en picado, para abalanzarse sobre los enloquecidos bárbaros y soltar sobre ellos ríos de venenoso combustible que el agua no lograba apagar; el olor a carne quemada comenzó a elevarse a través del fuego y las llamas, convirtiendo aquel paisaje en una escena del Infierno..., y el orgulloso Elric fue el Señor de los Demonios en busca de venganza.

El regocijo que sintió no era malsano, pues se había limitado a hacer lo que era preciso, nada más. Dejó de gritar, obligó a su dragón a retroceder y elevarse, haciendo sonar el cuero para llamar a los otros reptiles. A medida que subía, el regocijo lo abandonó para dar paso a un gélido horror.

«Sigo siendo un melnibonés -pensó-, y no puedo deshacerme de lo que soy. Y a pesar de toda mi fuerza, sigo siendo débil, y por eso, ante cualquier emergencia, estoy siempre dispuesto a usar a esta maldita.» Profiriendo un grito de odio, lanzó su espada al vacío. El acero chilló como una mujer y cayó en picado hacia la tierra lejana.

-Se acabó, ya está hecho.

Después, ya más calmado, volvió al lugar donde había dejado a sus amigos y guió al reptil hacia el suelo.

-¿Dónde está la espada de tus antepasados, Rey Elric? -inquirió Dyvim Slorm.

El albino no le contestó y se limitó a agradecer a su pariente por haberle permitido montar al dragón jefe. Volvieron todos a ocupar sus sillas, a lomos de los reptiles, y emprendieron el vuelo de regreso hacia Karlaak para darles las buenas nuevas.

Al ver a su señor montando en el primer dragón, Zarozinia supo que Karlaak y el Mundo Occidental estaban a salvo, y que el Mundo Oriental había sido vengado. Cuando se reunieron en las afueras de la ciudad, a pesar de que Elric había adoptado una postura orgullosa, su rostro se mostraba serio y sombrío. Zarozinia notó que volvía a sentir la pena que su amado creía ya olvidada. Corrió a su encuentro, y él la aferró entre sus brazos, sin decir palabra.

Elric se despidió de Dyvim Slorm y de sus amigos imrryrianos y después, seguido de cerca por Moonglum y el mensajero, entró en la ciudad, y se dirigió luego a su casa, molesto por las congratulaciones que los ciudadanos le ofrecían.

-¿Qué te ocurre, mi señor? -inquirió Zarozinia cuando lo vio echarse sobre el gran lecho y suspirar-, ¿Crees que hablar te ayudaría?

-Estoy cansado de hechizos y de espadas, Zarozinia, es todo. Pero por fin me he deshecho de una vez por todas de esa espada infernal, a la que me creía atado por el resto de mi existencia.

-¿Te refieres a *Tormentosa!*

-¿A quién si no?

Zarozinia se quedó callada. Nada le dijo de la espada que, al parecer, por propia voluntad, había entrado gritando en Karlaak para ir a colocarse, en la oscuridad del arsenal, en el antiguo sitio que había ocupado.

Elric cerró los ojos e inspiró profundamente.

-Que duermas bien, mi señor -le dijo ella suavemente. Con ojos llorosos y la expresión triste, se tendió a su lado. No recibió con beneplácito la mañana.

EPILOGO
Al rescate de Tanelorn...

En el que conocemos más aventuras de Rackhir, el Arquero Rojo, y otros héroes y lugares con los que Elric se ha topado en lo que él gusta considerar como sus sueños...

Más allá del ominoso bosque de Troos, frondoso y verde como el cristal, bien al norte, desconocido en Baksahan, Elwher y cualquier otra ciudad de los Reinos Jóvenes, en las lindes cambiantes del Desierto de los Suspiros, se alzaba Tanelorn, la solitaria, la ciudad del tiempo pasado, amada por aquellos a quienes cobijaba.

Tanelorn poseía la peculiar particularidad de dar la bienvenida y albergar al viajero. A sus calles pacíficas y sus casas bajas acudían los solitarios, los salvajes, los brutales, los atormentados, que en Tanelorn encontraban descanso.

La mayoría de los viajeros atribulados que moraban en la pacífica Tanelorn se habían librado de las promesas hechas a los Señores del Caos que, en su calidad de dioses, se interesaban bastante en las vicisitudes de los hombres. Ocurrió entonces que estos mismos Señores llegaron a detestar la remota ciudad de Tanelorn y decidieron, una vez más, actuar en contra de ella.

Ordenaron a uno de los suyos (en aquel momento no podían enviar a más), el Señor Narjhan, para que viajara a Nadsokor, la Ciudad de los Pordioseros, que abrigaba contra Tanelorn una antigua inquina, y una vez allí, reuniera un ejército que atacara a la indefensa Tanelorn y destruyera la ciudad y a todos sus habitantes. Así lo hizo Narjhan; armó a su ejército de harapientos y les hizo muchas promesas.

Después, como una marea feroz, la chusma de pordioseros partió para destruir Tanelorn y matar a sus habitantes. Un enorme torrente de hombres y mujeres andrajosos, ciegos, lisiados y sostenidos por muletas, fueron avanzando poco a poco, ominosos e implacables, en dirección al norte, hacia el Desierto de los Suspiros.

En Tanelorn vivía Rackhir, el Arquero Rojo, proveniente de las tierras orientales, situadas más allá del Desierto de los Suspiros y del Erial de los Sollozos. Rackhir había nacido para ser Sacerdote Guerrero, siervo de los Señores del Caos, pero había abandonado esta vida para dedicarse a tareas más tranquilas, como el robo y el estudio. Era un hombre de duras facciones, cubierto de cicatrices, con una nariz descarnada, ojos hundidos, boca de finos labios y barba rala. Se cubría la cabeza con un casquete rojo, decorado con una pluma de halcón; vestía un coleto rojo muy ajustado y sujeto con un cinturón, calzones rojos y botas del mismo color. Daba la impresión de que toda su sangre hubiera teñido su vestimenta dejándolo a él exangüe. No obstante, se sentía feliz en Tanelorn, la ciudad que hacía feliz a todos los hombres como él; Rackhir tenía además la sensación de que allí moriría si es que los hombres morían en esa ciudad, pues no sabía si era así.

Un día, vio a Brut de Lashmar, noble corpulento, de rubia cabellera y mala fama, trasponer la puerta de la muralla de la ciudad de la paz, montado en su caballo. El arnés plateado y los arreos de Brut aparecían sucios, llevaba la capa amarilla hecha jirones, y su sombrero de ala ancha era un amasijo. Cuando hubo entrado en la plaza de la ciudad, una pequeña multitud se arremolinó en torno a él. Fue entonces cuando anunció las noticias que traía.

-Los pordioseros de Nadsokor avanzan a miles sobre nuestra Tanelorn -dijo-, y los conduce Narjhan del Caos.

Los hombres de Tanelorn eran todos soldados, buenos en su mayoría, y además, eran guerreros confiados, pero escasos de número. Una horda de pordioseros, conducida por un ser como Narjahn, podía destruir Tanelorn.

-¿Hemos de abandonar Tanelorn, entonces? -inquirió Uroch de Nieva, un joven inútil y borrachín.

-Le debemos demasiado a esta ciudad como para abandonarla -dijo Rackhir-. Deberíamos defenderla..., por su bien y el nuestro, porque jamás volverá a existir otra como ella.

Brut se inclinó hacia adelante en la silla de montar y dijo:

-En principio, estoy de acuerdo contigo, Arquero Rojo. Pero los principios no bastan si no van acompañados de hechos. ¿Cómo sugieres que defendamos del sitio y de los poderes del Caos a esta ciudad de murallas bajas?

-Necesitaremos ayuda -repuso Rackhir-, si fuera preciso, de tipo sobrenatural.

-¿Crees que los Señores Grises nos ayudarían?

Zas, el Manco, era quien formulaba la pregunta. Se trataba de un viejo vagabundo raído que en cierta ocasión había logrado ganar un trono para perderlo después.

-¡Sí, los Señores Grises! -corearon varias voces esperanzadas.

-¿Quiénes son los Señores Grises? -preguntó Uroch, pero nadie le oyó.

-No suelen ayudar a nadie -reconoció Zas, el Manco-, pero dado que Tanelorn no se encuentra sometida ni a las Fuerzas del Orden ni a los Señores del Caos, seguramente les saldrá a cuenta preservarla de la destrucción. Al fin y al cabo, ellos tampoco le son fieles a nada.

-Voto porque busquemos la ayuda de los Señores Grises -dijo Brut-. ¿Qué decís vosotros?

Después que todos hubieron manifestado su acuerdo, se produjo un silencio cuando los allí presentes cayeron en la cuenta de que no conocían ningún medio para ponerse en contacto con aquellos seres misteriosos e indiferentes. Finalmente, fue Zas quien manifestó en palabras este hecho.

-Conozco a un vidente..., un ermitaño que vive en el Desierto de los Suspiros. Quizá él pueda ayudamos.

-Creo que, después de todo, no deberíamos perder el tiempo buscando ayudas sobrenaturales contra esa chusma de harapientos -dijo Uroch-. Preparémonos para resistir al ataque con medios físicos.

-Olvidas -le dijo Brut con tono fatigado-, que los conduce Narjhan del Caos. No es humano, y cuenta con el apoyo de todas las fuerzas del Caos. Sabemos que los Señores Grises no están comprometidos ni con el Orden ni con el Caos, pese a lo cual, algunas veces auxilian a uno u otro bando, según les plazca. Son nuestra única posibilidad.

-¿Por qué no pedir auxilio a las Fuerzas del Orden, enemigas acérrimas del Caos y mucho más poderosas que los Señores Grises? -preguntó Uroc.

-Porque Tanelorn es una ciudad que no le debe lealtad a ninguna de las dos partes -repuso Zas-. Todos nosotros somos hombres y mujeres que hemos roto nuestro compromiso con el Caos, pero que no hemos establecido ningún otro con el Orden. En situaciones como ésta, las Fuerzas del Orden sólo ayudarán a quienes les han jurado obediencia. Los Señores Grises son los únicos que podrán protegernos, si lo desean.

-Iré a buscar a mi vidente -anunció Rackhir, el Arquero Rojo-, y si sabe cómo puedo llegar al Dominio de los Señores Grises, entonces me dirigiré hacia allí directamente, porque no tenemos tiempo que perder. Si logro dar con ellos y conseguir su ayuda, no tardaréis en enteraros. Si no lo logro, deberéis morir defendiendo a Tanelorn, y si vivo, me uniré a vosotros en esa última batalla.

-Está bien -dijo Brut-, vete ya, Arquero Rojo. Que sea una de tus flechas quien mida tu velocidad.

Llevándose consigo poco más que el arco de hueso y el carcaj repleto de flechas con plumas escarlata, Rackhir partió en dirección al Desierto de los Suspiros.

Desde Nadsokor, al suroeste de la tierra de Vilmir, pasando por el escuálido país de Org donde se encuentra el horrible bosque de Troos, la horda de pordioseros dejó tras de sí un reguero de fuego y horror negro; insolente y desdeñoso con aquellos mendigos, a pesar de encontrarse al frente de ellos, cabalgaba un ser vestido con una armadura completamente negra, un ser que poseía una voz que sonaba hueca en el interior del yelmo. La gente huía al verlos llegar, y dejaban yerma toda la tierra por donde pasaban. La gran mayoría sabía lo que había ocurrido, que contradiciendo sus tradiciones de siglos, los ciudadanos mendigos de Nadsokor habían salido de su ciudad con la fuerza del vómito para convertirse en una horda salvaje y amenazadora. Alguien los había armado, alguien los había guiado hacia el norte y el oeste, en dirección al Desierto de los Suspiros. Pero ¿quién los guiaba? La gente corriente lo ignoraba. ¿Y por qué se dirigían hacia el Desierto de los Suspiros? Más allá de Karlaak, ciudad que habían rodeado, no había ya poblados, sólo el Desierto de los Suspiros, y más allá aún, se extendía el confín del mundo. ¿Era aquélla su meta? ¿Acaso iban en busca de su propia destrucción cual si se tratara de una manada de lemingos? Era lo que todo el mundo esperaba, pues mucho era el odio que inspiraba aquella horrible horda.

Rackhir cruzó al galope el afligido viento del Desierto de los Suspiros, protegiéndose el rostro y los ojos de la arena que se arremolinaba por todas partes. Había cabalgado durante un día entero y tenía sed. A lo lejos divisó por fin las rocas que buscaba.

Llegó a ellas y tratando de imponerse al sonido del viento, gritó:

-¡Lamsar!

El ermitaño acudió al llamado de Rackhir. Estaba vestido con cueros aceitados a los que se adhería la arena. Llevaba la barba incrustada de arena y su piel parecía haber adoptado el color y la textura del desierto. De inmediato reconoció a Rackhir por su vestimenta, le hizo señas de que entrara en la cueva, y desapareció en su interior. Rackhir desmontó, condujo a su caballo hasta la entrada de la cueva y entró.

-Bienvenido seas, Arquero Rojo -le dijo Lamsar, sentado en una roca plana-. Percibo por la forma en que te mueves que deseas información y que tu misión es urgente.

-Lamsar, necesito la ayuda de los Señores Grises -le dijo Rackhir.

El ermitaño sonrió. Su sonrisa fue como una fisura repentina en una roca.

-El hecho de que te hayas arriesgado a trasponer los Cinco Portales indica que tu misión ha de ser importante. Te diré cómo llegar hasta los Señores Grises, pero el camino es difícil.

-Estoy dispuesto a recorrerlo -repuso Rackhir-, pues Tanelorn está en peligro y los Señores Grises podrían ayudarla.

-Entonces habrás de trasponer el Primer Portal, que se encuentra en nuestra dimensión. Te ayudaré a encontrarlo.

-¿Qué he de hacer después?

-Tendrás que trasponer los cinco portales. Cada uno de ellos conduce a un reino que se halla más allá y dentro de nuestra propia dimensión. En cada uno de esos reinos habrás de hablar con sus moradores. Algunos son amigos de los hombres, otros no lo son, pero todos han de contestarte cuando les preguntes: «¿Dónde se encuentra el siguiente Portal?». Pero ten en cuenta que algunos intentarán impedirte que lo traspongas. El último portal conduce al Dominio de los Señores Grises.

-¿Y dónde está el primer portal?

-En cualquier parte de este reino. Voy a buscártelo ahora mismo.

Lamsar se dispuso para la meditación, y Rackhir, que había esperado que el anciano realizara algún llamativo milagro, se sintió decepcionado.

Transcurrieron varias horas y finalmente, Lamsar dijo:

-El portal está ahí fuera. Memoriza bien esto: Si X es igual al espíritu de la humanidad, entonces la combinación de los dos ha de tener un poder doble, por lo tanto, el espíritu de la humanidad contiene siempre el poder de dominarse a sí mismo.

-Extraña ecuación -dijo Rackhir.

-Es verdad, pero memorízala y medita su contenido, que luego nos pondremos en marcha.

-¿Acaso vendrás tú también?

-Creo que sí.

El ermitaño era viejo. Rackhir no quería que lo acompañase. Pero sabía que sus conocimientos podrían resultarle muy útiles, de modo que aceptó sin protestar. Pensó en la ecuación y al hacerlo, notó que su mente brillaba y se difuminaba hasta hacerle entrar en una especie de trance en el que sus fuerzas parecían mucho mayores, tanto las físicas como las mentales. El ermitaño se puso en pie y Rackhir lo siguió. Salieron de la cueva y en lugar de encontrarse en el Desierto de los Suspiros, ante ellos se alzó una nube iluminada por una luz azul y rielante; cuando la atravesaron, se encontraron en las estribaciones de una cadena montañosa no muy elevada, y más abajo, en un valle, vieron unas cuantas aldeas. Las aldeas estaban distribuidas de un modo extraño; las casas se encontraban colocadas en un amplio círculo alrededor de un enorme anfiteatro en cuyo centro había un estrado circular.

-Será interesante saber por qué estas aldeas están dispuestas de ese modo -dijo Lamsar cuando comenzaron a bajar hacia el valle.

Cuando llegaron al valle y se acercaron a una de las aldeas, la gente salió a su encuentro bailando alegremente. Se detuvieron delante de Rackhir y Lamsar y, saltando de pie en pie mientras los saludaba, el jefe del grupo les habló.

-Se nota que sois forasteros..., os damos la bienvenida y podéis disponer de todo lo que tenemos, comida, alojamiento y diversiones.

Los dos hombres le dieron las gracias y lo acompañaron a la aldea circular. El anfiteatro estaba hecho de barro y parecía haber sido cavado en el suelo a cuyo alrededor se elevaban las casas. El jefe de los aldeanos los llevó a su casa y les ofreció comida.

-Habéis llegado en un momento de descanso -les dijo-, pero no temáis, las cosas volverán pronto a su curso. Me llamo Yerleroo.

-Buscamos el siguiente Portal -le anunció Lamsar, respetuoso-, y nuestra misión es urgente. Debéis perdonarnos pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

-Vamos -dijo Yerleroo-, todo está a punto de comenzar. Nos veréis en nuestro mejor momento y debéis acompañarnos.

Los aldeanos se habían reunido en el anfiteatro, alrededor de la plataforma central. La mayoría tenía la piel y el pelo claros y todos sonreían y estaban alegres, pero había unos cuantos que pertenecían a otra raza, pues eran morenos, de negros cabellos y no se les veía tan contentos.

Presintiendo algo ominoso en lo que veía, Rackhir formuló la pregunta sin ningún preámbulo:

-¿Dónde está el siguiente Portal?

Yerleroo vaciló, movió la boca, luego sonrió y repuso:

-Donde confluyen los vientos.

-Eso no es una respuesta -declaró Rackhir, enfadado.

-Sí que lo es -le dijo Lamsar en voz baja-. Una respuesta justa.

-Y ahora a bailar -dijo Yerleroo-. Primero veréis cómo bailamos nosotros y luego deberéis uniros a nosotros.

-¿Bailar? -inquirió Rackhir, deseando haber llevado una espada o por lo menos una daga.

-Sí..., os gustará. A todo el mundo le gusta. Verás que te hace bien.

-¿Y si no deseáramos bailar?

-Debéis hacerlo..., es por vuestro propio bien.

-Y ése -dijo Rackhir señalando a uno de los hombres con cara adusta-, ¿disfruta ése del baile?

-Es por su propio bien.

Yerleroo batió palmas y de inmediato, los aldeanos rubios comenzaron una danza frenética. Algunos de ellos cantaban. Los aldeanos de rostro adusto no cantaban. Después de vacilar un momento, comenzaron a realizar unos movimientos sin gracia, sus caras ceñudas contrastaban con sus cuerpos desgarbados. Al cabo de un rato, toda la aldea estaba bailando, dando vueltas y cantando una monótona canción.

Yerleroo pasó girando al lado de los forasteros y les ordenó:

-Vamos, unios a nosotros.

-Será mejor que nos marchemos -dijo Lamsar con una leve sonrisa, y se alejaron.

-No debéis marcharos..., debéis bailar-les dijo Yerleroo.

Se dieron media vuelta y echaron a correr tan deprisa como lo permitía el ritmo del anciano. Los aldeanos cambiaron la dirección de su danza y comenzaron a girar amenazadoramente hacia ellos en una horrible imitación de la alegría.

-No hay nada que hacer -dijo Lamsar deteniéndose y observándolos con ojos irónicos-. Habrá que invocar a los dioses de la montaña. Es una lástima, pues la brujería me fatiga. Esperemos que su *magia,* se extienda a este plano. ¡Gordar!

De la boca de Lamsar salieron palabras en una lengua increíblemente ruda. Los aldeanos bailarines seguían avanzando.

Lamsar señaló hacia ellos.

Los aldeanos quedaron paralizados donde se encontraban y, de forma gradual e inquietante, sus cuerpos fueron adoptando cientos de formas distintas en basalto negro.

-Fue por su propio bien -dijo Lamsar con una sonrisa sombría-. Andando, vayamos al lugar donde confluyen los vientos -le ordenó a Rackhir y hacia allá partieron velozmente.

En el lugar donde confluían los vientos encontraron el segundo portal; una columna de llamas color *ámbar* con pinceladas de verde pasaban por el hueco. Traspusieron el portal y de inmediato se encontraron en un mundo de colores oscuros y desbordantes. En lo alto, el cielo aparecía de un rojo sucio mezclado con otros colores cambiantes. A lo lejos se alzaba un bosque oscuro, azul, negro, pesado, veteado de verde; las copas de sus árboles se movían como una marea enfurecida. Se trataba de una tierra plagada de fenómenos sobrenaturales.

Lamsar frunció los labios y dijo:

-En este plano impera el Caos. Hemos de llegar al portal siguiente lo antes posible, porque como es natural, los Señores del Caos intentarán detenernos.

-¿Siempre es así? -inquirió Rackhir con un hilo de voz.

-Sí, aquí siempre es medianoche y todo bulle de este modo...

pero el resto cambia según el humor de los Señores. No hay regla alguna.

Se abrieron paso entre aquel panorama floreciente a medida que hacía erupción y cambiaba a su alrededor. En un momento dado, vieron en el cielo una enorme figura alada, con una forma vagamente humana, que despedía un humo amarillo.

-Es Vezhan -anunció Lamsar-, ojalá no nos haya visto.

-¡Vezhan! -exclamó Rackhir en voz baja..., pues en otros tiempos era a él a quien le había sido fiel.

Avanzaron arrastrándose por aquella tierra inquietante, sin saber adonde iban, ni a qué velocidad lo hacían.

Finalmente, llegaron *á* las orillas de un océano peculiar.

Se trataba de un océano gris, eterno, un océano misterioso que se extendía hasta el infinito. Tras aquella llanura de agua ondulante no podía haber costas. Ni tierras, ni ríos, ni bosques umbríos y frescos, ni hombres ni mujeres ni naves. Era un océano que no conducía a ninguna parte. Se bastaba a sí mismo.

Sobre aquel océano eterno pendía un sol ocre y deslustrado que proyectaba sobre las aguas unas sombras tristes de color negro y verde, con lo cual el paisaje adquiría todo el aspecto de estar encerrado en una enorme caverna, pues el cielo aparecía poblado de nubarrones negros y retorcidos. Y siempre presente estaba el rugir de las olas, la solitaria monotonía de las rompientes coronadas de espuma, el sonido que no presagiaba ni la muerte ni la vida, ni la guerra ni la paz, sino sólo la existencia y una discordia cambiante. Y ya no pudieron seguir avanzando.

-Esto me huele a muerte -dijo Rackhir temblando.

El mar rugía proyectando bien alto sus olas, su sonido aumentaba enfurecido retándolos a adentrarse en las aguas, incitándolos, ofreciéndoles nada más que el logro de la muerte.

-No es mi destino perecer del todo -dijo Lamsar.

Los dos echaron entonces a correr hacia el bosque, y sintieron que el mar lanzaba hacia ellos sus playas. Miraron por encima del hombro y advirtieron que no se había movido, que las olas parecían menos salvajes y el mar más calmo. Lamsar se encontraba un poco más rezagado que Rackhir.

El Arquero Rojo lo agarró de la mano y tiró de él como si acabara de rescatar al anciano de un vórtice. Permanecieron donde estaban durante largo tiempo, como hechizados, mientras el mar los llamaba y el viento los rozaba con su fría caricia.

En el brillo desolado de aquella costa extraña, bajo un sol que no daba calor, sus cuerpos brillaron cual estrellas en la noche mientras se dirigían en silencio hacia el bosque.

-¿Estamos atrapados, pues, en este Reino del Caos? -inquirió Rackhir finalmente-. Si nos cruzáramos con alguien, seguramente ese alguien querría hacernos daño..., ¿cómo vamos a formular nuestra pregunta?

En ese momento, salió del bosque una enorme figura desnuda y retorcida como el tronco de un árbol; era verde como una lima y tenía un rostro jovial.

-Salve, infelices renegados -dijo.

-¿Dónde está el siguiente portal? -preguntó Lamsar sin perder tiempo.

-A punto estuvisteis de trasponerlo, pero os alejasteis -repuso el gigante con una carcajada-. Ese mar no existe... está ahí para impedir que los viajeros traspongan el portal.

-Existe aquí, en el Reino del Caos -adujo Rackhir con voz apagada.

-Podríamos decir que sí..., pero ¿qué es lo que existe en el Caos aparte de los desórdenes de las mentes de los dioses que se han vuelto locos?

Rackhir había tensado su arco de hueso y colocado una flecha, pero lo hizo más que nada impulsado por su propia desesperanza.

-No dispares esa flecha -le pidió Lamsar en voz baja-. No todavía.

Se quedó mirando la flecha y mascullando entre dientes.

El gigante *avanzó* despreocupadamente hacia ellos y les dijo:

-Será un placer cobraros por vuestros crímenes. Porque soy Hionhurn, el Verdugo. Vuestra muerte os resultará placentera, e insoportable vuestro destino.

Se acercó a ellos con las garras tendidas.

-¡Dispara! -gruñó Lamsar, y Rackhir acercó la cuerda del arco a su mejilla, tiró con fuerza y soltó la flecha, que fue a clavarse en el corazón del gigante-. ¡Corre! -gritó Lamsar, y a pesar de sus presentimientos, corrieron de vuelta hacia el gigantesco rugido del que acababan de huir y, al llegar al borde del mar, en lugar de correr hacia el agua, se encontraron en una cadena de montañas desnudas.

-No había flechas humanas capaces de detenerle -dijo Rackhir-. ¿Cómo lograste acabar con él?

-Utilicé un antiguo hechizo..., el Hechizo de la Justicia, que aplicado a cualquier arma, hace que ésta golpee a los injustos.

-¿Cómo pudo herir a Hionhurn, un inmortal? -inquirió Rackhir.

-En el mundo del Caos no existe la justicia..., algo constante e inflexible, sea cual fuera su naturaleza, debe dañar a cualquier siervo de los Señores del Caos.

-Hemos logrado trasponer el tercer Portal -dijo Rackhir quitándole la cuerda a su arco-, pero aún hemos de dar con el cuarto y el quinto. Hemos evitado dos peligros, pero ¿cuáles nos encontraremos ahora?

-¿Quién sabe? -dijo Lamsar, y continuaron caminado por el rocoso paso de montaña para adentrarse en un bosque fresco, a pesar de que el sol se encontraba en el cénit y brillaba con fuerza entre el espeso follaje. En aquel lugar se respiraba una tranquilidad antigua. Oyeron el canto de pájaros desconocidos y vieron unas avecillas doradas que también les resultaron nuevas.

-En este lugar se nota algo tranquilo y pacífico..., me inspira desconfianza -dijo Rackhir, pero Lamsar señaló al frente sin decir palabra.

Rackhir vio un edificio amplio con una cúpula, construido de mármol y mosaico azul. Se levantaba en un claro de hierba amarilla y el mármol brillaba como si estuviera en llamas al recibir la luz del sol.

Se acercaron al edificio y vieron que estaba sostenido por unas recias columnas de mármol, que se elevaban sobre una plataforma de jade blanco como la leche. En el centro de la plataforma, una escalera de piedra azul se alzaba en el aire para desaparecer en una abertura circular. En los costados del edificio había amplias ventanas, pero no lograron ver en el interior. Al parecer no había habitantes, y a los dos hombres les habría resultado extraño si los hubiera habido. Atravesaron el claro amarillo y subieron a la plataforma de jade. Era cálida, como si hubiera estado expuesta al sol. La piedra era tan lisa que a punto estuvieron de resbalar.

Llegaron a la escalera azul y comenzaron a ascender mirando hacia lo alto, pero no lograron ver nada. Ni siquiera intentaron preguntarse por qué invadían aquel edificio con tanta seguridad, pero actuaban de aquella manera porque les parecía lo más natural. No tenían otra salida. Aquel lugar les resultaba conocido. Rackhir lo notó, pero no supo precisar por qué. En el interior, encontraron un vestíbulo fresco y umbrío; una mezcla de oscuridad suave y de sol

brillante entraba por las ventanas. El suelo era rosa perlado y el techo de un tono escarlata subido. El vestíbulo le recordó a Rackhir el seno materno.

Parcialmente oculto por las profundas sombras apareció un umbral y, más allá, otra escalera. Rackhir miró a Lamsar y le preguntó:

-¿Continuamos explorando?

-Es preciso que alguien responda a nuestra pregunta, si es posible.

Ascendieron la escalera y se encontraron en un vestíbulo más pequeño, similar al que habían visto abajo. Sin embargo, ese vestíbulo estaba amueblado con doce anchos tronos colocados en el centro y dispuestos en semicírculo. Contra la pared, junto a la puerta, había varias sillas tapizadas en tela púrpura. Los tronos eran de oro y estaban decorados con plata fina y cubiertos con una tela blanca.

Una puerta se abrió detrás de los tronos, y apareció un hombre alto de aspecto frágil, seguido de otros cuyas caras eran casi idénticas. Sólo sus túnicas eran notablemente diferentes. Tenían el rostro pálido, casi blanco, la nariz recta y los labios finos, aunque no crueles. Sus ojos eran inhumanos, unos ojos moteados de verde que miraban fijamente con triste serenidad. El jefe de los hombres altos miró a Rackhir y a Lamsar. Hizo un movimiento con la *cabeza* y un gracioso ademán con su mano pálida, de largos dedos.

-Bienvenidos -dijo. Su voz era aguda y débil, como la de una muchacha, pero de hermosas modulaciones. Los once hombres restantes ocuparon los tronos, salvo el primero, el que había hablado, que permaneció de pie-. Sentaos, por favor -dijo.

Rackhir y Lamsar se sentaron en dos de las sillas color púrpura.

-¿Cómo habéis llegado hasta aquí? -inquirió el hombre.

-A través de los Portales del Caos -repuso Lamsar.

-¿Buscabais nuestro reino?

-No..., viajamos hacia el Dominio de los Señores Grises.

-Me lo imaginaba, pues los tuyos nos visitan muy rara vez y sólo por accidente.

-¿Dónde estamos? -preguntó Rackhir mientras el hombre se sentaba en el trono que quedaba libre.

-En un lugar más allá del tiempo. Nuestro país formó parte de la Tierra, pero en el pasado lejano se separó de ella. Nuestros cuerpos, a diferencia de los vuestros, son inmortales. Así lo hemos elegido, pero no estamos atados a nuestra carne, como vosotros.

-No te entiendo -dijo Rackhir frunciendo el ceño-. ¿Qué es lo que dices?

-Digo lo que puedo en los términos más sencillos para que tú me entiendas. Si no comprendes lo que digo, no puedo darte más explicaciones. Nos llaman los Guardianes, aunque no vigilamos nada. Somos guerreros, pero no luchamos contra nada.

-¿Qué más hacéis? -inquirió Rackhir.

-Existimos. Supongo que querréis saber dónde se encuentra el siguiente Portal.

-Sí.

-Reponed fuerzas aquí, y luego os enseñaremos el Portal.

-¿Cuál es vuestra función? -preguntó Rackhir.

-Funcionar -respondió el hombre.

-¡No sois humanos!

-Somos humanos. Vosotros os pasáis la vida persiguiendo lo que lleváis dentro y lo que podéis encontrar en cualquier otro ser humano, pero no lo buscáis allí, sino que os sentís impulsados a seguir senderos más atrayentes, perdéis el tiempo en descubrir que habéis perdido el tiempo. Me alegro de que ya no nos parezcamos a vosotros, aunque desearía que fuese legítimo ayudaros un poco más. Por desgracia, no podemos.

-La nuestra no es una búsqueda sin sentido -dijo Lamsar con tono respetuoso-. Vamos a rescatar a Tanelorn.

-¿Tanelorn? -repitió el hombre con suavidad-. ¿Sigue existiendo Tanelorn?

-Sí -repuso Rackhir-, da cobijo a hombres cansados que se muestran agradecidos por el descanso que les ofrece. -En ese momento se dio cuenta de por qué el edificio le había resultado conocido, pues poseía la misma cualidad que Tanelorn, aunque intensificada.

-Tanelorn fue la última de nuestras ciudades -dijo el Guardián-. Perdónanos por juzgaros... Pero la mayoría de los viajeros que pasan por este plano son exploradores intrépidos que carecen de un objetivo real, sólo viajan impulsados por excusas y razones imaginarias. Debéis de amar a Tanelorn para arriesgaros a afrontar los peligros de los Portales.

-La amamos mucho -dijo Rackhir-, y os estoy agradecido por haberla construido.

-La construimos para nosotros, pero es bueno saber que otros la han utilizado bien..., y ella a ellos.

-¿Nos ayudaréis? -preguntó Rackhir-. ¿Por Tanelorn?

-No podemos..., no es legal. Y ahora, reponed energía y sed bienvenidos.

Los dos viajeros recibieron alimentos, a la vez blandos y crujientes, dulces y agrios, y bebidas que parecían entrarles por los poros de la piel al tragarlas. Y cuando hubieron comido y bebido, el Guardián les dijo:

-Hemos provocado la construcción de un camino. Seguidlo y entrad en el mundo siguiente. Pero os advertimos que se trata del más peligroso de todos.

Y así emprendieron viaje por el camino cuya construcción habían provocado los Guardianes, y después de trasponer el cuarto Portal, entraron en un reino espantoso: el Reino de la Ley.

En el cielo gris no había brillo ni movimiento alguno que estropeara su tonalidad.

Nada interrumpía la sombría llanura gris que se extendía por todas partes, infinitamente. No había horizonte. Aquél era un desierto limpio y brillante. En el aire se notaba la presencia de algo pasado, de algo que había desaparecido dejando un aura leve de su paso.

-¿Qué peligros podría haber aquí -preguntó Rackhir echándose a temblar-, si aquí no hay nada?

-El peligro de la más desolada de las locuras -respondió Lamsar. La llanura gris se tragó sus voces-. Cuando la Tierra era muy joven -prosiguió Lamsar, y sus palabras se perdieron en la desolación-, las cosas eran así..., pero había mares, había mares. Y aquí no hay nada.

-Te equivocas -dijo Rackhir con una leve sonrisa-. Lo he pensado y aquí hay algo..., la Ley.

-Es verdad..., pero ¿de qué sirve la Ley si no se tienen dos opciones entre las cuales elegir? Aquí hay Ley... pero privada de justicia.

Continuaron caminando acompañados por la sensación de algo intangible que en otros tiempos había sido tangible. Prosiguieron viaje por aquel mundo yermo de la Ley Absoluta.

Al cabo de cierto tiempo, Rackhir vio algo. Algo que se agitaba, desaparecía para volver a aparecer hasta que al acercarse, notaron que se trataba de un hombre. Tenía una cabeza grande, noble y firme, y su cuerpo era fuerte, pero su rostro estaba crispado en una mueca torturada, y no pareció verlos cuando se le acercaron.

Se detuvieron ante él y Lamsar tosió para llamarle la atención. El hombre volvió la enorme cabeza y los contempló, abstraído; al cabo de unos instantes, la mueca desapareció para dar paso a una expresión más sosegada y pensativa.

-¿Quién eres? -le preguntó Rackhir.

-Todavía no -dijo el hombre lanzando un suspiro-. Al parecer, todavía no. Más fantasmas.

-¿Que nosotros somos fantasmas? -Rackhir sonrió-. Pues esa parece una naturaleza más propia de ti que de nosotros.

Contempló como el hombre comenzaba a desvanecerse lentamente, hasta que su silueta se hizo menos definida y se fundió. El cuerpo pareció dar un gran salto, como un salmón que intenta saltar una presa, y entonces volvió a tener una forma más sólida.

-Creía haberme deshecho de todo lo que era superfluo, salvo mi propia y obstinada forma -dijo el hombre con tono cansado-, pero he aquí que vuelve a mí. ¿Acaso me falla la razón..., es que mi lógica ya no es lo que era?

-No temas -dijo Rackhir-, somos seres materiales.

-Justo lo que me temía. Me he pasado toda una eternidad arrancando las capas de irrealidad que oscurecen la verdad. En el último acto casi lo había logrado, y ahora os presentáis vosotros. Creo que mi mente ya no es lo que era.

-¿Acaso te preocupa que no existamos? -inquirió Lamsar despacio, con una sonrisa inteligente.

-Sabes que no es verdad... pues vosotros no existís, del mismo modo que yo tampoco existo. -Volvió la mueca, sus facciones se crisparon y el cuerpo se desvaneció otra vez para adoptar, una vez más, su naturaleza anterior. El hombre suspiró-. Me traiciono a mí mismo al

contestar a vuestras preguntas, pero supongo que un poco de relajación me permitirá descansar mis poderes y prepararme para el esfuerzo de voluntad final que me conducirá a la verdad suprema, la verdad del no ser.

-Pero el no ser implica no pensar, no desear, no actuar -dijo Lamsar-. No serías capaz de someterte a semejante destino, ¿verdad?

-El yo no existe. Soy la única cosa pensante de la creación..., soy casi la *razón* pura. Un esfuerzo más y seré lo que deseo ser..., la única verdad en este universo inexistente. Pero para ellos, primero he de deshacerme de todo lo extraño que me rodea, como vosotros mismos, por ejemplo, y entonces, podré dar el salto final que me permitirá alcanzar la única realidad.

-¿Y cuál es?

-El estado de inexistencia absoluta donde no hay nada que perturbe el orden de las cosas porque no existe un orden de las cosas.

-Una ambición nada constructiva -comentó Rackhir.

-Construcción, he ahí una palabra sin sentido... como todas las palabras, como eso que llaman existencia. El todo significa la nada..., he ahí la única verdad.

-¿Qué me dices de este mundo? Por yermo que sea, aún tiene luz y roca firme. No has logrado eliminarlo de la existencia mediante el razonamiento -le hizo notar Lamsar.

-Dejará de existir cuando yo deje de existir -repuso el hombre lentamente-, al igual que vosotros. Entonces sólo quedará la nada y la Ley reinará sin rivales.

-Pero la Ley no puede reinar..., y según tu lógica, tampoco podría existir.

-Te equivocas..., la inexistencia es la Ley. La inexistencia, la nada, he ahí el objeto de la Ley. La Ley es el camino que conduce a su estado último, el estado del no ser.

-Bien -dijo Lamsar, pensativo-, entonces será mejor que nos digas dónde encontrar el siguiente Portal.

-No hay ningún Portal.

-Si lo hubiera, ¿dónde lo encontraríamos? -insistió Rackhir.

-Si ese Portal existiera, que no existe, habría estado en el interior de la montaña, cerca de lo que antes se llamaba el mar de la Paz.

-¿Dónde estaba eso? -preguntó Rackhir, consciente de la difícil situación en la que se encontraban. No había allí hitos, ni sol, ni estrellas..., nada que les permitiera determinar el rumbo.

-Cerca de la Montaña de la Severidad.

-¿Por dónde se va? -inquirió Lamsar al hombre.

-Por allá fuera..., más allá..., en dirección a ninguna parte.

-Si tú consigues cuanto persigues, ¿adonde iremos a parar nosotros?

-A alguna parte distinta de la anterior. La verdad es que no puedo contestarte. Pero

como en realidad no habéis existido nunca, por lo tanto, podéis continuar camino nimbo a la no realidad. Sólo yo soy real... y no existo.

-Así no vamos a ninguna parte -dijo Rackhir con una sonrisa presuntuosa que se transformó en un gesto ceñudo.

-Sólo mi mente mantiene a raya la no realidad -dijo el hombre-, y he de concentrarme, de lo contrario todo volverá en tropel y tendré que volver a comenzar desde el principio. Al principio, era el todo..., el Caos. Yo no creé nada.

Resignado, Rackhir tensó su arco, colocó en él una flecha y apuntó al hombre de rostro ceñudo.

-¿Deseas no ser? -le preguntó.

-Ya te lo he dicho -repuso. La flecha de Rackhir le atravesó el corazón; su cuerpo se desvaneció, se volvió sólido y cayó sobre la hierba, y de inmediato, se vieron rodeados de montañas, selvas y ríos. Se trataba de un mundo pacífico y ordenado, y Rackhir y Lamsar lo saborearon mientras continuaban viaje en busca de la Montaña de la Severidad. No parecía haber vida animal, y hablaron, asombrados, del hombre que se habían visto obligados a matar, hasta que, finalmente, llegaron a una enorme pirámide lisa que, aunque de origen natural, parecía haber sido tallada. Caminaron alrededor de su base hasta dar con una abertura.

No cabía duda de que aquella era la Montaña de la Severidad y de que no lejos de allí se extendía un océano tranquilo. Entraron por la abertura y se encontraron con un delicado paisaje. Habían logrado trasponer el último Portal y se encontraban ya en el Dominio de los Señores Grises.

Vieron árboles que parecían telarañas inmóviles.

Aquí y allá había estanques azules poco profundos, con espejos de agua y graciosas rocas que surgían dentro de ellos y alrededor de sus orillas. A lo lejos, las suaves colinas se fundían en un horizonte amarillo pastel, teñido de rojo, naranja y azul.

Se sintieron grandes, torpes, como voluminosos gigantes, al pisar la hierba fina y corta. Tuvieron la sensación de estar destruyendo la santidad de aquel lugar.

Entonces vieron que una muchacha caminaba hacia ellos.

Se detuvo cuando se fueron acercando a ella. Vestía unas túnicas negras cuyos pliegues volaban a su alrededor como agitados por el viento, pero no había viento. La muchacha tenía el rostro pálido y afilado, y unos ojos negros, enormes y enigmáticos. De su largo cuello pendía una joya.

-Sorana -dijo Rackhir con voz apagada-, estabas muerta.

-Desaparecida -dijo ella-. Y vine a parar aquí. Me avisaron que llegarías y decidí venir a tu encuentro.

-Pero éste es el Domino de los Señores Grises..., y tú sirves al Caos.

-Es verdad... pero el Tribunal de los Señores Grises acoge a muchos, vengan de la Ley, del Caos o de donde sea. Acompáñame, te llevaré hasta allí.

Asombrado, Rackhir dejó que los condujera por el extraño terreno, y Lamsar fue tras él.

En otros tiempos, Sorana y Rackhir habían sido amantes en Yeshpotoom-Kahlai, la Fortaleza Impía, donde el mal florecía y era hermoso. Sorana, hechicera y aventurera, carecía de conciencia, pero sentía un gran aprecio por el Arquero Rojo, pues éste había llegado una noche a Yeshpotoom-Kahlai, cubierto de sangre, después de haber sobrevivido a un extraño combate entre los Caballeros de Tumbru y los Bandoleros de Loheb Bakra. Habían transcurrido siete años desde entonces, y él la había oído gritar cuando los Asesinos Azules habían entrado sigilosamente en la Fortaleza Impía, dispuestos a asesinar a los hacedores del mal. Aquel grito lo había sorprendido cuando se disponía a marcharse apresuradamente de Yeshpotoom-Kahlai, y le había parecido poco sensato investigar algo que, a todas luces, había sido un grito de muerte. Y ahí la tenía, ante él..., y si estaba allí, entonces sería por un poderoso motivo, y por conveniencia de ella. Por otra parte, a Sorana le interesaba servir al Caos, por lo que más le valía sospechar de ella.

En la lejanía vieron unas enormes tiendas de un tono gris rielante que, a la luz, parecían compuestas por todos los colores. Entre las tiendas, la gente se movía con lentitud, y de aquel lugar emanaba un aire de inactividad.

-Aquí es donde los Señores Grises reúnen su tribunal transitorio -dijo Sorana sonriéndole y tomándolo de la mano-. Vagan por sus tierras y llevan consigo pocos artefactos y casas provisorias, como puedes ver. Te darán la bienvenida si les resultas interesante.

-Pero ¿van a ayudarnos?

-Pregúntale a ellos.

-Estás comprometida con Eequor del Caos -le hizo notar Rackhir-, y debes ayudarla a ella y no a nosotros, ¿no es así?

-Te ofrezco una tregua -le dijo con una sonrisa-. Sólo puedo informar al Caos de vuestros planes y, si los Señores Grises os ayudaran, debo decirles cómo, si logro averiguarlo.

-Eres franca, Sorana.

-Aquí hay hipocresías más sutiles..., y la mentira más sutil de todas es la pura verdad -dijo mientras entraban en la zona de altas tiendas y se dirigían a una en particular.

En otro reino de la Tierra, la enorme horda atravesaba en una loca carrera los pastizales del norte, dando gritos y cantando tras su jefe, un jinete de negra armadura. Se iban acercando cada vez más a la solitaria Tanelorn; sus abigarradas armas brillaban en las nieblas del atardecer. Al igual que una marejada hirviente de insensatos, la turba avanzaba, impulsada por el odio histérico hacia Tanelorn que Narjhan había sembrado en sus corazones. Ladrones, asesinos, chacales, buscadores de carroña... era una horda de famélicos, pero era enorme...

En Tanelorn, los rostros de los guerreros se ensombrecían a medida que los batidores y exploradores entraban en la ciudad portando mensajes y cálculos sobre la fuerza del ejército de pordioseros.

Brut, vestido con la armadura plateada propia de su rango, sabía que habían transcurrido dos días completos desde que Rackhir partiera con destino al Desierto de los Suspiros. Tres días más y la ciudad sería engullida por la poderosa chusma de Narjhan; sabían que no había posibilidades de detener su avance. Podían marcharse y dejar a Tanelorn abandonada a su destino, pero no lo hicieron. Ni siquiera el débil Uroch lo hizo. Porque

Tanelorn, la Misteriosa, les había otorgado un poder secreto que cada uno de ellos creía suyo, una fuerza que los llenó después de haber sido hombres vacíos. Se quedaron por puro egoísmo, porque abandonar Tanelorn a su destino *habría,* significado volver a ser hombres vacíos, algo que todos temían.

Brut, el jefe, preparó la defensa de Tanelorn, una defensa que podría haber bastado para contener al ejército de pordioseros, pero que no sería suficiente para luchar contra ellos y el Caos. Brut se estremeció al pensar que si el Caos había dirigido todas sus fuerzas contra Tanelorn, no tardarían en encontrarse todos llorando en el Infierno.

Sobre Tanelorn se elevó una nube de polvo, levantada por los cascos de los caballos de los batidores y los mensajeros. Uno de ellos traspuso la puerta mientras Brut vigilaba. Detuvo su cabalgadura ante el noble. Era un mensajero de Kaarlak, situada junto al Erial de los Sollozos, una de las ciudades más importantes y más cercanas a Tanelorn.

-Pedí ayuda en Kaarlak -anunció jadeando el mensajero-, pero tal como suponíamos, jamás han oído hablar de Tanelorn y sospecharon que fuese un emisario del ejército de pordioseros enviado para tenderles una trampa a sus nuevas fuerzas. Supliqué a los Senadores que nos auxiliaran, pero se negaron.

-¿No estaba allí Elric? Él conoce Tanelorn.

-No, no estaba. Se rumorea que está luchando contra el Caos, pues los esbirros enviados por éste capturaron a Zarozinia, su esposa, y ha ido tras ellos. Al parecer, el Caos está cobrando fuerzas en todos los confines de nuestro reino.

Brut palideció.

-¿Qué me dices de Jadmar..., nos enviará Jadmar sus guerreros? -inquirió el mensajero con urgencia, pues muchos habían sido enviados a solicitar ayuda a las ciudades más cercanas.

-No lo sé -respondió Brut-, pero da igual, pues el ejército de pordioseros se encuentra a apenas tres días de marcha de Tanelorn, y las fuerzas jadmarianas tardarían dos semanas en llegar hasta aquí.

-¿Y Rackhir?

-No sé nada de él, y aún no ha regresado. Tengo el presentimiento de que no volverá. Tanelorn está perdida.

Rackhir y Lamsar hicieron una reverencia ante los tres hombrecitos, sentados en la tienda, pero uno de ellos les dijo, impaciente:

-No os humilléis ante nosotros, amigos, pues nosotros somos más humildes que nadie.

Los dos hombres se incorporaron y esperaron a que volvieran a dirigirles la palabra.

Los Señores Grises daban por sentada la humildad, pero al parecer, ésa era su mayor ostentación, pues era para ellos motivo de orgullo. Rackhir se dio cuenta de que tendría que recurrir a la adulación sutil y no estaba seguro de poder hacerlo, pues él era guerrero y no cortesano ni diplomático. Lamsar también se dio cuenta de la situación y dijo:

-Señores, nos enorgullecemos de haber venido a veros para aprender las verdades más simples, que son las únicas verdades..., las que vosotros podáis enseñarnos.

El portavoz sonrió modestamente y repuso:

-No somos quiénes para definir la verdad, lo único que podemos hacer es ofreceros nuestros pensamientos incompletos. Quizá podrían resultaros interesantes o ayudaros a encontrar vuestras propias verdades.

-Así es -dijo Rackhir sin saber a ciencia cierta con qué estaba de acuerdo, pero juzgó que era lo mejor-. Nos preguntábamos si no tendríais alguna sugerencia que hacernos en relación con el asunto que nos preocupa..., la protección de nuestra Tanelorn.

-Seríamos incapaces de mostrarnos tan orgullosos como para imponer nuestros criterios. No somos intelectos superiores -repuso el portavoz, imperturbable-. Además, no confiamos en nuestras propias decisiones; quién sabe si no pueden llegar a ser equivocadas o a fundamentarse en informaciones falsas.

-Ciertamente -dijo Lamsar, considerando que debía adularlos utilizando para ello la humildad de la que hacían gala-, y es una suerte para nosotros, Señores míos, que no confundamos el orgullo con el conocimiento, pues es el hombre callado, que observa y dice poco, quien más ve. Por tanto, aunque sabemos que no confiáis en que vuestras sugerencias o vuestra ayuda puedan ser útiles, a pesar de ello, tomamos ejemplo de vuestra conducta y humildemente os preguntamos si conocéis alguna forma en la que podamos rescatar a Tanelorn.

Rackhir apenas había podido seguir las complejidades del argumento aparentemente cándido de Lamsar, pero notó que los Señores Grises estaban satisfechos. Entretanto, por el rabillo del ojo observaba a Sorana. La mujer sonreía para sí, y resultaba evidente, por las características de su sonrisa, que se estaban comportando del modo correcto. Sorana escuchaba atentamente, y Rackhir maldijo para sus adentros que los Señores del Caos estuvieran al tanto de todo y que, aunque él y Lamsar lograsen obtener la ayuda de los Señores Grises, pudiesen prever y detener cualquier acción que emprendiesen para salvar a Tanelorn.

El portavoz conferenció con sus compañeros en una lengua diáfana y finalmente dijo:

-Son raras las ocasiones que se nos presentan de tratar con hombres tan valientes e inteligentes. ¿Cómo pueden nuestras mentes insignificantes auxiliaros de un modo ventajoso?

Rackhir se dio cuenta de repente de que, después de todo, los Señores Grises no eran demasiado listos, y a punto estuvo de echarse a reír. Gracias a sus adulaciones habían obtenido la ayuda que buscaban.

-Narjhan del Caos -repuso- capitanea un inmenso ejército de escoria humana, un ejército de pordioseros, y ha jurado destruir Tanelorn y matar a sus habitantes. Necesitamos la ayuda de algún tipo de magia para combatir a alguien tan poderoso como Narjhan y derrotar a los pordioseros.

-Pero Tanelorn no puede ser destruida... -dijo uno de los Señores Grises.

-Es eterna -dijo otro.

-Pero esta manifestación -murmuró el tercero-. Ah..., sí...

-En Kaleef hay unos escarabajos -añadió un Señor Gris que no había hablado hasta ese momento- que poseen un veneno peculiar.

-¿Escarabajos, mi señor? -inquirió Rackhir.

-Son grandes como mamuts -dijo el tercer Señor-, pero pueden cambiar de tamaño... y alterar también el tamaño de su presa si es demasiado grande para sus gaznates.

-Con respecto a ese asunto -dijo el portavoz-, existe una quimera que vive en las montañas, al sur de aquí... También puede cambiar de forma y lleva dentro de sí un gran odio hacia el Caos, pues el Caos fue quien la alimentó y la abandonó sin una forma propia.

-En Himerschal hay cuatro hermanos dotados de poderes mágicos -dijo el segundo Señor, para ser interrumpido por el primero.

-Esa magia no les sirve si abandonan su dimensión -dijo-. Sin embargo, había pensado en revivir al Mago Azul.

-Es demasiado peligroso. Además, está fuera de nuestros poderes -dijo su compañero.

Continuaron discutiendo durante un rato; Rackhir y Lamsar esperaban en silencio.

Al cabo de un tiempo, el portavoz dijo:

-Hemos decidido que los Barqueros de Xerlerenes son quizá los mejores equipados para ayudaros en la defensa de Tanelorn. Debéis ir a las montañas de Xerlerenes y encontrar allí su lago.

-Un lago -dijo Lamsar-, en una cadena de montañas. Ya.

-No -dijo el Señor Gris-, su lago se encuentra encima de las montañas. Buscaremos a alguien que os acompañe. Quizá los Barqueros puedan ayudaros.

-¿No podéis garantizarnos nada más?

-No, nada más..., no es nuestra misión entrometernos. Ellos son quienes han de decidir si desean ayudaros o no.

-Ya -dijo Rackhir-, gracias.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que se marchara de Tanelorn? ¿Cuánto faltaba para que el ejército de pordioseros de Narjhan llegara a la ciudad? ¿Acaso habría llegado ya?

De pronto tuvo una idea. Buscó a Sorana, pero la muchacha había abandonado la tienda.

-¿Dónde se encuentra Xerlerenes? -inquirió Lamsar.

-No está en nuestro reino -repuso uno de los Señores Grises-, acompañadme, os buscaremos un guía.

Sorana pronunció las palabras necesarias que la llevaron de inmediato al medio mundo azul con el que tan familiarizada estaba. En él no había más colores, sólo las infinitas tonalidades del azul. Allí esperó hasta que Eequor se percató de su presencia. En aquella eternidad, no supo precisar cuánto tiempo había esperado.

La horda de pordioseros se detuvo disciplinada y lentamente al recibir una señal de su jefe. Del yelmo que estaba siempre cerrado salió una voz hueca.

-Mañana marcharemos contra Tanelorn..., el momento que habíamos esperado está muy cerca. Acampad ahora. Mañana Tanelorn será castigada y las piedras de sus casas serán polvo en el viento.

El millón de pordioseros cacareó de contento y se pasó la lengua por los labios delgados. Ni uno solo de ellos preguntó por qué habían viajado hasta tan lejos, y eso se debió al poder de Narjhan.

En Tanelorn, Brut y Zas, el Manco, discutían en tonos pacíficos y medidos acerca de la naturaleza de la muerte. Los dos estaban tristes, menos por ellos que por Tanelorn, que no tardaría en perecer. Afuera, un ejército digno de compasión intentaba formar un cordón alrededor de la ciudad, pero no lograba rellenar los huecos entre los hombres, porque había muy pocos. En las casas ardía la lumbre como si fuera por última vez, y la llama de las velas oscilaba con pesar.

Sorana, que sudaba como solía hacerlo en circunstancias parecidas, regresó al plano ocupado por los Señores Grises y descubrió que Rackhir, Lamsar y su guía se disponían a partir. Eequor le había dicho lo que debía hacer: debía ponerse en contacto con Narjhan. Los Señores del Caos se encargarían del resto. La muchacha le lanzó un beso a su antiguo amante cuando lo vio salir al galope del campamento e internarse en la noche. Él le sonrió, desafiante, pero cuando volvió la cara y ella ya no lo veía, frunció el ceño; los tres jinetes cabalgaron en silencio hacia el Valle de las Corrientes, donde entraron en el mundo en el que se encontraban las Montañas de Xerlerenes. En cuanto llegaron, se les presentó el peligro.

Su guía, un peregrino llamado Timeras, señaló hacia el cielo nocturno que se veía perfilado contra los peñascos escalpados.

-En este mundo dominan los espíritus del aire -dijo-. ¡Mirad!

Vieron una bandada de búhos, de enormes ojos brillantes, que se lanzaba en picado ominosamente. Sólo cuando se hubieron acercado, los hombres se dieron cuenta de que se trataba de unos búhos enormes, casi del tamaño de una persona. Sin desmontar, Rackhir tensó el arco.

-¿Cómo han podido enterarse tan pronto de nuestra presencia? -inquirió Timeras.

-Sorana -repuso Rackhir, sin dejar de preparar su arco-, debió de advertir a los Señores del Caos, y ellos han enviado a estos horribles pájaros.

Cuando la primera de estas aves se abalanzó sobre su presa, mostrando sus enormes garras, con el inmenso pico abierto, él le disparó una flecha al cuello, y el búho lanzó un chillido y se elevó en el aire. De su arco arrullador salieron muchas flechas que dieron en el blanco; Timeras había sacado su espada y se defendía de ellos, agachándose cuando los búhos bajaban en picado.

Lamsar observaba la batalla sin tomar parte en ella, parecía pensativo en un momento en que debía reaccionar.

-Si en este mundo dominan los espíritus del aire -dijo-, entonces no les gustará nada encontrarse con una fuerza más poderosa de otros espíritus. -Y mientras esto decía, se devanaba los sesos tratando de recordar un encantamiento.

A Rackhir sólo le quedaban dos flechas en el carcaj cuando por fin lograron ahuyentar a los búhos. Era evidente que los pájaros no habían sido utilizados nunca contra presas que se defendieran, y por eso, no habían luchado con demasiado lucimiento a pesar de su superioridad numérica.

-Nos esperan más peligros -dijo Rackhir un tanto tembloroso-, pues los Señores del Caos utilizarán otros medios para detenernos. ¿A qué distancia se encuentra Xerlerenes?

-No muy lejos -repuso Timeras-, pero el camino es difícil.

Continuaron cabalgando seguidos de Lamsar, que iba sumido en sus pensamientos.

Picaron espuelas obligando a sus caballos a subir por un empinado sendero de montaña; abajo quedaba un profundísimo precipicio. Rackhir, a quien no le hacían demasiada gracia las alturas, se mantuvo lo más pegado posible a la ladera de la montaña. De haber tenido dioses a los cuales rogar, les habría implorado ayuda.

Los enormes peces se acercaron a ellos volando, o nadando, cuando doblaron una curva. Eran semiluminosos, grandes como tiburones pero con aletas más amplias que utilizaban para planear en el aire como si fueran rayas. Resultaba evidente que se trataba de peces. Timeras desenvainó la espada, pero Rackhir sólo tenía dos flechas, que de todos modos no le habrían servido de nada, pues había cientos de peces.

Lamsar se echó a reír y con voz de falsete dijo:

-¡Crackhor... pishtasta salallar!

En el cielo negro aparecieron unas enormes bolas de fuego multicolor que fueron adquiriendo unas extrañas formas bélicas que se lanzaron sobre los peces.

Las formas ígneas quemaron a los enormes peces y éstos cayeron incinerados al precipicio en medio de terribles chillidos.

-¡Espíritus del fuego! -exclamó Rackhir.

-Los espíritus del aire temen a estos seres -dijo Lamsar tranquilamente.

Los seres ígneos los acompañaron el resto del trayecto hasta Xerlerenes y aún seguían con ellos cuando amaneció, pues tu- vieron que ahuyentar a los muchos otros peligros que los Señores del Caos habían enviado contra ellos.

Al alborear vieron las barcas de Xerlerenes, ancladas en un cielo sereno con las velas plegadas; las nubes algodonosas jugueteaban alrededor de sus estilizadas quillas.

-Los Barqueros viven a bordo de sus barcas -anunció Time-ras-, porque son ellas las que desafían las leyes de la naturaleza, no ellos.

limeras ahuecó ambas manos, las acercó a la boca y gritó en el tranquilo aire de la montaña:

-¡Barqueros de Xerlerenes, hombres libres del aire, he aquí unos huéspedes en busca de ayuda!

Una cara negra y barbuda apareció por encima de la borda de una de las embarcaciones rojo doradas. El hombre se llevó una mano a la frente para protegerse del sol naciente y miró hacia abajo, donde ellos se encontraban. Luego volvió a desaparecer.

Al cabo de un rato, una escalera de finas tiras de cuero bajó serpenteando hasta donde se encontraban sus caballos, en la cima de la montaña, limeras la aferró, tiró para comprobar su firmeza y comenzó a subir. Rackhir tendió la mano y sujetó la escalera para que el guía ascendiera mejor. Parecía demasiado delgada para aguantar el peso de un hombre, pero en cuanto la tuvo entre las manos, se dio cuenta de que era la escalera más fuerte que había visto.

Lamsar gruñó cuando vio que Rackhir le hacía señas para que subiera, pero lo hizo con mucha destreza. Rackhir fue el último; fue tras sus compañeros y ascendió la escalera elevándose en el cielo entre los escarpados peñascos, hacia la embarcación que navegaba en el aire.

La flota estaba compuesta por unas veinte o treinta naves y Rackhir pensó que con su ayuda había bastantes posibilidades de rescatar a Tanelorn..., si Tanelorn continuaba en pie. Porque, de todos modos, Narjahn estaría al tanto de la naturaleza de la ayuda que buscaba.

Los perros hambrientos recibieron el amanecer con sus ladridos famélicos, y la horda de pordioseros, que ya comenzaba a ponerse en marcha, vio que Narjhan había montado en su caballo y hablaba con una recién llegada, una muchacha ataviada con negras túnicas cuyos pliegues volaban a su alrededor como agitados por el viento, pero no había viento. De su largo cuello pendía una joya.

Cuando hubo concluido su conversación con la recién llegada, Narjhan dio órdenes para que le trajeran un caballo, y la muchacha lo siguió a poca distancia cuando el ejército de pordioseros avanzó para cubrir la última etapa de su detestable viaje a Tanelorn.

Cuando vieron la hermosa Tanelorn y lo mal vigilada que estaba, los pordioseros se echaron a reír, pero Narjhan y la recién llegada miraron hacia el cielo.

-*Quizá hayamos llegado a tiempo* -dijo la voz hueca, y dio la orden de atacar.

Aullando, los pordioseros echaron a correr hacia Tanelorn. El ataque había comenzado.

Brut se irguió en la silla de montar; las lágrimas le resbalaban por las mejillas y hacían brillar su barba. En una mano enguantada empuñaba la enorme hacha de guerra y en la otra sostenía la maza con púas, cruzada sobre la silla. Zas, el Manco, aferró el pesado chafarote con el dorado león rampante del pomo apuntando hacia abajo. Con ese acero había logrado conquistar una corona en Andlermaigne, pero dudaba que lograse defender con éxito la paz que había conseguido en Tanelorn. A su lado, Uroch de Nieva, pálido pero iracundo, contemplaba el implacable avance de la horda de harapientos.

Aullando como posesos, los pordioseros se encontraron con los guerreros de Tanelorn, y a pesar de que éstos estaban en inferioridad de condiciones, lucharon desesperadamente

pues defendían algo más que la vida o los amores: defendían aquello que les había dado un motivo para vivir.

Narjhan observaba la batalla montado en su cabalgadura, con Sorana a su lado, pues no podía tomar parte activa en la lucha, debía limitarse a mirar y, de ser necesario, utilizar la magia para ayudar a sus rehenes humanos o defender su persona.

Por increíble que pareciera, los guerreros de Tanelorn lograron contener a la enfurecida horda de pordioseros; sus armas, cubiertas de sangre, se elevaban y caían en aquel mar de carne, y brillaban bajo la luz del rojo amanecer.

El sudor se mezclaba con las lágrimas saladas en la barba erizada de Brut; el guerrero saltó ágilmente de su caballo negro cuando el animal fue alcanzado por el enemigo. *Lanzó* el noble grito de guerra de sus antepasados y, aunque por su trayectoria no tenía derecho a usarlo, dejó que escapara de él mientras asestaba golpes a diestro y siniestro con su hacha guerrera y su maza. Pero luchaba inútilmente pues Rackhir no había llegado y Tanelorn no tardaría en sucumbir. Su único consuelo era que moriría con la ciudad, y que su sangre se entremezclaría con sus cenizas.

Zas también se desempeñó muy bien antes de morir con el cráneo partido. Su cuerpo viejo se retorció cuando los pordioseros le pasaron por encima en estampida para abalanzarse sobre Uroch de Nieva. La espada de pomo dorado continuaba prendida de su única mano y su alma voló hacía el Limbo cuando Uroch también fue eliminado en la lucha.

De repente, en el cielo aparecieron los barcos de Xerlerenes; Brut miró hacia arriba y supo que Rackhir había llegado por fin, aunque quizá demasiado tarde.

Narjhan también vio los barcos y ya estaba preparado.

Surcaban el cielo, acompañados por los espíritus del fuego convocados por Lamsar. Los espíritus del aire y el fuego habían sido llamados para rescatar a la debilitada Tanelorn...

Los Barqueros prepararon sus carros y se dispusieron a tomar parte en la guerra. Sus negros rostros tenían una expresión concentrada y tras las pobladas barbas sonreían. Llevaban atavíos guerreros e iban armados hasta los dientes: largos tridentes, redes de acero, espadas curvadas, largos arpones. Rackhir se encontraba en la proa de la nave insignia; llevaba el carcaj repleto de las finas flechas que le habían prestado los Barqueros. Allá abajo vio a Tanelorn y sintió alivio al comprobar que continuaba en pie.

Alcanzó a ver la masa de guerreros que había en tierra, pero desde el cielo se hacía muy difícil distinguir entre amigos y enemigos. Lamsar llamó a los briosos espíritus del fuego y les dio instrucciones. Tuneras sonrió y preparó la espada mientras los barcos iban bajando mecidos por el viento.

Rackhir observó a Narjhan y vio que Sorana estaba a su lado.

-La muy perra le ha avisado..., nos espera -dijo Rackhir, mojándose los labios y sacando una flecha del carcaj.

Los barcos de Xerlerenes bajaron guiados por las corrientes de aire, con las doradas velas hinchadas, y la tripulación de guerreros asomada por la borda, ansiosa por entrar en lucha.

Y entonces, Narjhan invocó a la *Kyrenee.*

Inmensa como una nube tormentosa, negra como el Infierno del cual provenía, la *Kyrenee* comenzó a crecer en el aire y a mover su masa informe en dirección a los barcos de Xerlerenes, al tiempo que lanzaba hacia ellos unos zarcillos venenosos. Los Barqueros gimieron cuando los zarcillos se enroscaron alrededor de sus cuerpos desnudos y los aplastaron.

Lamsar llamó de inmediato a los espíritus del fuego, éstos se elevaron de la masa de pordioseros a la que habían estado devorando, se reunieron para formar una inmensa llama que avanzó para hacer frente a la *Kyrenee.*

Las dos masas se encontraron provocando una explosión de luces multicolores que encegueció al Arquero Rojo y sacudió a los barcos, haciendo que varios de ellos zozobraran, enviando a sus tripulaciones a morir en el suelo.

De la masa ígnea salieron llamas por doquier y del cuerpo de la *Kyrenee* partió una lluvia de negro veneno que acabó con la vida de cuanto tocaba antes de hacerlo desaparecer.

Un terrible hedor flotaba en el aire: olor de carne quemada, de elementos que nunca debieron encontrarse.

La *Kyrenee* murió en medio de terribles gritos, mientras que los espíritus del fuego, vivos o moribundos, al emprender el regreso a su propia esfera se desvanecieron. La masa que quedaba de la enorme *Kyrenee* descendió lentamente hacia la tierra, donde cayó sobre los miserables pordioseros causándoles la muerte, y dejando en el suelo una mancha húmeda en la que destacaban los huesos de los mendigos.

-¡Deprisa! -gritó Rackhir-. ¡Acabad la lucha antes de que Narjahn invoque más horrores!

Las naves bajaron mientras los Barqueros lanzaban sus redes de acero con las que pescaron grandes cantidades de pordioseros que subían a bordo para rematarlos con sus tridentes y sus lanzas.

Rackhir disparó una flecha tras otra y tuvo la satisfacción de comprobar que cada una de ellas iba a clavarse en cada uno de los pordioseros a los que apuntaba. Los demás guerreros de Tanelorn, conducidos por Brut, empapado en sangre pero sonriente ante la victoria, cargaron contra los desconcertados pordioseros.

Narjhan permaneció donde estaba mientras los mendigos huían despavoridos pasando ante él y la muchacha. Sorana parecía asustada; levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Rackhir. El Arquero Rojo la apuntó con una flecha, cambió de parecer y le disparó a Narjhan. La flecha se enterró en la negra armadura pero no afectó al Señor del Caos.

En ese momento, los Barqueros de Xerlerenes lanzaron su red más grande desde el barco en que navegaba Rackhir y pescaron al Señor Narjhan y a Sorana.

Gritando de alegría, tiraron de la red para izar a bordo los cuerpos y Rackhir corrió a inspeccionar la pesca. Sorana tenía un arañazo en la cara que le había producido la red, pero el cuerpo de Narjhan yacía inmóvil.

Rackhir le arrebató el hacha a uno de los Barqueros y de un golpe le arrancó a Narjhan el yelmo al tiempo que lo inmovilizaba poniéndole un pie sobre el pecho.

-¡Ríndete, Narjhan del Caos! -le gritó con irrefrenable alegría.

La victoria le había arrebatado toda ecuanimidad, pues era la primera vez que un mortal vencía a un Señor del Caos.

Pero la armadura estaba vacía, aunque alguna vez hubiese llevado dentro un cuerpo, y Narjhan había desaparecido.

Se hizo la calma a bordo de los barcos de Xerlerenes y sobre la ciudad de Tanelorn. Los guerreros que quedaban se reunieron en la plaza de la ciudad para celebrar la victoria.

Friagho, el Capitán de Xerlerenes, se acercó a Rackhir y encogiéndose de hombros le dijo:

-No hemos cogido lo que queríamos..., pero con esto nos conformamos. Gracias por la pesca, amigo.

-Gracias por vuestra ayuda -le dijo Rackhir con una sonrisa al tiempo que aferraba a Friagho por el hombro-. Nos habéis hecho un gran favor.

Friagho volvió a encogerse de hombros, y se dirigió a sus redes con el tridente dispuesto. De repente, Rackhir le gritó:

-¡No, Friagho! Ésa no, deja que me quede con el contenido de esa red.

Sorana, que seguía atrapada en la red, parecía inquieta, y como si hubiera preferido ser traspasada por el tridente de Friagho.

-De acuerdo, Arquero Rojo, allá abajo hay muchos más -dijo Friagho, y tiró de la red para soltar a Sorana.

Temblando, la muchacha se incorporó y miró a Rackhir con recelo.

Rackhir le sonrió y le ordenó:

-Ven aquí, Sorana.

La muchacha se acercó a él y se quedó mirando su huesuda cara de halcón con los ojos desmesuradamente abiertos. Rackhir lanzó una carcajada, la levantó en brazos y se la echó al hombro.

-¡Tanelorn está a salvo! -gritó-, ¡Aprenderás a amar su paz junto conmigo!

Dicho lo cual comenzó a bajar la escalera que los Barqueros habían echado por encima de la borda.

Abajo le esperaba Lamsar que lo recibió con estas palabras:

-Y ahora me vuelvo a mi ermita.

-Te doy gracias por tu ayuda -dijo Rackhir-. Sin ella, Tanelorn ya no existiría.

-Tanelorn existirá mientras existan los hombres -dijo el ermitaño-. Lo que hoy habéis defendido no era una ciudad, sino un ideal. Eso es Tanelorn.

Y Lamsar sonrió.

FIN

Índice

LIBRO PRIMERO
El ladrón de almas 5

LIBRO SEGUNDO
Reyes en la oscuridad 39

LIBRO TERCERO
Los portadores del fuego 65

EPILOGO
Al rescate de Tanelorn... 92

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con carácter revolucionario. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave,* el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso,* escenario en el que transcurren numerosos ciclos de novelas entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria.

Un nuevo intento, ampliado, de establecer una bibliografía lo más completa posible del autor, comprende los siguientes libros:

CICLO DEL MULTIVERSO:

El campeón eterno:

1970 - *The Eternal Champion (El campeón eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985).

- *Phoenix in Obsidian,* también publicada como *The Silver Warriors* («Fénix de obsidiana», en *Crónicas del Campeón Eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).

1987 - *The Dragón in the Sword* («El dragón en la espada», en *Crónicas del Campeón Eterno).*

La serie enlaza con *The Champion of Garathorm* e incorpora en *The Dragón in the Sword* la saga de la familia Von Bek. También pertenece a la serie el cómic, con guión del autor:

1978 - *The Swords of Heaven, The Flowers of Hell,* dibujado por Howard Chaykin («Espadas del cielo, ángeles del infierno», en *Comix Internacional* 4-7, Barcelona, 1980-81).

Familia von Bek:

1981 - *The War Hound and the World's Pain (El perro de la guerra y el dolor del mundo,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 3, Madrid, 1987).

1982 - *The Brothel in Rosenstrasse.* 1986 - *The City in the Autum Stars.*

Dorian Hawkmoon:

1967 - *Thejewel in the Skull(«La* joya en la frente», en *El Bastón Rúnico,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989).

1968 - *TheMad God's Amulet,* también publicada como *Sorcerer's Amulet* («El amuleto del Dios Loco», en *El Bastón Rúnico).*